



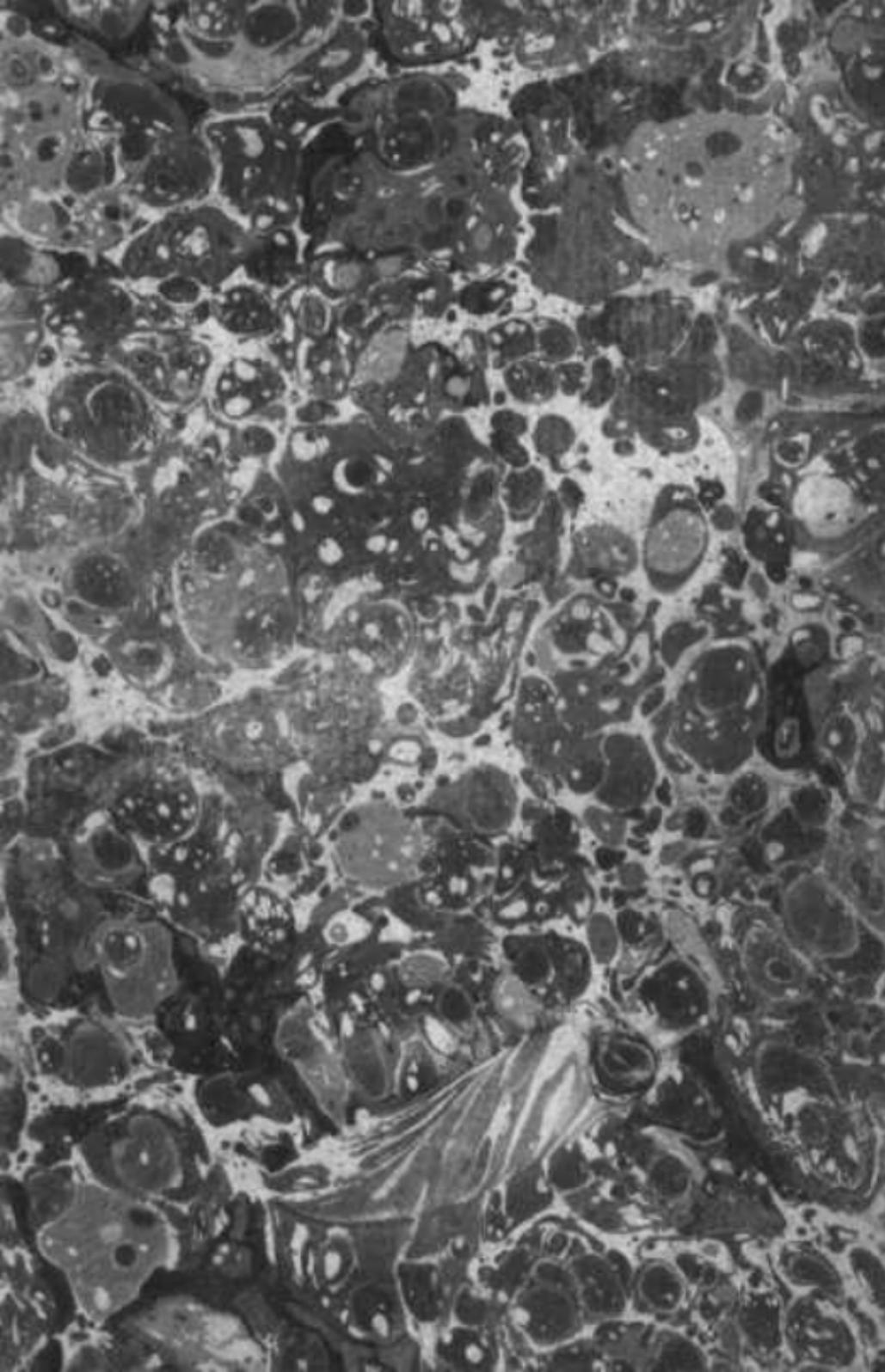
The background of the entire page is a traditional marbled paper pattern, often referred to as a 'stone' or 'shell' pattern. It consists of intricate, swirling, and cellular shapes in various shades of grey, black, and white, creating a complex, organic texture. At the top of the page, there is a white rectangular box containing the author's name and contact information.

MIGUEL MIRANDA

LOPE DE VEGA, 19

28014 - MADRID

TELF. 914 294 576





DG
COM

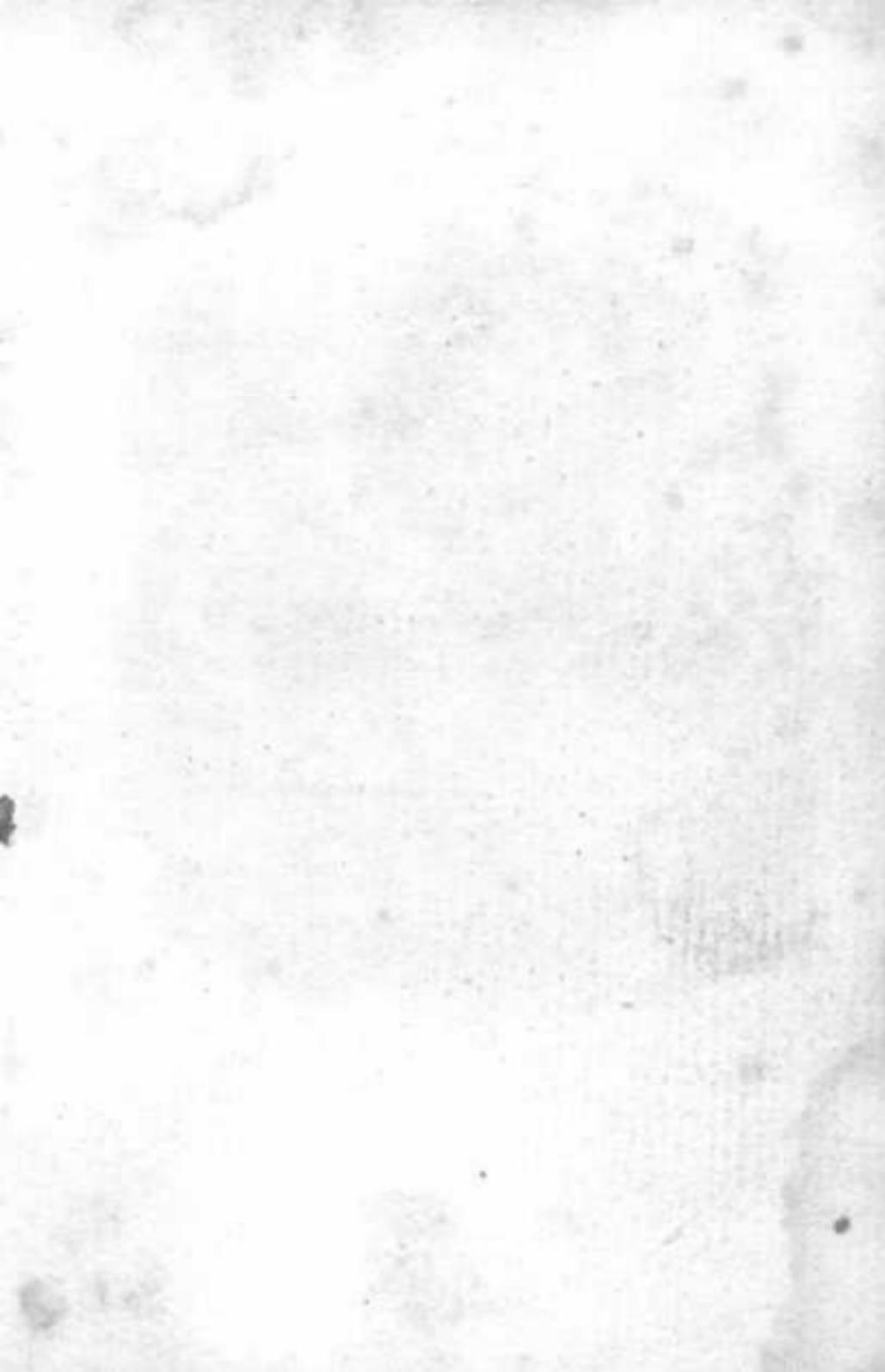
Los Bandos

DE

CASTILLA.

915.1142298

Es propiedad de la casa
de *Cabrerizo*.





*Pues vengate de la lanzada, que te hizo
morder la tierra en el torneo de Segovia*

LOS BANDOS DE CASTILLA
ó

EL CABALLERO DEL CISNE

Novela Original Española



Tomo 1.^o

VALENCIA

Imprenta de Cabrerizo.

1830



Al Exmo. Señor

D. Bernardino Fernan-
dez de Velasco, Duque de
Frias y de Uceda,
&c., &c.

Como una prueba de veneracion á
sus luces, de respeto á su carácter y de
reconocimiento á su amistad:

R. Lopez Soler

1853

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

PROLOGO.



La novela de los BANDOS DE CASTILLA tiene dos objetos: dar á conocer el estilo de Walter Scott, y manifestar que la historia de España ofrece pasages tan bellos y propios para despertar la atencion de los lectores, como las de Escocia y de Inglaterra. A fin de conseguir uno y otro intento hemos traducido al novelista escoces en algunos pasages é imitádole en otros muchos, procurando dar á su narracion y á su diálogo aquella vehemencia de que comunmente carece, por acomodarse al carácter grave y flemático de los pueblos para quienes escribe. Por consiguiente la obrita que se

ofrece al público debe mirarse como un ensayo , no solo por andar fundada en hechos poco vulgares de la historia de España , sino porque aun no se ha fijado en nuestro idioma el modo de espresar ciertas ideas que gozan en el dia de singular aplauso. No es lícito al escritor el crear un lenguaje para ellas , ni pervertir el genuino significado de las voces , ni sacrificar á nuevo estilo el nervio y la gallardía de las locuciones antiguas. Solo le queda el recurso de buscar en la asidua lectura de las obras de aquellos varones reputados como los padres de la lengua , el modo de que se preste á los sutiles conceptos , á las comparaciones atrevidas , y á los delicados tintes del lenguaje romántico, por hallarse algo de esto en el místico fervor de Yepes , San Juan de la Cruz , Ribadeneira y

*otros autores ascéticos. Pero el que dedicándose á trabajo tan improbo consume largas vigili-
as tras del hallazgo de esas correspondencias con blando tacto , exámen culto , y filosófico criterio , deberá ceñirse á desempeñar el frio papel de preceptista , puesto que difícilmente le quedará tiempo , ni calor en la imaginacion para entregarse al divino entusiasmo de la poesia , ni para forjar la máquina de una novela.*

Mucho halagara nuestra propia emulacion entrar en la escabrosa contienda del mérito comparativo de la literatura clásica y la literatura romántica , á no creer sobrado larga , si bien no agena de este lugar , la esplanacion de los diversos principios en que una y otra se fundan. Este es el expediente que desde muchos años está sobre la mesa , y acaso solo falta que sean univer-

salmente conocidas las obras de Tomas Moore, lord Biron y Walter Scott (1), para que se pronuncie debidamente la sentencia. Manifestar las bellezas que sobresalen en el estilo de Homero y las que mas recomiendan el de Osian; reconocer el origen de donde dimanan las primeras, y porque tan amenuado se amalgama y confunde en las segundas la naturaleza y el arte, la imaginacion y el juicio, lo terrestre y lo divino, el hombre mon-

(1) *Sir Walter Scott es inimitable cuando pinta las flaquezas del corazon humano: lord Biron cuando nos revela sus misteriosas dudas y el terrible vai-ven de sus pasiones; pero Tomas Moore, dotado de tanta delicadeza y buen gusto como el pintor de Urbino, parece haber nacido para cantar la hermosura y el purisimo éxtasis de los ángeles.*

taraz y el hombre civilizado ; indicar la misteriosa armonía que percibe la mente humana entre objetos al parecer tan opuestos y contrarios , y proceder sobre todo con aquella buena fé que hiciese traslucir en nuestro arrojó no tanto un impulso de vanagloria como un espíritu de celo y de verdad , fuera el plan que nos habríamos propuesto , si nos permitiesen los límites de un prólogo el desenvolver estas ideas , y tomar parte en una cuestión para nosotros célebre á la vez y desconocida.

Libre , impetuosa , salvage por decirlo así , tan admirable en el osado vuelo de sus inspiraciones , como sorprendente en sus sublimes descarríos , puédese afirmar que la literatura romántica es el intérprete de aquellas pasiones vagas é indefinibles , que dando al hombre un

sombrio carácter, lo impelen hácia la soledad, donde busca en el bramido del mar y en el silbido de los vientos las imágenes de sus recónditos pesares. Asi pulsando unalira de ébano, orlada la frente de fúnebre ciprés, se ha presentado al mundo esta musa solitaria, que tanto se complace en pintar las tempestades del universo y las del corazón humano: asi cautivando con mágico prestigio la fantasia de sus oyentes, inspira el fervoroso deseo de la venganza, ó enternéceles melancólica con el emponzoñado recuerdo de las pasadas delicias. En medio de horrorosos huracanes, de noches en las que apenas se trasluce una luna amarillenta, reclinada al pie de los sepulcros, ó errando bajo los arcos de antiguos alcázares y monasterios, suele elevar su peregrino canto semejante á

aquellas aves desconocidas, que solo atraviesan los aires cuando parece anunciar el desorden de los elementos la cólera del Altísimo, ó la destruccion del universo.

Muy distantes de creer que nos quepa ni una ligera parte del fuego inmortal que la arrebatara, solamente procuramos remedar el tono de los pocos ingenios que se han mostrado hasta ahora dignos de seguir sus huellas. Si no lo hemos conseguido en la presente composicion, ni tampoco lo lográsemos en las que detenidamente escribimos, insiguiendo el mismo plan, sobre los reinados de Pedro el Cruel, Alfonso el Sabio, é Isabel de Castilla, nunca deberá atribuirse á falta de animacion é interes en estos famosos cuadros de nuestros anales, ni menos á desaliño ú poco gusto de los acabados modelos que nos propusimos.

Pero con el mismo movimiento de imparcialidad que hemos confesado estas ventajas en orden á las épocas que acabamos de distinguir, diremos tambien que la de don Juan el II no es la mas á propósito para una novela histórica, á causa de no resplandecer en ella un carácter esencialmente marcado por grandes vicios, admirables virtudes ó sobresaliente valor, como oportunamente nos ofrece el siglo del rey don Pedro y el de Isabel la Católica. Con semejante recurso aunque lánguida sea la narracion y poco digno de interesar á los lectores el plan del argumento, brilla y animase la escena cuando aparece el personage dominante de la historia, por poco que se advierta algun tino y robustez en el pincel que lo describe. No de otra manera nos sorprenden en los cuadros del Greco aquellas figuras

de líneas colosales, que sin guardar proporcion con las demas las prestan algo de su propio espíritu y energía por el maravilloso efecto de una contraposición bárbara ó sublime.

Inténtase suplir á tal inconveniente introduciendo en la obra á don Henrique de Aragon, hijo del infante del mismo nombre, á pesar de que no fue públicamente conocido hasta despues de la muerte de don Alvaro de Luna (1), y delineando con rasgos algo heróicos y valientes al último conde de Urgel. Y al efecto de reunir estos adalides donde figurasen de un modo digno del

(1) Señalóse doce años despues en la batalla de Prats del Rey, dada entre el príncipe don Fernando y el condestable de Portugal. Hasta el de 1469 no fue hecho duque de Segorbe, por especial merced de su tío el rey de Aragon.

vengativo y marcial aliento que los animaba, y desplegando cada uno el carácter que le era propio, pintase la batalla de Aivar contra el sentir de los historiadores que pretenden que los castellanos no tomaron parte en ella, no obstante convenir todos en que la corte del rey don Juan, por sugeriones de don Alvaro de Luna, decididamente protegía al malogrado príncipe de Viana. Si es positivo que acudiera por aquel tiempo á socorrerle don Henrique de Castilla, no solo preséntase como errónea la opinion de que sin haber hecho cosa alguna tomase á deshora la vuelta de Burgos con sus tropas por la contradiccion notable que en sí encierra; sino tambien por las escasas noticias de tan memorables sucesos, y lo discordes y descuidados que anduvieron los cronistas acerca de ellos, como lo lamenta y

lo reprende el elocuente Mariana (1).

Por mas que han sido varios los pareceres sobre la inocencia de don Alvaro de Luna (2), y que famosos ingenios lo defienden, y otros nome-

(1) Para los fundamentos que, ademas de las razones alegadas, hayamos tenido en orden á la importancia de la batalla de Aivar, y á si pelearon los castellanos en ella contra don Juan de Navarra, pueden verse algunas trobas de Guillen de March y varios de los documentos, existentes en el archivo de la corona de Aragon, relativos á la parte que tomó acaloradamente Cataluña por el principe don Carlos.

(2) Nos objetarán tal vez que hemos exagerado las relajadas costumbres del hijo de don Alvaro de Luna, y la perversa codicia de don Rodrigo; pero léase lo que dice acerca del primero el juicioso autor de las semblanzas Fernan Perez de Guzman, y las notables palabras

nos nombrados lo acusan , creimos deber seguir el dictámen mas fundado , pintando en aquel condestable de Castilla un cortesano supersticioso (1) , soberbio , avariento (2)

con que pondera la sed de las riquezas , deshonestidad , insultos y atropellamientos de los grandes de aquel tiempo , para que se vea que no hemos faltado á la verdad histórica pintando estos mismos vicios en aquel señor de Arlanza.

(1) *Para demostrar la supersticion del condestable (aunque debe decirse en su abono que semejante defecto era peculiar á su siglo) , no hay mas que observar en nuestros historiadores y cronistas las varias consultas que hizo á los mas famosos astrólogos , habiéndole efectivamente vaticinado en una de ellas que moriria en cadalso. De aqui fue que nunca quiso poner los pies en un lugar de sus dominios , el cual llevaba este nombre.*

(2) *Véase lo que dice con respeto á su*

y vengativo, á quien enconaban y desesperadamente enfurecian los que, llevados del empeño de derri-

codicia Gil Gonzalez Dávila en su teatro eclesiástico de las iglesias metropolitanas, y catedrales de las dos Castillas.

» Tenia el maestro sin bajillas de oro y plata un millon y medio de doblas de la vanda, y de monedas de Aragon y de otras partes ochenta cuentos, y siete tinajas de doblas Alfonsinas y Florentinas. De todo llevó el rey las dos partes, y la tercera la consorte del maestro.»

Esos grandes tesoros, que parecen mayores aun si se considera la época en que fueron allegados, los acaudaló el condestable en el tiempo de su privanza, puesto que á ella debió unicamente su fortuna. Añádase á esto los muchos que empleaba en el regalo de su persona, en el lucimiento de su casa, y en sostener tan fuertes y numerosos castillos como poseía.

barle, no perdonaban medio ni ocasion de conseguirlo (1). De esta ma-

(1) *Acaso no desagrade á nuestros lectores la noticia de ciertos cargos que prueban el artificio y el encono con que se hizo su proceso. Dicese entre otras cosas, que preguntándole el rey por la muerte de Alonso Perez de Vivero, respondiolo el condestable: Voto á Dios que si otro me lo demandase cien dagadas le diera con esta daga. Que un fraile de hábitos blancos pidió por merced al rey le entregara un anillo de oro que brillaba en uno de los dedos de su mano, y habiéndole respondido: no puedo, pues tengo hecho juramento al condestable que me lo dió de nunca sacarlo del dedo, repuso el religioso; que sobre su corona tomaba aquel indiscreto juramento. Que entonces, dándole el rey el anillo, hizolo el fraile pedazos; é le mostró dentro del anillo al mismo rey pintado, é una aca, y el dicho rey la estaba besando.*

nera , sin adulterar los hechos de aquella época (1) en términos que la presenten bajo otro aspecto del que realmente tuvo , y esforzándo-

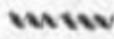
(1) *Los que desearan saber las opiniones que reinaron en orden á la caída y anterior conducta de don Alvaro de Luna, lean el Centon Epistolario del bachiller de Ciudad Real , la crónica del rey don Juan el II , la del gran cardenal de España escrita por el doctor Salazar, las semblanzas de Guzman, los muchos privilegios , cédulas reales y otros documentos que existen en los archivos de sus descendientes , y la crónica del mismo don Alvaro, escrita, segun Pellicer, por un don Antonio Castellanos, opinion que siguieron don Nicolas Antonio y Frankenau en su Biblioteca Heráldica, y que con critica tan imparcial como justa ha desmentido despues don José Miguel de Flores , secretario de la real academia de la historia.*

nos en desenvolver nuestro plan no desfigurando el carácter de los mas esclarecidos varones (1) que florecieron en ella, hemos procurado dar impulso á la narracion por entre el estruendo de las disensiones y revueltas que hacen conocidamente curioso el reinado de don Juan el II.

(1) *Heme hallado en las victorias de la república, dice un autor frances de nuestros dias, y en los voluptuosos festines del directorio: he visto la pompa del consulado, la grandeza del imperio, los triunfos de Valmy y los funerales de Waterloo: me precio de comprender el carácter de tan diversas épocas, y aun puedo decir que segun ellas acomodaba el mio dejándome como arrastrar de su peligrosa influencia; y temo sin embargo no conocerlas lo bastante, no digo para escribir su historia, sino hasta para deslindar algunas facciones de los mas célebres personajes que hayan de figurar en ella.*



EL CABALLERO
DEL CISNE.



CAPÍTULO PRIMERO.

INTRODUCCION.

¿Por qué se niega á mis esfuerzos la armónica medida de la poesía? He de espresar mis ideas en sencillo y desaliñado idioma, y ni la llama del amor, ni el fuego de la juventud son bastantes á inspirarme el lenguaje del olimpo. ;Yo te invoco., ó musa de la sencillez y de la verdad! abandona por un momento la deliciosa montaña

donde moras , y haz que fluyan de mis labios aquellas voces que enternecen el espíritu y elevan la imaginacion , blandas como los céfiros del abril , penetrantes y ruborosas como los ojos de las Gracias. Venid , ó jóvenes , que ocultais bajo del casco vuestros rizados cabellos : llegaos á escuchar las proezas de los antiguos paladines. ¡ Ah ! tal vez en ellos debiérais estudiar aquella mezcla de fiereza y de dulzura , de cortesanía y de valor , que les hacia tan amables ante las damas , como temibles en el campo de batalla. Sometíales el blando acento de una voz querida , y enardecíales el eco de la trompa guerrera : la patria les inspiraba valiente energía , el amor pura y constante ternura : los aplaudian los pueblos , recompensábalos la belleza , y los respetaban sus enemigos.

Ninguno hubo entre ellos tan ga-

llardo y esforzado como el jóven don *Ramiro de Linares* : hijo único del conde de Pimentel , vasallo del Rey de Aragon , ha jurado desde su mas tierna infancia ódio eterno á los duques de Castromerin , casa del reino de Castilla , desde muchos años enemiga de la suya. Ocupado empero en las continuas guerras que suscitan á su pais los moros y los castellanos , pasa la vida entre el estrépito de las armas , deseando sostener cada momento , con nuevas hazañas , la brillante reputacion que ya le han adquirido su temeridad y sus victorias.

Pero al mismo tiempo tenia Ramiro un corazon sobradamente tierno , lleno de pundonor y de generosidad. ¡ Qué de veces no suspiró en su interior por un verdadero amigo ! Despues de haber vuelto de la guerra ceñido de honrosos laureles , se le veía huir de los hombres , y abandonarse en

paseos solitarios á sérias y peligrosas cavilaciones. La autoridad de su padre y las persuasivas instancias de sus compañeros de armas , apenas podian distraerle de aquella inclinacion desahrida y melancólica. Gustaba perderse por antiquísimas selvas , ó montar á caballo vestido de sus lucientes arneses para correr en busca de extraordinarias empresas.

¡ No pocas veces admiraron su pujanza, su fogosidad é intrepidez los monarcas de Aragon y los príncipes de Castilla ! Conocido únicamente en sus justas y torneos por *el caballero del Cisne* , se atrajo los aplausos de ambas córtés , y gozó en secreto de que le admirasen sin conocerle hasta los mas encarnizados enemigos de la casa de Pimentel.

El mas temible de ellos , el orgulloso duque de Castromerin , era uno de los que constantemente ensalzaban

la audacia y la destreza del incógnito. Al contemplarle derribando á cuantos competidores se presentaban en la arena creía verse á sí mismo en los floridos años de su juventud , y se acordaba enternecido del hijo que desgraciadamente perdiera en la célebre batalla de Olmedo. Ahora solo le quedaba una hija para consuelo de la vejez y esperanza de su esclarecida familia : en ella cifraba su felicidad , y hacía la educar con el mayor esmero en el mejor de sus castillos , llamado de Castromerín , como á la heredera de tan ilustre casa , y á la que había de ser algún día la gala de la corte castellana. Elevábase hácia las montañas de Asturias aquel robusto edificio , célebre por los ataques que en otro tiempo había resistido , y por encerrar ahora tan amable depósito. Nada en efecto era comparable á la hermosura de Blanca: talle suelto y airo-

so , suaves y graciosas facciones , ojos penetrantes , tímidos , á veces algo melancólicos , anunciaban una de las bellezas mas seductoras de aquella edad . Una señora de ilustre origen , llena de luces y de virtudes , cuidaba de perfeccionar su juventud : cada dia iba descubriendo en ella nuevas gracias , y llevada de la irresistible magia de tan raras cualidades , vino á profesarla un cariño verdaderamente maternal ; por manera que se juzgaba dichosa en adornar con algunas flores el blando carácter de tan querida discípula .

Sin embargo , cierta desazon secreta turbaba el sosiego de la hija de Castromerin . Su padre la destinaba para esposa de don Pelayo de Luna , hijo del condestable de Castilla , y el carácter algo áspero y turbulento de este guerrero , no podia gustar á una jóven de genio flexible y suaves incli-

naciones. A menudo depositaba sus temores en el pecho de su respetable aya, y aun se esforzaba á serenarse ó á fingirlo tal vez, al oír los saludables consejos de su cariñosa amiga.

— Ya habeis oído á mi padre, Leonor, decíale una tarde mientras se paseaban por los vastos jardines del solitario castillo: quiere que vuelva á presentarme en la córte, y reciba en ella los obsequios del hijo de don Álvaro de Luna. Me separa de vos, amiga mia, cuya amistad me es tan agradable para unirme á una persona que escita mi temor, si no mi aborrecimiento.

— Sin embargo, respondió su aya, don Pelayo tiene fama de esforzado y de prudente.

— No cabe duda, replicó su pupila: quisiérale empero menos valeroso y mas templado, menos sagaz y mas ingenuo, en una palabra, me-

jor esposo y no tan célebre guerrero.

— ¡ Feliz no obstante la jóven que disfruta de un legítimo cariño entre los brazos de un héroe!

— ¿ Y podeis dar este noble dictado al hijo del condestable? Yo sería la primera en concedérselo si bastase para ello poner en fuga á las huestes granadinas, señalarse en los torneos, y hacerse admirar de los reyes de Castilla y de los monarcas de Aragon. Pero es preciso añadir á un esfuerzo y destreza poco comunes, aquellas prendas de amor á la humanidad, de proteccion al desvalido, que tanto ensalzan la noble institucion de la caballería. Perdonadme, amada Leonor, si os digo que cuando oigo contar las bellas acciones del caballero del Cisne, llego hasta derramar lágrimas por tan humano, valiente y pundonoroso aventurero. Al ver tremolar á lo lejos su penacho blanco en los torneos,

ya sabemos quien ha de ser el vencedor , y sin embargo no admiramos tanto su pujanza y gallardía , como su comedimiento y generosidad.

— Buena lanza es el del Cisne, mas no temiera su encuentro el valiente don Pelayo.

— ¿Y no me direis , interrumpió Blanca , quien pueda ser aquel valeroso incógnito?

— Solo haciendo mérito de conjeturas , hija mia , respondió Leonor; bien que me parece fundada la que en razon del penacho blanco y del color de la armadura que viste , me lo hace creer muy amigo de la casa de Pimentel.

Esta indicacion hizo temblar involuntariamente á Blanca , que bajó los ojos y guardó silencio. Su aya que la queria en extremo se apresuró , notando su abatimiento , á distraerla.

— Si tanta repugnancia os causa , le

dijo, el recibir por esposo á don Pelayo, aun podeis hacer que recaiga en otro la eleccion. Bien os es conocida la pasion con que ama el duque vuestro padre cuanto pertenece á los usos de la caballeria, y el respeto, poco menos que religioso, que profesa hasta á sus mas insignificantes prácticas, instituciones y leyes. Una lanzada recia, un sacrificio heróico entusiasman al noble señor de Castromerin y le arrancan aplausos. Prueba es de ello el calor con que habla de las proezas del caballero del Cisne, y la ternura con que lo contempla en las justas cual si viese en él al hijo que tiernamente amaba. Pues bien, querida mia, decidle que la heredera de Castromerin no debe ser sino la recompensa de quien sepa merecerla; que gustariais de que se publicase un torneo en que solo justasen los que por su cuna puedan aspirar á tan alta

alianza , y fuese vuestra hermosura la prez del último mantenedor. Y no temais que el duque deje de acceder á semejante deseo , y de conformarse á una usanza general en la cristianidad , por cuyo medio se disputan en el dia nobles paladines las mas esclarecidas damas de la Europa.

— Seguiré vuestro aviso , amada señora , pues mi suerte , como suele decirse , está pendiente de un cabello. Dificil será que se presente alguno que haga perder la silla al soberbio don Pelayo: si tal es mi destino, lloraré , noble amiga mia , sufriré en silencio , pero mi padre será obedecido.

Pocos dias se pasaron hasta que la linda Blanca propusiera al duque lo que su aya le habia sugerido para dulcificar su pena. Oyola , aunque grave , secretamente satisfecho , y no hallándose ligado con promesa al-

guna , se propuso no dar á su hija sino al héroe que supiese merecerla, sobremanera lisongeadó del medio que le habia propuesto , y de que se manifestase tan digna del espíritu de heroicidad y energía que hiciera célebres á sus ascendientes. A lo menos, exclamaba , el esposo de Blanca será un héroe : ¡ ah ! él sabrá vengarme de los matadores de mi hijo , y humillar el desenfrenado orgullo del odioso Pimentel.

Obtuvo el permiso del monarca para celebrar el torneo en la misma ciudad de Segovia, y á presencia de toda la córte que á la sazón se hallaba en ella. Invitóse desde entonces á los que quisieran dar pruebas de su pujanza en tan noble concurrencia, y el clarín de la fama resonó por los ángulos de España y aun fuera de sus límites con la agradable noticia. De las córtes de Cárlos de Francia y

de Eduardo de Inglaterra, salió la flor de los mas ilustres caballeros para hallarse en la reñida contienda , y hasta los aguerridos árabes de la península se propusieron acudir á un espectáculo célebre por la belleza de la hija de Castromerin, y la nombradía de los campeones que se disponian á disputársela. Iban sucesivamente llegando á la córte de los sucesores de Pelayo, los Multon, los d'Erlach y los Montmorency , al mismo tiempo que los Moncadas , Paredes , Figueroas y Pizarros. Oíase por todas partes el sonido de clarines y el tropel de los caballos: veíase multitud de escuderos con las ricas armaduras de sus señores , y atravesar por donde quiera pages, heraldos y palafreneros. Resultaba cierta confusion belicosa de la reunion de tantos héroes de estrañas y diversas naciones, llenos de lauros é hirviendo en sentimientos de pura y acrisolada

hidalgua. Y al considerar al propio tiempo los laudables motivos que les habian hecho emprender el viage á la corte de Castilla, esto es, el deseo de dar nuevas pruebas de valor y de respetuosa admiracion á la virtud y á la hermosura; no podia negárseles un justo elogio, ni dejar de tributárseles el merecido aplauso.

Todos aguardaban con notoria impaciencia que llegase el dia de las justas, y el pueblo, entonces entusiasmado admirador de aquellos terribles espectáculos, anunciaba ya en un sinnúmero de romances y canciones vulgares, los famosos hechos de armas que preparaba á los reyes de Castilla la flor ilustre de la caballería.

Por último lució la deseada aurora, y una muchedumbre inmensa ocupaba desde el amanecer todos los sitios de donde podia verse la contienda. En un frondoso valle contiguo á las

murallas de Segovia , habian construido un vasto palenque rodeado de inmensa gradería , á fin de que el pueblo se acomodase en ella. Elevábanse de trecho en trecho diferentes galerías para las clases distinguidas , entre las que sobresaliera la que habian de ocupar los monarcas de aquel reino con lo mas espléndido de su córte. Un trono de marfil cubierto de rico velo de púrpura se veía brillar al pie del magnífico solio del soberano para que se sentara en él la heredera de Castromerin , cuya hermosura habia de animar á los que iban á combatir por su causa , y desempeñar por lo tanto en aquel famoso dia la *Reina de la belleza y de los amores*. Rodeábanlo algunos pages y doncellas de talle gentil y agradables facciones , vestidos con primor y aliño , como destinados á realzar las gracias de la Reina del torneo.

Tres tiendas de campaña colocadas en el extremo opuesto , frente por frente de esta magnífica galeria , encerraban á los campeones que habian de sostener la lid contra cuantos se adelantasen á combatirles. La de en medio era ocupada por el principal de ellos , el valiente don Pelayo , y las colaterales por dos de sus amigos que habian querido sostenerle en tan audaz y honroso empeño , participando de sus riesgos , y del lauro que no dudaban coronaria sus sienes. Llamábase el uno *el caballero Montfort* , quien se hiciera célebre en las guerras del Ampurdan contra la Francia , y el otro don Rodrigo de Alcalá , señor del castillo de Arlanza , no menos famoso que el primero. Tres picas clavadas en el suelo sostenian ante las tiendas sus argentados escudos , á los cuales debia dirigirse el caballero que aspirára á

medirse con estos combatientes, hiriendo con su lanza el de aquel á quien eligiese por competidor.

Ibanse poco á poco llenando las galerías, y colgaban ya de sus barandas orientales tapices y soberbias alfombras, en las que se veían relucir ingeniosos motes, en torno de bien bordados emblemas, timbres ó divisas. No se vieron ocupadas por los nobles espectadores que habian de presenciar la fiesta desde ellas, hasta mucho despues que las gradas del anfiteatro estaban cubiertas de gentes de todas clases y condiciones. Mas allá del palenque habian formado una segunda plaza donde debiesen estar los guerreros competidores, llena rauto habia de caballeros armados de punta en blanco, cubiertos de ricos arneses, y ostentando en lo alto de sus yelmos plumas de diversos matices. Guardaba la puerta que conducía á la

liza una tropa de armados, ya con el objeto de mantener el buen orden entre los espectadores de las graderías, ya para dar mas aparato y formalidad al marcial alarde que iba á hacerse. Sus picas, cascos y corazas de limpio acero, en que reflejaban los rayos del sol naciente, la magnificencia de los mas ilustres cortesanos, entre quienes se distinguia el duque de Castromerin; y la gala, ostentacion y riqueza de las damas que coronaban las prolongadas galerías, presentaban á la vista un cuadro tan esplendoroso é imponente, que llegaba casi á deslumbrarla.

En esto ya empezaba el sol á elevarse magestuosamente anunciando un dia despejado y apacible, y el numeroso concurso daba muestras de la impaciencia y curiosidad que le aguijoneaba. Llegaron entonces los monarcas de Castilla acompañados de

don Álvaro de Luna, llevando tras de sí la mas lucida comitiva y precedidos de soberbia escolta: aparecieron en el circo, por órden suya, los dos maestros del campo encargados de examinar los títulos de los combatientes, y de que se guardasen escrupulosamente las leyes de la caballería; despues de lo cual adelantáronse los heraldos á publicar las reglas del torneo.

« ¡ Nobles y valientes caballeros!
« decian, sabed que los tres mantene-
« dores aceptan el combate de cuan-
« tos salgan á retarles.

« El que quiera medirse con alguno
« de ellos hiera el escudo del que eli-
« ja por ribal: si lo hace con el cuen-
« to de la lanza, será el combate con
« armas embotadas ó corteses, mas si
« con el acero, con armas afiladas y á
« todo trance.

« La que acatareis como á Reina

«de la hermosura y de los amores,
 «Blanca de Castromerin, será la no-
 «ble prez del mas firme mantenedor.
 «¡Vedla, nobles y esforzados caballe-
 «ros! y entusiásmese vuestro alto va-
 «lor á la vista de tan precioso ga-
 «lardon.»

Óyese al decir esto una música sua-
 ve, y aparece la Reina de la hermo-
 sura como una brillante deidad ante
 la numerosa concurrencia. Elévase de
 todas partes un murmullo de admiración: el pueblo la aplaude, acátanla
 los nobles, y con la lanza golpean su
 propio escudo los caballeros en ade-
 man de la osadía que á sus bizarros
 pechos inspira tan esclarecido premio.
 Brillaba el pudor en la frente virginal
 de la doncella, adornada con olorosa
 guirnalda de flores, la modestia res-
 plandecía en sus ojos, y en su rico
 aderezo el oro y las piedras precio-
 sas. Tal era la religiosidad con que se

cumplian entonces las leyes de la caballería, tal el respeto que inspiraba la Reina del torneo, que al verla al pie del trono real, el mismo soberano bajó de él, y dándole la mano mientras hincaba la rodilla, la acompañó y colocó en el magnífico asiento preparado para recibirla. No se hizo empero demostracion tan generosa sin que la aplaudiesen con entusiasmo los concurrentes, ensalzando á la par que las gracias de Blanca, el espíritu caballeresco del rey don Juan de Castilla.



CAPÍTULO II.



EL TORNEO.

Pero el agudo son de los clarines puso fin á tan públicas demostraciones. Viéronse entrar en la liza tres caballeros vistosamente armados adelantándose con gentil denuedo hácia la galería donde estaban los reyes: inclináronse ante ella, y dirigieron luego los caballos á las magníficas tiendas de los valientes mantenedores.

Hirieron al llegar con el cuento de las lanzas los escudos de los combatientes, y oyéronse en el mismo instante los ecos de una música militar, compuesta de trompas, clarines, añafles y roncós atambores. Salieron los que sostenían las justas al bélico son dirigiéndose hácia el circo, en donde

ya les agurdaban sus contrarios. Era por demas la gala y la riqueza que ostentaban aquellos paladines en los trages y armaduras: descollaba entre ellos don Pelayo , montado en fogoso alazan , llevando un peto y espaldar que deslumbraban con el oro y las piedras preciosas. Tremolábanle en el alto crestón de la celada pomposos plumeros , y veíanse en su pesado escudo los Titanes escalando el olimpo , con este jactancioso mote: *en nada les cedo*. Pero el caballero Monfort , mas modesto y no menos esforzado , llevaba una armadura azul llena de dibujos y perfiles de oro , y por cimera en el casco un águila imperial , tendiendo las alas en medio de un gracioso grupo de plumas blancas y amarillas. Parecia el escudo de luciente acero: se levantaba en medio el pastor Páris , en ademan de entregar la manzana á una de las tres

diosas , y à sus plantas se leia *no á la mas hermosa , á la mas modesta.* No menos arrogante que sus dos compañeros ostentaba el agigantado don Rodrigo de Alcalá la mas lucida armadura y bien dispuesta gallardía. Manejaba con suma destreza un caballo cordobés , y la pesadísima adarga que en su brazo parecia muy ligera , reflejaba los rayos del sol ya marchando puro y resplandeciente desde el contrapuesto horizonte. Notábase en su centro á un corpulento leon profundamente dormido , y este letrero en torno: *¡ay de ti cuando despiertes!* La arrogancia y el ceño de estos guerreros , singularmente del hijo del condestable y don Rodrigo de Alcalá , á causa de ser primogénito el primero , y grande amigo el segundo de don Alvaro de Luna , les habia hecho odiosos al pueblo , que los temia como à los tiranos de su pais. Abroque-

lados con el favor de que gozaba en la córte este poderoso valido, despreciando siempre por inclinacion y por jactancia todo principio de humanidad, y tratando á cautivos y á vasallos con una aspereza de que hay pocos egemplares; habíanse atraído con harta razon el ódio de los cristianos y el aborrecimiento vengativo de los moros.

Y mientras el rey don Juan iba á dar la señal de que se empezasen las justas:

— ¿ No observais , Rodrigo , decia don Pelayo , el desaliño y flojedad de los primeros que se atreven á combalirnos ? Vive Dios que estoy por retar á los tres á un tiempo para no degradarme con tan fácil triunfo.

— Pues á fé , respondió el señor de Arlanza , que no deja de haber altivez en sus motes y divisas. Advertid sino en el escudo del que se ha colocado

en el centro á un guerrero, venciendo á un oso, con la letra debajo: *tal será tu suerte*. Y no le va en zaga el de la derecha: volveos un poco, por vida de Santiago, y vereis á un águila volando en campo azul, con las palabras *aun mas me elevo*.

— Y si no me engaño, interrumpió Monfort, el que contra mí viene lleva el ave fenix por divisa.

— Ea pues, amigos míos, replicó el hijo de don Álvaro, yo me encargo de vencer al vencedor del oso, y os suplico que no dejéis de hacer otro tanto con el fenix inmortal y el águila que se eleva. Poca gloria adquiriremos si no se presentan campeones mas gallardos, y al parecer valerosos que los que vamos á arrancar de la silla.

Arrojó en esto el rey don Juan el baston de mando en la arena, y al mismo tiempo alzó alegres alaridos el

impaciente concurso, ansioso de presenciar las altas proezas y los prodigios de valor que se prometía de tan gloriosa jornada. Rompieron en seguida los clarines, y arraucando de una y otra parte los combatientes, vinieron á encontrarse con no vista furia en medio del palenque. Nada pudo distinguirse de pronto á causa de la nube de polvo que levantaron los caballos; pero viose al momento que la lanza de don Pelayo habia derribado á su competidor, y Rodrigo de Alcalá hecho perder los estribos á su rival. Solo el que combatió con el esforzado Monfort sostuvo el honor de su partido por haber corrido contra su antagonista sin probar uno ni otro la mas ligera desventaja. Aplaudió el pueblo la pujanza de los mantenedores, y no dejó sin recompensa la destreza ó la fortuna del único competidor, que salió con bizarría de aquel

primero y horroroso encuentro. Veíanse las damas tremolando millares de pañuelos y bandas de diferentes colores: los caballeros disponiéndose á tomar la defensa y ocupar el lugar de sus amigos , y el concurso en general dando las mayores muestras de complacencia , de interes y de entusiasmo.

Diversas comparsas de valientes caballeros se presentaron despues de ésta, con la esperanza de derribar á los mantenedores , pero sea que fuesen en realidad mas diestros y esforzados , ó que peleasen con mas encono y bravura , ello es que en cuantos encuentros hubo llevaron constantemente la ventaja. En valde animaba el pueblo con altas aclamaciones y otros indicios de interes á sus contrarios , deseoso de ver por tierra el orgullo de Pelayo de Luna y Rodrigo de Alcalá; y en valde un melancólico

abatimiento marchitaba la belleza de la noble heredera de Castromerin: la lanza del primero habia derribado en la arena á los héroes de Castilla, de Francia, de Alemania y de Inglaterra, y á varios jóvenes guerreros de la célebre Granada. Yacía como postrada á sus soberbias plantas la flor de la caballería, y cuando se alzaba la visera, traslucíase en su insultante sonrisa la ferocidad y el desprecio.

Tales muestras de pujanza y gallardía arredraran á varios de los que se habian propuesto entrar en la lid, por lo cual habia ya un buen espacio de tiempo que ningun guerrero se presentaba en la arena. Ufanos en sus tiendas don Pelayo y sus compañeros, provocaban con ojos airados á la descontenta muchedumbre: el duque de Castromerin ardía en deseos de abrazar á su triunfante yerno: miraba de cuando en cuando á la desconsolada

Blanca como para felicitarse del es-
poso que tan cuerda y acertadamente
le eligiera , y daba la enhorabuena al
orgullosa condestable por los nuevos
lauros que coronaban las sienas de su
primogénito. Ibase pasando en la in-
accion y el desaliento un dia tan glo-
riosamente comenzado , y empezaba
á correr la voz por entre el despe-
chado concurso de que la generacion
presente era débil y afeminada , fal-
tando ya las buenas lanzas que años
antes aterraron á los moros en las Na-
vas , y arrebataron el santo sepulcro
de manos de los sarracenos.

Pero todos estos movimientos de
angustia y de impaciencia fueron á
deshora interrumpidos por los ecos de
un clarin anunciando un caballero por
la puerta del Oriente. Animóse con
esto aquella inmensa muchedumbre
cual si repentinamente despertára de
un letargo , y todos clavaron los ojos

en la entrada del palenque por donde iba á comparecer el guerrero que se atrevia á querer arrebatarse de manos de los mantenedores de las justas un triunfo que ya parecia indisputable, atendida su fortuna, habilidad y pujanza.

En esto se ve tremolar en la puerta del circo un hermoso penacho blanco, y levántase al mismo tiempo un grito de sorpresa y de alegría al reconocer en el nuevo paladin al famoso caballero del Cisne. Montado en arrogante caballo, luciendo á la vez la riqueza de sus armas, la soltura y la gallardía de su gentil persona, ostentando en su brillante escudo aquel terrible Cisne que tanto temian encontrar en la lid sus enemigos, y cubierto de la honrosa reputacion que se habia grangeado en batallas y torneos; presentóse ante aquella entusiasmada asamblea con todo el pres-

tigio del heroismo , de la juventud y de la gloria. Llevaba como siempre calada la visera , aunque ya en secreto habia declarado su nombre á los maestros del campo , puesto que era una condicion á la que debian sujetarse cuantos entrar quisiesen á pretender la mano de Blanca de Castromerín.

El pueblo empezó á aplaudirle por la esperanza de hallar en el caballero del Cisne el único que sostuviera el honor de la jornada , y humillase la jactancia de los que se llevaban la palma del torneo , si bien gran parte del concurso por interesarse en su suerte temia verle justar con el intrépido don Pelayo. Los mantenedores se prepararon contra un enemigo mas temible que cuantos se habian presentado hasta entonces , y la desconsolada hija de Castromerín lloraba de ternura y de complacencia al

ver brillar este último rayo de esperanza en medio de los azares que la llenaban de angustia. En tanto el caballero del Cisne dió la vuelta en redor del palenque, y al llegar ante la galería de los reyes hizo poner al caballo de rodillas inclinando la cabeza hasta la arena. Aplaudiose esta muestra de habilidad en el arte de la equitacion, como igualmente otras muchas no menos diestras é inesperadas, de que hizo alarde antes de dirigirse á las tiendas de los mantenedores para herir el escudo del campeón con quien desease medirse.

«Hierre el broquel del caballero «Monfort, gritábanle desde la arena, «es el mas humano y menos temible «de los mantenedores; » pero el noble aventurero, sin hacer caso de semejantes avisos, encaminábase con gentil denuedo hácia la tienda que ocupaba don Pelayo, y llenó de ad-

miracion á los concurrentes dando tan recio golpe en el cóncavo escudo de este guerrero con el hierro de la lanza , que resonó por los cuatro ángulos del palenque.

Pasmado don Pelayo de la audacia del jóven incógnito salió á la puerta del pabellon , y como mofándose le dijo: ¿no sabes que acabas de retar al que ha derribado veinte campeones mas capaces que tú de mantenerse en la silla? ¿O estimas en tan poco la vida que así te empeñas en perderla?

— Monta á caballo y sígueme, respondió el del Cisne.

— A seguirte voy, afeminado mancebo , pero será para castigar tu orgullo con la muerte, replicó enfurecido don Pelayo.

Y en esto montando en su brioso alazan bajó al circo donde ya le esperaba colocado en uno de sus extremos su atrevido y acaso imprudente rival.

Detúvose en el opuesto, y aguardaron ambos en medio del silencio universal de los espectadores que los clarines diesen la señal de acometer. Óyense de repente sus terribles ecos, y avanzan los dos paladines con polvoroso ímpetu, puestas las lanzas en ristre, y se encuentran con sin igual violencia en medio de su velocísima carrera. La lanza de don Pelayo dió en el escudo del caballero del Cisne, que era el blanco á donde se dirigía, y rompiéndose con la fuerza del golpe, hizole bambolear un momento sobre la silla, mientras la del incógnito, haciéndose tambien astillas al dar en medio de la adarga de su contrario, obligó al caballo de éste á sentar las ancas en la arena, bien que lo levantó al punto la habilidad y el esfuerzo del paladin que lo montaba. Ambos guerreros volvieron las riendas para correr segundas lanzas, no habiendo

probado uno ni otro conocida ventaja en las primeras, y no dejaron de arrojarse en el breve momento de su choque una mirada, al parecer de fuego, por entre las barras de la visera.

Entusiasmados aplausos resonaron en toda la estension del palenque al presenciar este singular encuentro, reputado por el mas diestro, el mas sagaz y bien sostenido de toda la jornada. El pueblo, los caballeros, las damas, la corte misma dieron muestras nada equívocas del júbilo é interés que les inspiraba el jóven guerreiro, que habia venido á disputar al valeroso don Pelayo una corona, que nadie se atrevia á arrebatarle. Solo el ver á los dos caballeros en disposicion de embestirse por segunda vez, puso fin á tan bulliciosos enagenamientos. En efecto, uno y otro volvian á ocupar los extremos de la plaza donde habiendo tomado nuevas lanzas de

manos de los escuderos , aguardaban con la mayor impaciencia el bélico son de los clarines. Parten nuevamente á sus ecos al rápido impulso de los caballos , y vuelven á chocar en medio de la ensangrentada arena con igual ímpetu y bravura , aunque no con la misma fortuna ó destreza. La lanza de don Pelayo se habia roto con tanta fuerza contra el broquel de su antagonista , que le hizo perder de todo punto los estribos ; pero el incógnito , que desde el principio de la carrera amenazaba tambien con la suya al escudo de su rival , cuando lo tuvo á poca distancia cambió de repente la direccion , y eligiendo al yelmo por blanco , lo acertó diestramente de medio á medio , derribando con tan inesperado bote al caballo y al caballero que rodaron por la arena envueltos en una nube de polvo.

Aqui llegaron á su colmo los aplau-

sos y aclamaciones de todo el concurso, que no se cansaba de celebrar una lanzada tan á tiempo, tenida por la mas difícil en el arte de justar, en razon del tino que requería el clavar la punta de la pica en medio de la frente del contrario.

Desembarazarse de los estribos, ponerse en pie y empuñar la espada, fue obra de un momento para el aburrido y furibundo don Pelayo. Salta de su bridon al notar lo el caballero del Cisne, y dirigiéndose á su enemigo con el acero desnudo, trábase un combate mas sangriento, sagaz y peligroso. Los dos héroes se acercan, se observan, se embisten: los golpes responden á los golpes; el eco los repite tal vez á un mismo tiempo. Crúzase los aceros, tiñense en sangre, chispean; la vista mas perspicaz y diligente no puede distinguir todos sus movimientos. Los petos y espaldares

ofrecen ya una resistencia débil á las terribles diestras ; saltan ensangrentados á sus golpes pedazos de las brillantes armaduras. Un silencio el más profundo reina en los concurrentes : píntanse en los semblantes la agitacion y el temor : las damas no tremolan sus cintas , bandas , ni pañuelos ; los caballeros contemplan atónitos aquel combate singular , y hasta el pueblo se estremece al ver los recios y denodados golpes que se descargan los dos encarnizados combatientes. Pero ¿ quién será capaz de decir lo que pasaba en el corazon de la Reina del torneo ? Pálida y sin aliento seguía con alterada vista los movimientos del caballero del Cisne : á veces iba á lanzar una exclamacion de dolor , á veces se cubria el rostro con las manos : no le era posible ocultar el interes que tomaba en un combate que iba á decidir de su suerte.

Entretanto los paladines seguian combatiendo con el mismo furor: suelto y ligero el caballero del Cisne, fatigaba sin cesar á su membrudo contrario, débil por una parte á causa de la sangre que habia vertido, y algo trastornado por otra con el golpe de la caída. De repente se ve la espada del incógnito brillar como un relámpago por encima del alto penacho de don Pelayo, caer despues ruidosamente sobre el yelmo, y dividirlo en mil partes de una cuchillada que hace estremecer la barrera, dejando la cabeza del enfurecido caballero desarmada é indefensa.

Álzanse en aquel vasto recinto nuevos y tumultuosos clamores celebrando la victoria del caballero del Cisne, mientras éste al ver á su enemigo sin casco, iba solo parando los golpes, que le tiraba con el mayor furor, pero sin dirigirle ninguno.

— No seas tan soberbio en desdeñar este combate, díjole el hijo de don Álvaro echando espuma por la boca: ninguna falta me hace el yelmo para vencerte.

— Mas caso hago de mi honor que de tus bravatas, le respondió el incógnito: cubre esa cabeza que tan mal has defendido, y prometo descubrirtela otra vez.

— Villano! replicó don Pelayo, mil vidas que tuvieras no me podrian pagar tus insolencias.

Así diciendo corre hácia él con la espada levantada, pero llegando los maestros del campo á todo escape, se pusieron en medio de los combatientes, diciendo al ciego y embravecido paladin, que segun las leyes del torneo debia confesarse vencido.

— ¡Vencido! ¿y por quién?

— Por el caballero del Cisne.

— ¿Y él ha de lograr la mano de la

hija de Castromerin? exclamó rechinando los dientes don Pelayo. Antes que tal suceda yo sabré castigar su arrogancia y osadía.

— Pero no en este lugar, añadieron los maestros del torneo.

Con esto retiróse á su pabellon para descansar en él y devorar la rabia que le causaba el vencimiento, y el caballero del Cisne montando en su arrogante caballo, se encaminó á la tienda del impetuoso don Rodrigo, en cuyo escudo golpeó tambien con el hierro de la lanza. Ufano el señor de Arlanza de su estatura colosal, y de las prodigiosas fuerzas que alcanzaba, corrió al encuentro de su enemigo como anhelando vengar el ultraje que recibiera don Pelayo; mas derribóle el incógnito en la segunda carrera, quedando tan mal parado de la caída, que los escuderos hubieron de llevarle en brazos á su tienda.

Mas cortés el terrible incógnito con el caballero Monfort hirió su escudo con el cuento de la pica , y combatió, al parecer, solo para dar muestras de una brillante destreza , como las dié- ra anteriormente de serenidad y pu- janza. Sin empeñarse en derribar á su contrario lo dejaba sin aliento por me- dio de varias suertes ingeniosas y di- fíciles. Rechazábalas Monfort lleno de cólera y bravura , siempre amenazan- do al escudo de su rival y aplicando á cada lanzada todos sus brios con la esperanza de hacerlo rodar por la arena ; pero el caballero del Cisne no solo burlaba diestra y ligeramente sus esfuerzos , sino que hacia que redun- dasen en perjuicio de su mismo ene- migo por lo mucho que lo fatigaba y enfurecia. Al fin , en una de las varias carreras que dieron perdió Monfort los estribos sin nunca haber podido mover de la silla á su contrario y los

maestres del torneo lo declararon por vencido, puesto que el combate no era á todo trance, sino con armas embotadas ó corteses.

Dueño ya del campo el caballero del Cisne, y cubierto de gloria y de lauros, bajó del fatigado bridon y dirigióse, conducido por los maestros del torneo, á las gradas del trono real. Hincó en ellas la rodilla, y pidió permiso á los reyes para ir á poner sus triunfos á las plantas de la hija de Castromerin.

— Es muy justo, respondiòle el monarca, y ella tiene únicamente el privilegio de mandaros que os levanteis la visera.

— Tambien la alzaré ahora mismo, dijo el del Cisne, si tal es la voluntad de V. A.

— Ningun poder tiene nuestro centro, repuso generosamente el monarca, donde se halla la Reina de la her-

inosura y de los amores. Corred á sus plantas, afortunado guerrero, y sabed que nos complacemos de que le haya concedido el cielo un esposo tan digno de su belleza, nacimiento y virtudes.

Al decir esto besole el incógnito la mano, y encaminose al pie del solio ocupado por Blanca de Castromerin. Allí postrado ante aquella beldad celestial se levantó la visera, quitose el yelmo, y enseñó á todo el concurso un semblante el mas amable, gracioso y varonil. Caíanle sobre la espalda los ensortijados cabellos, y un hermoso carmin cubria sus nobles facciones. Miró un momento á la Reina del torneo, y quedose como en éxtasis al aspecto de aquella delicada hermosura. Blanca, dando gracias al Altísimo por verse libre de don Pelayo, y teniendo elevados al cielo sus dulcísimos ojos, radiantes con la espresion de un

divino arrebató , parecia uno de los ángeles de Milton escuchando en las delicias de un santo entusiasmo la sublime armonía de las harpas celestiales. Entretanto besábale la mano el triunfante don Ramiro , y la impresion ardorosa de sus labios hizo volver en su acuerdo á la enagenada doncella. Baja modestamente los ojos hácia su valiente libertador , y aquella tierna mirada decide desde aquel instante de la suerte de su vida.

— ¡Cuánto no os debo ! le dijo con un acento que llegaba al corazón.

— ¡Ah! bien poco tardareis en aborrecerme , respondiolo tristemente el hijo de Pimentel.

— ¡Aborreceros! ... la sangre que habeis derramado en mi defensa ...

— Es la sangre de un hombre que os adora , de un hombre que derramaria gustoso la que le queda para poder hablaros un solo momento con

libertad. ¡Ah! no os olvideis jamas del caballero del Cisne.

En esto llegaba apresurado el duque de Castromerin deseoso de abrazar al famoso adalid que habia tan brillantemente combatido para alcanzar á su hija. No en valde, decia, me hablaba el corazon en su favor: ceda á tan valiente guerrero la flor de la caballería: el esposo de Blanca es un héroe. Publiquen al momento los heraldos el esclarecido linage de este bello jóven tantas veces vencedor.

Ratifica Blanca á los maestros del torneo este mandato de su padre, y dirígale Ramiro una mirada melancólica: lee la hermosa doncella lo que pasa en el corazon de su caballero; quisiera entonces que no se publicase su nombre ... pero era tarde: el concurso lo pedia con impaciencia, y ya se escapaban de la boca de los heraldos las funestas palabras: *Ramiro*

de Linares , hijo del conde de Pimentel.

— ! Infame ! gritó al oírlo el duque de Castromerin , á quien con tan inesperado lance se habían vuelto los ojos de toda aquella concurrencia ; ¿ y así has abusado de los privilegios de un torneo para venir á insultar en su córte misma al soberano de Castilla ? ¿ Y mi hija habia de ser la esposa del odioso Pimentel ? Yo castigaré esa soberbia que te ha traído á combatir contra los que justamente aspiraban á poseerla . ¡ Ola ! ¡ vengan mis armas y caballo ! Monta también en el tuyo , orgulloso paladin : acaso reprimiré tus bríos , y escarmentarán en tu muerte los demas vasallos del ambicioso monarca de Aragon .

Dice , y blandiendo la lanza reta públicamente al caballero del Cisne . Pero ¿ qué habia sido de este célebre guerrero ? En vano los heraldos pro-

nuncian por tres veces su nombre en alta voz: el hijo de Pimentel no se presenta; ha desaparecido; nadie puede dar la menor luz sobre su suerte.

En tanto pálida y sin aliento permanecía Blanca lánguidamente postrada á los pies del rey don Juan de Castilla.

— Señor, ¿qué delito, le decia, ha cometido aquel valiente caballero en lucir su gallardía y su destreza? Vasallo es del rey de Aragon, siempre contrario al monarca castellano, pero las leyes del torneo permiten que peleen en ellos hasta nuestros mas encarnizados enemigos. Cede el rencor y la cólera al ver á un paladin que se lanza animosamente en la arena sin quebrantar los nobles usos de la caballería. ¿Y una ley tan sagrada no habia de valer al valiente que lleva la divisa del Cisne, solo porque es vasallo de la córte de Zaragoza é hijo de Pimentel?

— Le vale, respondiola el rey don

Juan, para que no le mande perseguir, no quite á los infantes su mas valeroso partidario, y libre á nuestras huestes de su mas terrible enemigo. No debe sin embargo considerarse como vencedor del torneo, puesto que no ha contestado al último reto, y mucho menos con derecho de aspirar á vuestra mano.

— ¡ Señor! ... exclamó Blanca, y avergonzada de lo que iba á decir, inclinose profundamente y guardó melancólico silencio.

— Duque de Castromerin, dijo á la sazón el condestable, vos solo debeis ser proclamado vencedor.

— Con eso recupera todos los derechos sobre su hija, replicó otro cortesano.

— Y puede recompensar con ella al que ha derribado mas valientes en esta gloriosa jornada, añadió don Alvaro de Luna.

— Os entiendo, respondió Castromerin , y juro que solo será esposo de Blanca el que ha acreditado en este circo ser la mejor lanza de que se jacta Castilla.

La indicacion del condestable fue mas que suficiente para que el rey don Juan se apresurase á cumplir los deseos de su orgulloso favorito , y así publicaron por órden suya los heraldos vencedor del torneo al duque de Castromerin , en atencion á haber sido el último que permaneció en la liza ; y héroe de la jornada á don Pelayo de Luna que hizo morder la arena á mayor número de competidores. El pueblo , sin embargo , entusiasta siempre por lo grande y extraordinario , y no interesándose en los partidos que dividian las principales familias de la córte , hizo justicia al verdadero vencedor , y apenas victoreó al hijo de don Alvaro , cuando tan nu-

merosos y festivos habian sido los vivas que prodigára al caballero del Cisne.

Levantose en seguida el rey y salió del circo , acompañado de lo mas noble y espléndido de su córte , y marcháronse tambien los innumerables espectadores que habian asistido á tan célebre torneo. Veíanse partir en diferentes grupos : oíase en alguno de ellos el canto de los poetas que ya celebraban las proezas de aquella inmortal jornada ; y en otros á varios caballeros armados de punta en blanco disputando acerca del valor, serenidad ó destreza de los que habian combatido. Unos se disculpaban á sí mismos por no haber entrado en la lid , otros por haber sido desgraciados en ella ; aunque todos generalmente convenian en que el caballero del Cisne se habia llevado el honor y la gloria de aquel dia , no menos valiente en el acometer , que diestro y atinado en el arte

de justar. No faltaba quien lo comparase á las mas famosas lanzas de la cristiandad , que años antes fueran el terror de los infieles del Oriente , y de los árabes intrépidos que habitaban la Andalucía. Tambien hubo quien le juzgase inferior á don Pelayo , atribuyendo la desgracia de este aplaudido paladin á circunstancias accidentales; pero de todas maneras hablose durante mucho tiempo del torneo de Segovia , y fueron sus grandes hechos de armas el objeto universal de la admiracion de los pueblos , del respeto de los guerreros , y de la musa de los trovadores.

CAPÍTULO TERCERO.



EL ERMITAÑO.

El siglo décimo quinto preparó con sus mismas disensiones y alborotos una série de acontecimientos, cuyo resultado fue hacer de la España la nación mas intrépida y belicosa de todo el orbe. Ardía la discordia entre los grandes de Castilla con el objeto de apoderarse del rey don Juan y reinar en su nombre, puesto que por su carácter tímido é irresoluto no podia vivir sin algun cortesano favorito. Todos aspiraban á tan alto honor: don Alvaro de Luna y los infantes de Aragon eran los que lo habian disputado con mas poder y encarnizamiento, sin que por esto hubiesen dejado otros de alcanzar alguna parte de sus favores.

Bien es verdad que cuando se celebró el famoso torneo de Segovia que acabamos de describir, el mayor de los infantes llamado don Henrique habia muerto, y su hermano don Juan ocupaba el solio de Navarra; mas no resfriaron tales mudanzas el calor de los partidos, continuando á perseguirse con el mismo encono y pertinacia. El infante don Henrique habia dejado un hijo del mismo nombre, harto capaz por su esfuerzo de reconquistar los estados que heredó de su padre en las tierras de Castilla; y el monarca de Navarra siempre estaba pronto á unirse con él, no solo llevado de su ambicion turbulenta, sino del ódio que profesaba á don Alvaro de Luna.

A estas calamidades se juntaban otras no menos funestas, ominosos resultados de aquellas guerras civiles. Tales eran las desavenencias que frecuentemente tenian los reyes de Bur-

gos y de Pamplona con sus dos hijos el príncipe don Henrique , que sucedió á su padre en el mando , y el príncipe de Viana , cuya triste y prematura muerte causó un duelo universal á aragoneses y navarros. Muchedumbre de hombres de armas , bajo el mando de capitanes escogidos por ellos mismos entre valerosos y esforzados aventureros , corrian aquellos reinos ofreciendo sus servicios á los varones que mas ventajosamente los comprasen ; y si por casualidad no encontraban quien los quisiera ajustar , hacian la guerra por su cuenta , y asaltando pueblos y castillos , se procuraban lugares de refugio donde llevar el botin é inespugnables baluartes donde burlarse de las leyes y resistir al ímpetu de sus enemigos. Sobre todo el reino de Navarra se hallaba infestado de estos mercenarios guerreros , que no solo ponian las villas y los transeun-

tes á contribucion , sino que arrebatában personas de importancia para las que exigian despues un ventajoso rescate. Cuadrillas sangrientas y feroces, que formadas por el pestífero aliento de largas guerras y disensiones civiles, recojen en su seno la escoria mas vil de la sociedad, como se vió pocos años despues en las que desolaron la Francia , conoeidas por los nombres de *tondeurs* y *ecorcheurs*, en las de los *Condottieri* que en el siglo décimo sexto devastaron la Italia , y en las que últimamente , bajo diversas denominaciones , talaban el norte de la España durante la guerra contra Napoleon Bonaparte.

A la sombra de estos partidos y calamitosos desórdenes no habia noble que no aspirase á cierta independencia , segun se lo permitia la distancia á que se hallaba de la córte, ó el número de sus vasallos ; y el tiempo que

no invertia en proyectos tan contrarios á la paz del reino, lo pasaba guerreando con sus vecinos por las mas necias pretensiones, por los mas frívolos pretextos con una pujanza y brio dignos de mas justa causa. No dejaban de desplegar en los torneos una esplendidez asiática, ni de usar en los alcázares y concurrencias un tono de galantería caballeresca; mas su lujo rayaba en prodigalidad, y su florido language en licencia y desenvoltura. El concurso y celebridad de los ingenios, los espíritus entusiasmados aun con las terribles visiones del Dante, ó los dulcísimos versos del Petrarca, cierta chispa de pulidez que empezaba á disipar la niebla de los siglos bárbaros, y una disposicion indefinible del ánimo hácia empresas vastas y sublimes anunciaban, es verdad, el tránsito de la ignorancia á la ilustracion, de la ferocidad á la cultura que se ve-

rificó en el siglo siguiente ; pero suavizaban apenas la ruda grosería del pueblo, el altivo desden y la indómita ambicion de aquellos varones semi-bárbaros.

Don Iñigo de Linares, conde de Pimentel, habia inspirado á su hijo don Ramiro ódio mortal al condestable de Castilla, y á cuantos seguian sus banderas en los frecuentes encuentros que tenia con los infantes de Aragon. Llevado el jóven héroe de un espíritu de gloria que nada podia sufocar, tan idólatra de las leyes y prácticas caballerescas, como deseoso de honrar las canas del autor venerable de sus dias ; se arrojaba al peligro sin prevision, y tomaba parte en cuantas refriegas suscitaba la animosidad que habia entre aragoneses y castellanos. Si calmaban algun tanto estas feroces pasiones, y no resonaba el clarin de las batallas en las

fronteras de ambos reinos, aparecia Ramiro en los torneos que celebraba el rey don Juan humillando la audacia y la altivez de los enemigos de su patria. Famoso se habia hecho el caballero del Cisne en las justas de Burgos, Valladolid y Toledo; pero nadie sospechaba que se ocultase bajo de aquella divisa el héroe mismo que en las fronteras de Aragon era el terror de las huestes castellanas. Subió de punto la cólera de sus contrarios cuando descubrieron semejante secreto al publicar su nombre los heraldos en el espléndido circo, y luchando con la vergüenza de verse derrotados por un jóven que donde quiera se manifestaba su mas terrible y encarnizado enemigo, se aprovecharon del ódio que le tenia el duque de Castromerin para que tomase contra él la desesperada determinacion de salir á retarlo. El inmenso gentío que acudia enton-

ces á tales espectáculos, miraba al caballero del Cisne como una de las mas acreditadas lanzas que ennoblecian los torneos de Castilla, y no dejó de manifestar, como se ha dicho, un justo descontento por haberse negado el premio á aquel triunfante adalid.

Iba marchando en tanto el valiente Ramiro de Linares por áspera y enmarañada senda, habiendo desaparecido del glorioso palenque para no tener que justar con el duque de Castromerín: verdad es que era irreconciliable enemigo del señor de Pimentel; pero sus canas ofrecían una victoria harto fácil al pundonoroso caballero del Cisne. A este motivo bastante fuerte en sí mismo, podia añadirse otro seguramente de mas peso en el noble corazón de este guerrero, puesto que nada hay que tanto poder ejerza en nosotros á los veinte y tres años de la vida, como la magia de una

hermosura angelical y melancólica. Así que vió el entusiasmado Ramiro la de Blanca de Castromerin sintió arder la violenta llama del amor en lo mas profundo de su pecho, y ofreciéndose de pronto á su imaginacion ardiente los obstáculos para dar pábulo á una pasion que se anunciaba con tanto brio ; en medio del estrépito de los clarines , de la confusion de las voces , de los gritos de muerte y venganza que resonaban á su alrededor, solo conservó la serenidad de no aumentarlos rompiendo nuevas lanzas con el padre de aquella célebre belleza.

Abismado en estas ideas , lleno de polvo y salpicada en sangre la deslucida armadura , seguia en su caballo la escabrosa senda de que hemos hablado , la que se abria paso por entre peñas enriscadas y salvages. Descubriáanse al occidente las lejanas cum-

bres de una cadena de montañas por encima de las cuales flotaban ligeras nubes ostentando los peregrinos colores de la púrpura y el oro. El sol se ocultaba lentamente marchando hácia su espalda, y sus rayos algo débiles reflejaban apacible lumbre en las puntas de las rocas y en la parte superior de las copas de los árboles, de suerte que estos objetos, aunque iluminados con modesto brillo, hacian singular contraste con las faldas de las sierras y las hondonadas de los valles ya lóbregamente sombrías.

El caballo de nuestro héroe habiendo vencido la aspereza de una pendiente algo rápida, empezaba á caminar por amena y espaciosa llanura. Vió entonces el caballero del Cisne que el círculo de montañas, que le llamó la atención al principio de su viaje, presentaba ante la vista un prolongado y caprichoso anfiteatro. Sel-

vas de extraordinaria espesura empezando desde el llano iban á perderse al pie de aquellos encumbrados montes: cortábase á veces la imponente línea que formaban con su enorme masa, y veíase por entre una quebrada el terreno que se extendia á la otra parte, al parecer no menos silvestre, melancólico y pintoresco. Elevábanse de trecho en trecho por aquellos incultos campos encinas de pobladísima copa y robusta corpulencia, bajo cuya venerable sombra habian alternativamente descansado el guerrero cartaginés, el centurion de César y el descendiente de Ismael. Chocaban detras de sus ñudosos troncos algunas piedras de agigantadas proporciones y color negruzco, guardando cierta simetría lóbrega con los bosques poco distantes, llenos de árboles descortezados y denegridos. A su sublime aspecto deteníase el extranjero á con-

templárlas , ignorando si veía en ellas el sepulcro de algun héroe , ó el sitio donde los antiguos druidas celebraban sus sangrientos misterios.

Un poco mas arrimado á la falda de los montes aparecía sobre una eminencia un soberbio alcázar alumbrado por el último rayo que lanzaba el sol desde la cumbre de la montaña. Sus enrojecidas murallas, y la gótica grandeza de su arquitectura, hacian de él un objeto algo lúgubre y siniestro , y no pocas veces al divisarlo repentinamente hácia la noche descollando sobre los silvestres olmos con sus agujas y puntiagudas almenas , creyó ver el asombrado peregrino un gigante etíope en medio de aquel espantoso desierto.

Llega en esto el valiente paladin á un sitio por donde cortaba otro sendero , elevándose en el centro de ambos una cruz ingeniosamente labrada, puesta sobre el tronco de una colum-

na de piedra. Como ya empezaba á obscurecer , detuvo las riendas al caballo con el objeto de echar una ojeada al camino que le convenia elegir, cuando notó que venia detras de él un caballero á toda prisa, cuyos arneses y bridon producian en medio de aquel universal silencio un extraordinario ruido.

— Por la roja cruz de Santiago, gritó al del Cisne á corta distancia, que ando corriendo detras de tí desde que tan á deshora desapareciste del torneo. Vaya que muchachada como la que has hecho no se vió desde los tiempos de Oliveros. Despues de haber volcado patas arriba aquella sarta de héroes lo propio que si fueran de alfeñique, temer á un viejo que temblaba solo de verte!..... voto á brios, que has de dar cuenta á Roldan de no haber cargado con la rapaza, arrojando al babieca de tu

suegro á tres lanzas de la barrera.

— ¡Roldan! exclamó sorprendido el caballero del Cisne.

— El mismo, replicó el incógnito, á menos que hayas olvidado al amigo de tu padre, al que te enseñó primero que nadie á disparar un arco y blandir una lanza. Al llegar de Italia echeme de aventurero por las Castillas antes de volver á nuestros hogares, deseoso de cascar las liendres á esos fanfarrones, siempre dispuestos á marchar contra el Aragon, y á firmar treguas con los perros de Granada. Quise hallarme en el lucido torneo que se preparaba en Segovia, y allí he visto triunfar á un discípulo mio, á un guerrero que me hace honor. Mal año para mí y para mis hijos, cuando los tuviere, si en el modo verdaderamente hostil de bajar la lanza no he descubierto en tí un alumno de mi escuela.

Dichó esto se abrazaron estrechamente ambos guerreros, mientras al resplandor de la luna se miraban con escrupulosa detencion. Roberto de Maristany, à quien llamaron Roldan á causa de su intrepidez grosera y un carácter vehemente y atolondrado, malgastó en su primera juventud la módica herencia que le habia dejado su padre, hijo segundo de una familia ilustre del condado de Urgel, sin que le quedasen otros títulos ni bienes que su valor y su lanza. Don Iñigo de Linares lo tuvo en su castillo de Aragon por la amistad que le habia unido con el autor de sus dias, hasta que fatigado el bullicioso Roldan de aquella vida flemática y holgazana, sentó plaza entre las tropas que siguieron al monarca aragones á las campañas de Nápoles, donde tuvo frecuentemente lugar de dar pábulo á sus inclinaciones favoritas, echando

copiosos brindis , hablando de altas proezas, y repartiendo descomunales cuchilladas.

De consiguiente , habian ya trascurrido algunos años desde que se despidió del caballero del Cisne, que por esto le miraba con una curiosidad abiertamente amistosa. Sus maneras y su modo de hablar no dejaban de resentirse de la ruda franqueza de un guerrero , lleno por otra parte de cierta jactancia militar que le habia caracterizado en todos tiempos, pero el traje que llevaba era mucho mas brillante que el que vestia en el castillo de Pimentel cuando adiestraba al jóven don Ramiro en el manejo de las armas. Adornaba su cabeza un casco de bruñido acero , no coronado de penacho alguno , sino sosteniendo un ave gero-glífica, primorosamente labrada, que le servia de cimera. La edad sería poco mas ó menos de cuarenta años: la

estatura alta , enjuto de carnes , y sus rasgos naturalmente toscos y desabridos daban la idea de un hombre endurecido en las fatigas de la guerra , mas dispuesto á destripar botellas y repartir tajos y reveses , que á echar flores á las damas , ó servir de adorno en los alcázares de los magnates. Sus manoplas eran del mas pulido acero , y lo mismo la gola que coronaba la parte superior de la coraza : la cota de malla relucia formando mil plateados visos al resplandor de la luna , como brilla al despuntar la aurora el menudo aljofar sobre el cespèd de los prados : apoyaba en el estribo el cuento de acerada lanza ; pendia á su lado izquierdo largo acero toledano , y remataba el adorno de tan gentil armadura una sobrevesta flotante , abierta por ambos lados como las que llevaban los heraldos , algo deslucida por las inclemencias del tiempo. Aunque el

caballero del Cisne estaba acostumbrado á ver muchedumbre de guerreros equipados con la mayor magnificencia, no dejó de sorprenderle la que ostentaba el traje de Roldan , por cierto aire de elegancia y buen gusto que se admiraba entonces en los campeones que venian de la Italia. Cumplimentó sobre ello á su antiguo maestro , mientras le acariciaba éste apretándole con tanta fuerza entre los brazos , é imprimiendo en sus mejillas tales besos, que hizo casi perder el mundo de vista al acongojado mancebo. Pasó en fin aquel torbellino de amistosas demostraciones, y pidióle noticias de la casa de Linares y de algunos parientes que habia dejado en Cataluña. A esta postrera pregunta respondió tristemente don Ramiro que habian muerto en las últimas escaramuzas tenidas con sus inquietos vecinos los Guiñarts y Rocabertís.

— Así me hubiera hallado yo en ellas, exclamó Roldan, y á lo menos vieran los zánganos de mi familia si merecia alguna consideracion el pariente que despreciaron antes de marchar á Italia. Adelante, hijo mio; aligera ese buche y sigue contando como lo pasa mi hermana.

— Tambien ha muerto, respondió dolorosamente el caballero.

— ¡ Ha muerto ! repitió Roldan en tono que manifestaba mas sorpresa que afliccion : ¿ cómo diablos cometió tal locura ? por lo menos era mas jóven que yo de media docena de años, y en mi vida me he quejado de un dolor de cabeza. Vaya ¡ con qué tambien mi pobre hermana ! ... ¿ y sus dos hijos ? ¿ y el estafermo de mi cuñado ?

— Todos habian perecido en el asalto que dieron los Rocabertís á su castillo de Alvesa, del cual ni tan siquiera han quedado los vestigios.

— ¡ Por vida de san Genaro ! he aquí lo que se llama un estupendo saqueo : los malditos Rocabertís fueron siempre muy perniciosos vecinos para la familia de Maristany , pero al fin todo ello no son mas que vicisitudes de la guerra. ¿ Y cuándo sucedió tan negro desastre , querido discípulo ?

— Precisamente hizo un año en la noche del bienaventurado san Pedro.

— Hé aquí lo que yo te decia de las mudanzas á que estan sujetas las cosas de la guerra : ¿ no es bueno que en aquel propio dia gané por asalto , con veinte de mis camaradas , el castillo de la Roca-Negra defendido por Bayaceto , perro pagano , enemigo capital de Georgio Castrioto , y capitan de lanceros al servicio de Amurates ? Yo mismo de un reves , zás , lo maté en el umbral de la puerta , y arrojándome por los salones del edificio pude juntar oro suficiente para hacer labrar

esta cadena que cuelga de mi cuello, harto luenga á la sazón para darme con ella cuatro vueltas; pero los tiempos andan famélicos, amado Ramiro, y cuando no habia paga ni saqueo era preciso echar mano de sus eslabones si deseaba uno divertirse honradamente con sus compañeros en la taberna. Y bien: puesto que ya has enterrado á toda mi familia y reducido á cenizas el pobre castillo de Maristany; cuéntame, por vida tuya, en que has pasado el tiempo desde que me separé de tí, y por qué capricho no has querido romper un par de lanzas con el padre de la Reina del torneo, y arrojarle despues las astillas por los hocicos.

— Cuando os quisísteis alistar por fuerza en las tropas del rey don Alonso, dijo el caballero del Cisne, mi propio padre continuó enseñándome no solo el manejo de todas las armas,

sino los modales y prácticas caballescascas. En esto, y en escuchar las lecciones de un anciano monje gerónimo que me enseñaba á leer y escribir, pasé los primeros años hasta que rompí mi primera lanza con un hidalgo de Castilla. Desde entonces todo han sido torneos, escaramuzas y batallas, género de ocupacion que me conviene mas que la del claustro á que trató de inclinarme aquel santo religioso.

— ¡Como fraile! exclamó Roldan; por la santísima cruz de Caravaca que nunca me pasó por las mientes semejante idea. No es eso lo mas extraño, sino que á ninguno tampoco le habrá ocurrido, pues te juro que nadie me ha hablado de tal cosa en el discurso de mi vida. Y no deja de sorprenderme, ahora que doy en ello, porque quitado eso de leer y escribir que nunca pude aprender, lo del

canto de la iglesia que siempre me ha parecido algo tétrico y gangoso, y la ropa talar que llevan los buenos padres con la que no dejaria de dar á cada paso de narices en tierra; por lo demas no veo que diablos pueda faltarme para ser un monje tan completo como mi mismo compadre el sacristan de santa Engracia. Con que tu segun trazas no viniste bien en ceñirte el cordon y encajarte la cogulla, y preferiste empuñar la espada y embrazar la rodela; no es eso?

— Preferí dar gusto á mi padre que no tiene mas hijo para perpetuar el nombre de su familia, preferí la vida cómoda y holgada á la austeridad de la vida religiosa, preferí por último ser un buen soldado á ser un eclesiástico poco grave y ejemplar.

— ¡Bravo! dijo Roldan soltando una carcajada; es decir en plata, señor discípulo, que un vaso de vino, un

buen camarada , cuatro porrazos á tiempo , y un par de ojos negros te parecieron mas sabrosos que los cilicios y los ayunos. Lléveme Dios , iba á decir el diablo , si no eres perro viejo y de tan buena casta como tu propio maestro. No me parece mal , segun te esplicas , solo falta que me descifres el enigma de haber despreciado *il bocato di cardinale* que tenias mas que medianamente engullido en el palenque de Segovia.

— Mejor sería , replicó el del Cisne , que buscásemos donde alojar esta noche.

— No hay que espantarse , señor marinero de agua dulce , que no muy lejos de este sitio conozco un sota-ermitaño en cuyo humilde albergue podremos con mucho donaire embaular tasajo como el puño.

— ¿ Pues no sería mejor dirigirnos á un castillo que se eleva hácia mano

derecha, á muy poca distancia de esta cruz?

— Dejate gobernar por quien lo entiende, y escucha un importante aviso de la boca de tu maestro. Nunca para comer á tu sabor, ó para dormir con sosiego vayas al castillo que denantes dijistes, menos que desees ser arrebatado por los demonios, ó recibir recias cuchilladas, pues bien te acordarás de aquella manoseada trova:

Embraza el robusto, fortísimo escudo,
La espada requiere, no olvides la lanza,
Por mas que con brazo potente y membru-
Alviejo corrieres castillo de Arlanza. (do,
Allí los demonios con ruda pujanza.....

¡ Por vida de mi padre! ¿ qué ha sido de ese desbarbado mozuelo? ¡ Calle! pues él ha echado á correr sin que

yo lo percibiera lo mismo es dar avisos á esos rapaces barbilampiños que arrojar margaritas á los puercos: ni mas ni menos; y por fortuna su caballo ha sido mas cortes y aficionado á buenas coplas, sino me quedo sin auditorio.

Tenia razon de quejarse el honrado veterano: desde el principio de la conversacion con su discípulo habíanse apeado de los respectivos caballos y sentándose amistosamente en las gradas de piedra que componian la base de la cruz, que segun hemos dicho mas arriba, anunciaba desde lejos aquella enredosa encrucijada. Habíanse colocado de manera que el tronco les resguardase las espaldas de un viento algo recio que venia de la parte del castillo de Arlanza, y sin embargo de que sus silbidos interrumpian el silencio de la noche ellos trajeron á oidos del caballero del Cisne las voces suel-

tas de *Blanca* y *Castromerin* pronunciadas sin duda por gentes que estuviesen hablando algo mas arriba. Sin curarse entonces de escuchar el aviso que iba á darle Roldan, deslizose bonitamente por los mismos escalones que le servian de asiento, dirigiéndose con lento y atentado paso á ocultarse entre unos arbustos, con el objeto de espiar á los que nombraron á la Reina del torneo. Entretanto, sin catarse de ello, seguia impertérrito su discurso el engreido Roldan recitando con aire teatral los versos que encerraban aquel importante consejo, pues, aunque sea dicho de paso, la echaba de inteligente en la materia. Quedose por esta razon algo mohino y despechado cuando advirtió que dos caballos eran todo su auditorio; pero es preciso confesar, á fin de hacerle justicia, que una vez desahogada su bilis arrojando cuatro votos y pasando

la mano por sus tupidos bigotes , lo que mas sentia era ignorar qué habia sido del caballero del Cisne , á quien siempre profesó un tierno cariño , que no pudo menos de aumentarse al verle combatir con tanta gallardía ; mérito sin embargo que no dejó de atribuirse sin ceremonia , creyéndolo un resultado de las lecciones que le diera en otro tiempo. Pero en medio de su perplejidad , y cuando ya se disponia á levantar la voz para llamarlo , violo salir de entre unos árboles poco distantes , y que dirigiéndose hácia él le indicaba por señas que no gritase.

— No gritaré , no gritaré , dijo Roland con un gesto algo grave , aunque me parece que debiérais tener mas respeto á un hombre de mi jaez , sobre todo cuando os iba á recitar versos del mayor mérito. Por esta vez no me enfadaré con vos , y para daros

una prueba de mi mansedumbre tendré la condescendencia de repetir aquella excelente trova :

Embraza el robusto, fortísimo escudo...

— Por Dios, Roldan, ved que no se trata de trovas, y escuchadme un breve instante. Sabed que á corto trecho estan hablando tres pícaros, cual no los produce la playa de Sanlúcar, y me conviene escuchar su conversacion por si descubro alguna trama criminal contra personas de mi conocimiento.

— ¿ No valiera mas que arremetiésemos con ellos, y atándolos al tronco de aquellas encinas arrojasen la ponzoña que tienen metida en el cuerpo?

— Hé aquí el modo de que nada supiésemos de positivo: creedme, amigo Roldan, mejor será que cuideis vos de los caballos sin moveros de esta

cruz, mientras voy á enterarme de su infernal conjuración.

— Enhorabuena; y en caso de que te veas en algun aprieto no tienes mas que dar un silbido: yo te arrancaré, no digo de las manos de tres pícaros, sino de las de trescientos, aunque fuese cada uno mas valiente que Amadis, y mas astuto que Gayferos.

A pesar de que llevaba Ramiro la armadura, era tan suelto de miembros y ágil de pies, que bien podia prometerse recorrer aquellos sitios sin temor de ser descubierto con la escrupulosa diligencia del leal perdiguero cuando olfatea las pisadas de su víctima.

No muy lejos de la cruz corria un cristalino arroyo casi oculto entre los juncos, cañaverales y otras plantas acuáticas, que se criaban en su frondosa orilla. Precisamente en la margen misma de este escaso raudal bajo

de un lloron , cuyas prolongadas ramas se inclinaban hasta besar las limpias ondas , se habian colocado los que hablaban de Blanca de Castromerin , muy ajenos de que á tal hora y en tal sitio alma viviente pudiese escuchar su conversacion. Deslizose el caballero del Cisne por entre las plantas de la arboleda , y apoyándose de pechos en un robusto nogal que se elevaba en terreno superior , á poca distancia de los interlocutores ; no solo recogia todas sus palabras , sino que veía sus trages y mas leves movimientos. De los tres allí reunidos eran los dos de aventajada talla , fiero rostro y membrudo cuerpo : vestian tosco gaban de piel de búfalo , sujeto con apretado cinto de baqueta : llevaban casco de hierro , y contra el árbol mas vecino habian apoyado un par de lanzas que parecian una muestra de las que sirvieron para la guerra de los gigantes. En

cuanto al otro personage formaba estraña contraposición con los dos hombres de armas que acabamos de describir ; pues sobre ser bajo de cuerpo, suelto de miembros, y en sus gestos y ademanes inquieto y vivaracho como un mico ; llevaba un traje mas semejante al de los moros que al de los fieles castellanos. Su turbante amarillo y túnica verde lo daban á conocer por uno de los bárbaros que en aquel siglo inundaron la Península, la Francia y la Inglaterra, conocidos en Castilla con el nombre de gitanos, los cuales embaucaban á los sencillos y crédulos diciéndoles lo que llamaban la buena-ventura, cantaban letras impúdicas y ejercían finalmente ratera y baja rapiña con toda suerte de bellaquerías. El mismo resplandor de la luna que sirvió al caballero del Cisne para apuntar en su mente todas las menudencias que llevamos referidas, hízole notar

que los sañudos rasgos de los dos lanceros eran sombreados por bigotes de extraordinaria espesura, y que el rostro casi mulato del africano remataba en una negra barbilla naturalmente rizada.

— Ya te he explicado, decía entonces á uno de los hombres de armas, cual era la voluntad de vuestro único y natural señor.

— Es decir, respondió el soldado, que en caso de que no saliese vencedor del torneo, te encargó que echásemos el guante á Blanca de Castromerin.

— Precisamente; y que aguardásemos para ello á que estuviera en el castillo de su padre, porque has de saber, honrado Bullanga, que á beneficio de la buenaventura y de cuatro untos y pomadas entro en él siempre y cuando se me antoja.

— ¡Diablo! respondió el lancero:

entonces no hay mas sino que nos introduzcas de noche , y mientras yo y mi camarada echamos mano á la rapaza , recoges tú por via de pasatiempo el oro y las alhajas que topes por aquellos salones , que despues lo partiremos aqui mismo como buenos amigos.

— No ha de ser como tú dices , pues en el recinto de aquellos muros hay mas de un jayan tan capaz de defender la honra y las riquezas de su señora , como de apreciar á tres hombres cual nosotros en menos de dos ardites.

— *Don non Largo!* gritó el lancero , que tu negra cobardía es lo que te hace hablar de esa suerte.

— Yo no soy mas cobarde que tu , maese-Bullanga , respondió el gitano , pero no es mi oficio andar á porrazos : si aspirais á tener un guia de mi genio y perspicacia , regiros habeis por mis consejos sin salir de la embuscada hasta que yo lo mande : ahora si que-

reis entrar ruidosamente y á mano armada , alto pues y buscad otro que os conduzca ...

— No , no , amigo Merlin , interrumpió el guerrero , don Pelayo ha dicho que eres el pícaro mas á propósito para que demos felice fin á tan peligrosa aventura ; sin duda el señor de Arlanza te habrá recomendado á su amigo. Pero ahora que me acuerdo, quisiera hacerte una pregunta suelta : ¿cómo demonio siendo tan buen astrólogo que andas vaticinando á cada uno el día en que se ha de caer y el mal de que ha de morir , no se te alcanzó que habian de ahorcar á tu hermano ?

— Mira, Bullanga, por el mismo que denantes jurastes te aseguro que si hubiese llegado á mi noticia que cometia la sandez de ser á un tiempo el espía de don Juan de Navarra y de don Alvaro de Luna, yo propio le ha-

bria aconsejado marcarse el árbol, que le pareciere mas á propósito para dar el último salto sin hacer guiños ni visages, con toda comodidad y decencia.

— ¿Con que quedamos en lo dicho? preguntó el otro lancero.

— Con tal que accedais á las condiciones que he propuesto, respondió el gitano; y antes que os marcheis jurádmelo por el cuerpo del Apóstol que guardais en Compostela, pues ya sé que vosotros no haceis caso de otros juramentos.

— Eres un perro incrédulo y suspicaz, respondió Rullanga, pero en fin juro.....

— Aguarda, interrumpió el gitano, vuélvete hácia la derecha á fin de que te oiga el patron de las Castillas desde el sitio mismo donde reposan sus venerados restos.

Volviéronse los soldados y juraron solemnemente no separarse un ápice

de lo que mandase Merlin, despues de lo cual como se levantase para marchar, tomolo uno de ellos por el brazo, y sacudiéndolo le dijo:

—¿Osarias despedirte, gitanillo sucio y mal peinado, sin honrarme primero con un par de tragos del saludable licor de la bota que cuelga de mis hombros? pero ¡ah! me olvidaba de que eres un macho, pues solo bebes agua para dar gusto al zancarron de Mahoma.

— Tú si que eres el macho en hacerle esclavo del frasco y de la botella, respondió el gitano. *no se como* hay quien se fie de un babiaca para comisiones que piden de suyo despedido juicio y sangre fria.

Pronunciadas estas palabras tomó el africano por una senda que conducia hácia el castillo, y echaron los dos guerreros por un camino angosto que no se separaba de la márgen florida

del cristalino arroyuelo. Fuese Ramiro al sitio donde dejó á Roldan, resuelto á dirigirse desde el dia siguiente al castillo de Castromerin, y estar de continuo á la mira, con el objeto de frustrar cualquiera proyecto que hubiese concebido el vengativo don Pelayo. Preguntole Roldan si era cosa de echar mano á las espadas y correr hácia los pícaros, cuya conversacion habia ido á escuchar; pero respondiéndole el del Cisne que no era del caso la menor violencia, acarició con la mano sus bigotes, y mantuvo á raya los naturales ímpetus. Montaron á caballo, y dirigiendo siempre el intrépido Roldan, tomaron la vuelta de una ermita que se hallaba como una legua mas arriba del castillo de Arlanza. Cuando pasaron por el pie de los altos torreones que defendian la puerta exterior, cuyas líneas colosales eran análogas á lo vasto y descompa-

sado de este antiguo edificio ; detuviéronse un momento á contemplarlo llevados de la secreta curiosidad que inspiran los objetos que dan pábulo á la imaginacion por medio de supersticiosos terrores. Bien reparó Roldan en cierta cadena de hierro colgando de una especie de aspillera , practicada en la mas próxima de las dos torres ; mas no quiso llamar para que les abrieran , pues sabia que el castillo de Arlanza estaba lleno de maléficos espíritus , contra quienes no valian tajos ni cuchilladas. Algunos hombres de armas colocados en lo alto de los muros , ya parecian sombras errantes deslizándose en medio de la obscuridad , ya estátuas de bronce clavadas como por adorno en aquel sitio. Todo esto unido á la espesura de las paredes , de entre cuyas piedras algo desunidas colgaban pelotones de plantas silvestres , y al lúgubre carácter de aquella

habitacion tétrica y solitaria , formaba una romántica armonía con el amortiguado resplandor de la luna , el ahullido de las aves nocturnas , y la profunda quietud de aquellos campos.

Dieron al fin espolazo á los bridos sin hablar palabra ambos guerre-ros, y pronto dejaron á sus espaldas el misterioso alcázar que acababan de admirar. Iban siguiendo su viage en absoluto silencio como embebidos en sérias meditaciones, y solo despues de largo rato rompió la conversacion el caballero del Cisne preguntando á su compañero la causa de una taciturnidad tan contraria á su carácter.

— Puedo asegurarte , querido discípulo , respondió Roldan , que no las tengo todas conmigo cuando navego por estos alrededores.

— Pero en suma , ¿qué sabeis de positivo entre lo mucho que se cuenta?

— Que hay una parte del castillo

sin que ningun cristiano pueda habitarla , y al fin al fin tendrán que abandonarlo del todo , lo que ya hubieran hecho gentes de mejor conciencia y conducta que el pícaro de su dueño.

— ¿ Tan perverso es el señor de Arlanza ?

— Mil veces peor , respondió Roland , que los osos y javalíes que andan hambrientos por las revueltas casi laberínticas de esas montañas. Rodéale un enjambre de amigos , menospreciando como él toda idea de honradez , toda autoridad civil y religiosa , con cuyo crédito y auxilio comete en sus vasallos y vecinos las mas sacrílegas violencias. Su carácter es feroz , sanguinario , y su figura indica todo el veneno y la impureza de su alma. ¡ Plegue á Dios que la lanzada que le has asestado con tanta gallardía en el torneo de Segovia , lo ponga por

mucho tiempo en estado de no vestir la armadura !

— Pues ya no extraño que sea tan camarada del adalid que sostenia, dijo el caballero del Cisne.

— Lo es, respondió Roldan, porque así conviene á sus miras ambiciosas ; pero yo te juro por el santo Sepulcro, que si mañana cayera el condestable de Castilla, don Rodrigo de Alcalá sería el primero que diese de puñaladas á su primogénito para hacerse buen lugar con el nuevo favorito.

— ¡ Vive Dios ! exclamó Ramiro, que si otra vez vengo á las manos con hidalgo tan infame, no lo suelte hasta purgar la tierra de semejante monstruo.

Llegaron en esto al pie de una ermita construida á la otra parte del camino real, dando idea en todo su aspecto de una simplicidad evangélica. Acercose el caballero del Cisne y

llamando con un canto , contestaron desde adentro dos grandes perros con espantosos ladridos. No era á ellos á quienes deseaba despertar , por lo que repitió los porrazos con mas fuerza , haciendo temer que si tardaban en abrirle , no resistiria por largo tiempo la puerta á tan furibundos golpes.

— ¿ Quién llama á tales horas ? dijo entonces desde el fondo una voz desmayada y penitente.

— Un pasajero extraviado que pide la hospitalidad para esta noche.

— Pasad adelante , hermano , respondieron , y no interrumpais á un pecador en sus pobres oraciones.

— ¡ Voto á brios ! gritó el del Cisne , que si me haceis pasar la noche al raso heme de divertir echando la puerta al suelo.

— No hareis tal , replicó el ermitaño , que os guiaré con tales señas para hallar buena posada , que os deis

por mas que medianamente satisfecho de mi voluntad y cortesía. Echad por el atajo de la derecha, hermano, y tened cuenta con no despeñaros en cierto barranco, á cosa de media legua de este sitio: algo mas arriba se percibe el sordo rumor de un rio precipitándose por un cauce muy profundo: pasaréislo por un puente roto en lo que dareis gallarda prueba de intrepidez y agilidad. Despues de esto apenas hay peligro que vencer: no obstante guardaros habeis de una cuadrilla de bandoleros que ...

— ¡ Por vida del salto que dió Luzbel del cielo á los abismos, gritó Roldan sin poder contenerse, que si no abres esa puerta de alcornoque, he de aporrear tu cuerpo con la cuerda misma que lo ciñe! Ven acá, ladrón descomulgado, ¿quién te ha dicho que á dos caballeros como nosotros los tires por un barranco, los preci-

pites desde un puente , ó los hagas dar en manos de salteadores de caminos ? Abre te vuelvo á decir , por vida de san Genaro , ó reza el acto de contricion si lo sabes de memoria.

— Allá voy , amigo Roldan , respondieron de la ermita ; ¡ quién diantres habia de sospechar en la honra de tan alegre huésped !

— Ya : dijo Roldan ; como andaria perdido su reverencia en espirituales meditaciones , no se curaba mucho de socorrer á los caminantes desca- minados.

— Y no solamente por eso , replicó abriendo el ermitaño , sino por no figurarme que personas de tan ilustre jaez pidiesen la hospitalidad á mi humilde puerta.

Entraron los dos guerreros en la ermita despues de acomodar los caballos en un mal pesebre formado por el ingenioso anacoreta en uno de sus

estremos. Pidió el caballero del Cisne algo para cenar, y colocando su huésped sobre una mesita cuatro puñados de avellanas y frutas secas, indicó por señas ser aquella la única comida que podía ofrecerles. Era nuestro ermitaño un motilon de regular estatura, largo de brazos, recio y robusto, ostentando la cerviz de un toro y unos puños capaces de meter miedo al mismo Milon de Crotona. Sus ojos negros y penetrantes, sus carrillos frescos y redondos, la nariz algo aplastada, y dos órdenes de dientes mas á propósito para luchar con sendos tasajos de baca y de carnero, que para emplearse en frutas y otras fruslerías semejantes; iban muy mal con la poblada barba, el aire de humildad y penitencia, la voz enfermiza y plañidera y la desaliñada túnica de color pardo.

Echó Roldan una ojeada de cólera á la frugal comida, y mirando de tra-

ves al cenobita , no sé que murmuró entre dientes , que le hizo dejar por un momento su ademán compungido y religioso.

— Ya veo , dijo , que mi compadre Roberto pone desabrida cara á mis nutritivos alimentos : quiera Dios, añadió con cierta sonrisa , inspirarle el deseo de moderar su gula y mortificar su cuerpo comiendo legumbres y bebiendo agua-chirle.

— Mejor sería , respondió el guerrero , que pasarlo panza arriba sin probar lo uno ni lo otro. Sin embargo pareciérame del caso, padre mio, que hiciéseis un reconocimiento por la ermita , á ver si aquel benefactor de marras, el piadoso guarda-bosque, ha dejado por ahí manjares mas dignos de vuestras robustas quijadas.

— Antes de todo, interrumpió Ramiro, haced callar ese par de mastines que no cesan de gruñir y amenazarnos.

— Ya hubiera despachado uno de ellos, replicó Roldan, á no ser por la opinion en que estoy, de que harán paces con nosotros en cuanto vean que su amo nos trata como amigos. ¡Oh! su olfato y el mio corren parejas.

— Creed, nobles hidalgos, dijo el ermitaño, que si alguna vez he deseado los socorros de mi amigo el guarda-bosque es en la presente. Veré si ha quedado algun residuo de lo que últimamente puso en esta alacena, y no para mi recreo, pues sabe que rehusó al paladar bocados tan esquisitos, sino á fin de que pudiese regalar con ello á huéspedes de mas ilustre cantera.

Mientras esto hablaba dirigiose á un armario abierto á pico con mucho disimulo en uno de los ángulos de la estancia, y púsose á registrarlo con afectada escrupulosidad. Vió dentro

de él el caballero del Cisne varias armas ofensivas, instrumentos para cazar, y un arpa al parecer descuidada y polvorosa.

— En efecto, prosiguió el cenobita dando fin á su registro; Roldan tiene excelente olfato: todavía queda con que honrar á personas de importancia. Vaya, caballeros, añadió dirigiéndose á ellos: refocídense con esta liebre fiambre, mientras voy á calentar un par de perdices adobadas con su cebolla y sus garbanzos, dignas de presentarse al mismo Rey de Castilla. Ahora en cuanto á la bebida tendrán que alabar á Dios con el agua pura de un bendito manantial que corre á poca distancia de la ermita.

A todo eso habia ya encendido lumbre y calentaba las perdices del guarda-bosque en la estrepitosa llama que empezaba á elevarse por la celda: púsolas despues sobre la mesa hala-

gando con ellas la vista y el olfato de sus despabilados huéspedes, que comían como suele decirse á dos carrillos. Sobre todo el bravo Roldan mascaba con la voracidad y apetito de un jaque que tuviese hambre canina, y no se le presentase con sobrada frecuencia un banquete tan opíparo y sabroso.

— Si mal no me acuerdo, padre mio, dijo con la boca llena, la otra vez que tuve la honra de ser obsequiado por vuestra reverencia quebrantásteis la costumbre de no probar mas que legumbres, y aguzásteis mi apetito comiendo con gallardía y menudeando los brindis. Dígolo porque yo sé que holgára mi compañero de veros tomar parte en nuestra cena.

— Verdad es, respondió el cenobita; pero si supieras, hijo mio, las severas penitencias con que he castigado aquella culpa, no me tentarias para que volviese á cometerla.

— Bah, Bah, dijo Roldan, sentaos en ese medio tronco de encina, y echad ese nuevo pecadillo en mi celda. Arrímolo porque no sois de tan duro corazon que pagueis mi urbanidad con un desaire.

— No, por el bienaventurado san Pacomio, respondió el ermitaño: yo espiaré á su tiempo con abundancia de ayunos y toda clase de abstinencias el pecado que me haceis cometer á fuerza de cortesía.

Sentose á la mesa el robusto cenobita y empezó á comer con dificultad y melindre, cual si le costase mucho vencer la repugnancia de quebrantar su santa regla. No obstante, así que hubo engullido los primeros bocados, despertose su buen humor, y arremetiendo de nuevo con las perdices y la liebre, empezó á sazonar la comida con agudezas y donaires. Contemplábale absorto el caballero

del Cisne , pero Roldan , que era el único que le hacia frente en los chistes y sales algo picantes de la conversacion , no se admiraba ni hacia alto en tal mudanza , por creer que la cosa mas natural del mundo era el comer cuando se presentaba ocasion de hacerlo ; á pesar de la dieta que recomendara Hipócrates , ó de la austeridad santa que predicó san Benito. Lo que sí le affigia con agudísimo dolor era la vista del jarro lleno de agua , que sin que nadie le hubiese hablado palabra á pesar de su recomendacion milagrosa , elevábase sobre la mesa de aquel rústico banquete. Mirábalo el veterano con desencajados ojos , y casi le saltaban las lágrimas al pensar que al cabo al cabo habria de limpiarse la boca con aquel malditísimo brevage. Notó su tristeza el compasivo ermitaño , y viendo al propio tiempo que le iba ya faltando por pegársele la

lengua al paladar el caudal de coplas, bufonadas y sentencias; no pudo resistir por mas que quiso á tan tierno y congojoso espectáculo.

— Por vida de mi padre , exclamó haciendo temblar de una puñada la endeble mesa , que me parece imposible no dejase el guarda-bosque algun poco de licor con que rociar estos sabrosos manjares.

Chispearon de alegría los ojos de Roldan al oír esto , y tendiendo los brazos al anacoreta , conjurole por cuantos santos moraban en el paraíso para que registrase de nuevo los rincones y escondrijos de la ermita , pues no era posible que un hombre tan de bien y tan corriente como el guarda-bosque , no dejara en alguno de ellos con que alumbrar viandas tan esquisitas. Practicólo el ermitaño , y despues de correr de un lado á otro removiendo los trastos de la celda y visitando sus

huecos y madrigueras , volvió con aire triunfante llevando en la mano una vasija llena del aromático licor, capaz de satisfacer á una docena de medianos bebedores. Alargó el brazo Roldan cual si quisiera aligerar al cenobita de su peso , y arrimándola á las narices meneó la cabeza á un lado y á otro como aprobando la cantidad y la calidad del néctar que contenia.

— Eso si que se llama tratarme á guisa de antiguo camarada , exclamó, y por cierto que no he de olvidar en toda mi vida tan señalado servicio. Lástima, santo varon, que no podais seguir la milicia , pues con un carácter tan corriente y leal , sería su reverencia un muy bizarro guerrero. A vuestra salud , padre mio.

— Lástima , respondió el ermitaño, que cuatro escrúpulos de monja no te permitirian abrazar la religion que yo profeso , pues estoy cierto de que

con ese genio impetuoso y entusiasta serias mejor anacoreta que yo mismo.

— ¿Lo ves, discípulo, dijo Roldan alborozado al oír esto, como es verdad lo que te hablaba esta misma noche de las cualidades que reconozco en mí para honrar el cordon y la cogulla?

— Lo que realmente veo, respondió el del Cisne, es que si seguís traguando con tanta frecuencia, ya puede ser que amanezcáis en Italia.

— Eres un mentecato, dijo Roldan, y te faltan todavía diez campañas para tener firme á igual número de botellas.

— No me preció de lidiar con tanto brio en la mesa del festin como en la arena del palenque, y por lo tanto mientras luchais con su reverencia, yo le pediré permiso para descolgar un arpa que he visto dentro del armario, y ensayar en ella cierta cancion

báquica que aprendí en los juegos florales de mi tierra.

— Digo, respondió Roldan, que es de lo poco bueno que te he oido desde que hemos vuelto á vernos. Ea, hermano, alcanzadle el acordado instrumento, y que los acentos del nuevo trovador solemnizen el sonoro menudeo de los brindis.

Ya en esto tenia el arpa en la mano el caballero del Cisne haciendo lo posible para afinarla. Logrolo al fin, y con suma complacencia de su auditorio, cantó los siguientes versos al compas de los aplausos con que los interrumpian Roldan y el cenobita, que parecia echarla tambien de conoedor en la gaya ciencia.

Bramen sañudos los vientos
mientras bramen por defuera,
y resuene en mi cabaña
el trin, trin de las botellas.

Hiende la lluvia los aires ;
 retumba el trueno : la sierra
 estremécese : mil rayos
 relumbrando serpentean.

Desde el altivo Pirene
 los torrentes se despeñan,
 árboles , chozas arrastran,
 roncós , indómitos ruedan.

Del honditonaute río
 al ímpetu airado tiembla
 sobre sus hondos cimientos
 robusto alcázar de piedra.

La velluda piel eriza
 y hambriento bramido suelta
 el oso de esas montañas,
 desde su lúgubre cueva.

Brame sañudo en buenhora,
 rayos caigan por defuera,
 mientras se oiga en mi cabaña
 el trin , trin de las botellas.

— ¡Por los sagrados cielos , exclamó
 Roberto al oír la última copla , que me

parece estar entre las sirenas de Nápoles! ¡ Hombre! ¿ cómo te lo has hecho para aprender este diluvio de cosas en tan breve tiempo? preciso es confesar que en los muchachos de ahora hay mas ingenio y travesura que en los de mi época: de antes no se confundian el arpa del trovador, el libro del religioso y la espada del caballero; pero ahí teneis, reverencia, un perillan, que lee mejor que vos, y combate cual yo mismo.

— Decidme su nombre, exclamó el ermitaño, para que lo honremos tambien con una de nuestras libaciones.

Iba Roldan á verificarlo, pero adelantose don Ramiro respondiendo con cierta sonrisa mas maligna que sincera:

— Llámanme el caballero del pájaro: hay quien le añade el epíteto de medroso; pero nada creais, os aconse-

jo , pues que antojos son del vulgo. Y á vos , padre mio , ¿ cómo os llaman por la sierra ?

— El ermitaño de Arlanza , replicó con el mismo aire socarron el jovial anacoreta : hay quien le añade el epíteto de santo , pero nada creais , os aconsejo , pues que antojos son del vulgo.

— Caiga sobre mí un convento , exclamó el veterano , si entiendo esa ridícula gerigonza. Roberto de Maristany me pusieron en la cuna , y llámanme Roldan por sobrenombre no solamente el vulgo necio , sino hidalgos y plebeyos , hombres de ingenio y mentecatos.

Con tan festivas pláticas iban pasando la noche bajo aquel humilde techo , sin que Roldan ni el anacoreta se diesen todavía por vencidos , á pesar de estar casi apurada la vasija del precioso néctar , ni se cansase el ca-

ballero del Cisne de animarlos en su báquica contienda con donosos cantares que les arrancaban frecuentes vivas. Tenian ambos campeones brillantes los ojos , suelta la lengua, ardiente el rostro y algo destemplado el metal de la voz , pruebas de que iba haciendo su efecto el vigoroso licor que habian bebido ; cuando interrumpieron á deshora su jovial pasatiempo dos golpes reciamente aplicados en la puerta de la ermita. Lo primero que hizo el anacoreta fue recoger la vajija y demas destrozos de aquel campo de batalla para encerrarlo en la alacena, mas no gastó tan poco tiempo en esta operacion que no exaltase la impaciencia y desabrido humor de los que llamaban desde el campo.

— ¿Abres, gritaban, ermitaño de los demonios? bien decia yo que te habia de pillar á tales horas mas borracho que una cuba.

No sabian muy bien al cenobita aquellos familiares elogios, algo sonrojado de que los escuchasen sus huéspedes; pero al fin fue necesario abrir la puerta, por la que entraron los dos lanceros que habia visto el caballero del Cisne hablando con el gitano Merlin. Sorprendióles al parecer el hallar á Roldan y su discípulo en la ermita, y estuvieron un momento llenos de perplejidad é indeterminacion, no sabiendo á que atribuir aquella estraña ocurrencia. Murmuraron algo entre sí, y dirigiéndose despues al ermitaño atragéronlo á un rincon sin hacer caso de Maristany ni de Linares, y echándose de ver por lo que pasaba entre ellos, que enteraban á su huésped de algun importante secreto. Hablaban tan bajo al principio, que nada pudo entreoir el caballero del Cisne por mas que procuraba inspirarles confianza, ma-

nifestando estar distraído con el instrumento que tenia delante; pero animose el diálogo de los tres interlocutores, y dejaron percibir las siguientes palabras, convencidos quizás de que no podia oirlas el hijo de Pimentel á causa de su distraccion, y mucho menos Roldan que ya daba muestras de querer digerir lo que habia engullido, con las piernas estiradas, la cabeza apoyada en la pared, los ojos casi cerrados, sacando un rostro de media legua de andadura, una boca muy abierta y aquella respiracion gutural, propia de un hombre próximo á sepultarse en el mas profundo sueño.

— Cuanto mas pienso en ello, decia el anacoreta, menos me place la aventura. Dígame, hermano Bullanga, que el meternos en el castillo de Castromerin es tan arriesgado, como introducir la cabeza en la boca de un cocodrilo.

— Eres un pobre hombre, respondió el lancero, y paréceme que se te va pegando algo de ese beaterio que finges. Mejor fuera que no admitieses en la ermita á gente desconocida que negarte á casos de honra.

— Mira, Bullanga, repuso el ermitaño; yo no me niego á casos de honra: dígalo el haberme encargado del difícil papel de anacoreta para mejor servir á don Rodrigo y don Pelayo; pero á ti que te puedo hablar ingenuamente, te confieso como no me gusta que nos metan en descabelladas empresas. Hum! eso me huele á licenciarnos para el otro mundo; pues, como suele decirse, cubre la yerba del cementerio los mas recónditos secretos: soy perro viejo y basta.

— ¿Y qué dirás, alma mezquina, insistió el soldado, cuando sepas que

el mismo don Pelayo estará allí con nosotros?

— Diré que no tengo dificultad en seguirle. Con la ayuda de Merlin para fraguar el plan, y la presencia de don Pelayo para responder de sus resultados, hallo el negocio moneda corriente.

— Ea, pues, despeja la ermita de ese par de zánganos, y encájate el hábito de nuestra orden.

— ¿Zánganos dijiste, amigo Bullanga? sabe que aquel babiaca que no hace mas que bostezar, es capaz de habérselas con una docena de jayanes. En cuanto al otro me parece todavía algo novicio, pero los elogios de su compañero, y cierta discrecion que he notado en él, hácenme sospechar que es hombre de pro, igualmente dispuesto á no dejarse aterrado por malandrines ni vestiglos. Deja pues que acaben de pasar la noche en

nuestra ermita ; que yo sé que echaran á correr en cuanto rompa la aurora.

— Muy bien dicho, compadre, replicó el otro lancero : que imprudente fuera en vísperas de un ataque armar sin mas ni mas otra jarana.

Dividiéronse aquellos tres hombres de bien, y habiéndose echado por los rincones de la celda, procuraron descansar lo poco que faltaba de la noche. Dormia en tanto Roldan con la misma holganza y frescura que si se hallase tendido en cama de blandas pieles, y velaba nuestro héroe por temor de que no parase en bien todo aquel diluvio de coloquios y extraordinarios sucesos. La conversacion de los lanceros con el fingido ermitaño, que pudiera llamarse la segunda parte de la que tuvieron antes con el astuto Merlin ; hizo que al despuntar el alba se apresurase á despertar á Roberto,

quien todavía á pierna suelta roncaba. Dióle en el rostro con el cuento de la lanza, pero viendo que no entendia su amigo semejantes indirectas, asióle de un brazo y tiró con tanta fuerza, que habria bastado para despertar un muerto.

— Reniego de tal alcaide, dijo Roldan soñoliento: con un adarme de compasion que tuviera, ayudárame á tragar tan malas nuevas con un frasco de aguardiente. Al fin, al fin, solo una vez podrás ahorcarme, hermano verdugo, pero aquel judio deja mi gaxnate mas de ciento tan seco como un esparto.

— Levantáos, vive Dios, interrumpió en voz baja su discípulo agarrándole por la gola; enhoramala requebrásteis anoche la vasija para que todavía andeis soñando en ella.

— ¡ Quita esas manos, perro ! prosiguió Roldan medio dormido: paré-

ceme que tengo trazas de subir ligerito la escalera , sin necesidad de que me ayudes , loado sea Dios.

Abrió no obstante los párpados y mirando en torno lleno de torpe admiracion, quedose con la boca abierta, fijando unos ojos desencajados en el caballero del Cisne.

— ¡Pardiez! exclamó: ¿con qué eres tú , Ramiro? mucho te lo agradezco, pues creí que me habia echado el guante el señor de Arlanza y me colgaban por adorno en la puerta de su castillo. Oye, caro discípulo: agitábase delante de mí una soga en línea perpendicular ; sentia acá en la garganta la maldita picazon de la gohlla de esparto , y todo parecíame corriente para danzar al aire libre sin tocar con la punta de los pies de tres varas en el suelo.

— Basta de locuras, Roldan, díjole el del Cisne : el demonio de los bor-

rachos á quien sin duda habeis vendido ese cuerpo

— Y por poca cosa : diome por él un barril de Valdepeñas : el contrato se estipuló en una taberna , pero

— Cuando iba á suplicaros , atajole con afligido tono don Ramiro , que me ayudáseis en cierto negocio del que depende la felicidad de mi vida ; os empeñais , amigo Roldan , en desesperarme : paréceme que no podremos volver juntos al castillo de mi padre como deseabais anoche : esas imprudencias acarrearían mi desgracia , y como tengo enemigos de consideracion en Castilla no os perdonarian la generosa amistad que

— Por Dios no hables de separarnos , hijo mio , interrumpió Roldan á su vez con enternecimiento : siento que de esa suerte te amohines por una chanza y nada mas . Ya ves que los que todo lo perdieron en medio

de tantas guerras, y andan errantes por paises enemigos sin mas perspectiva que una cárcel, ó recompensa que un suplicio; son acreedores á tu indulgencia si hacen por olvidar las horas junto un frasco del rancio y vigoroso Valdepeñas. En fin aquí me tienes, discípulo: dime á donde hemos de ir; y ya verás si merece ser tu camarada el que mereció en otro tiempo darte lecciones de esgrima.

El tono de franca y grosera ternura con que pronunció Roldan estas palabras, disipó todo el resentimiento del caballero del Cisne. Acordose de los cariñosos cuidados de que le era deudor, y apretándole la mano volvióle toda su jovialidad y charlatanería. Ensillaron los caballos, y alejéronse de la ermita sin despedirse de los que quedaban en ella; al parecer sepultados en el sueño. De camino instruyó el hijo de Pimentel á su antiguo maestro

de cuanto ocurría, por lo que dirigieron hácia el castillo de Castromerín para desbaratar cualquiera proyecto fraguado por el señor de Arlanza, ó don Pelayo de Luna. A uno y á otro aborrecía de muerte Roberto de Maristany, no solo por su orgullo y desenfreno, sino á causa también del empeño con que perseguían á su patria, y aprovechaban todas las ocasiones para ultrajar la casa de Pimentel. Testigo de la injusticia que hicieron á don Ramiro en el torneo de Segovia, ardía en deseos de vengarla, y daba gracias al cielo de que tan pronto le proporcionase ocasión para ello; aunque no dejaba de hacerle mella la idea de que sus esfuerzos hubiesen de redundar en beneficio de otra familia, igualmente enemiga de los Linares de Aragon. Verdad es que en la relacion del discípulo entreveía sus amores con la Reina del torneo;

pero Roldan se burlaba de esas ni-
 ñerías , y estaba en la opinion de que
 la misma reina Ginebra no valia dos
 ardites al lado de un camarada , un
 combate , ó un frasco de vino añejo.



CAPÍTULO IV.



DOÑA JIMENA.

Pasemos ahora cambiando de escena desde los solitarios alrededores del alcázar de Arlanza al país donde se elevaban las torres arabescas del castillo de Castromerin. Hallábase situado en el centro de una fértil llanura que terminaba por un lado con las montañas de Asturias, y en un río por el otro de adelgazada corriente. Las ventanas y galerías del castillo ostentaban en sus labores el cincel de primorosos artífices, lo cual hacia contraposición singular en cotejo de los toscos muros y otras partes del grandioso edificio, que manifestaban haber sido construidas en épocas mas remotas. Pero lo que se hacia notar

en él tanto por su frondosidad y estension, como por ser regalo poco comun en los alcázares de España, era un magnífico parque que sirviera de recreo en otros tiempos á los monarcas de Leon. Estendíase hasta alcanzar la falda de los montes asturianos, y ocultaba en su seno tortuosas quebradas, escarpados barrancos y apacibles llanuras, todo hecho á fuerza de trabajo é industria, para dar lances mas variados y azarosos á la persecucion de las fieras. Esta era la única selva que sombrease aquellos campos, á menos que se quisiera graduar de tal, un grupo de árboles bastante espesos que se elevaba hacia el rio, y por entre cuyas hojas asomaban las campanas y la cúpula del venerable monasterio de san Mauro.

Tal era el hermoso castillo donde Blanca de Castrómerin pasó los primeros años de la juventud: hallábase

ahora recién llegada en él, pues aunque su padre una vez terminado el torneo quiso inmediatamente unirla con don Pelayo, el abatimiento en que la vió de resultas de la lucha interior que habia agotado sus fuerzas en aquel famoso dia, le hizo acceder á la súplica de la doncella reducida á que le permitiese recobrar la calma de su espíritu en los lugares testigos de los juegos de su infancia, al lado de su respetable maestra. Recibiola Leonor con maternal cariño, tanto mas tierno á la sazón, cuanto se mezclaba á él la piedad que ya reclamaban de su pecho las desgracias de su amada discípula. No se ocultaba á su penetracion el orgullo de Castromerin y lo deslumbrado que le tenían la opulencia y el poder del condestable: conocia la preponderancia del bando de este valido, y el ódio del noble duque á la casa de Pimentel, y desesperaba

por tanto de que pudiesen en ningun tiempo realizarse las esperanzas de su pupila. Razonas tan poderosas inspiraron á la sensata dueña el deseo de sufocar en su pecho la pasion que empezaba á dominarlo , y con esta idea no abandonaba á Blanca en todo el dia , halagándola de continuo con amorosa blandura. Viendo no obstante que nada podia desvanecer su tristeza , determinó servirse de medios mas directos , pintándola francamente el peligro que reconocia en sus mal concebidas ilusiones. Por lo regular paseábase Blanca en los jardines del castillo cuando empezaba el sol á ocultarse en el horizonte , y seguía la constantemente Leonor espiondo con tierno interes sus menores movimientos é involuntarios suspiros. Tal era á pesar de la angustia que la consumia , el resplandor de su hermosura , que al ver brillar por entre las aro-

máticas plantas la orla de su vestido blanco, cualquiera la hubiese tenido por la diosa de las selvas; y al sorprenderla al pálido rayo de la luna reclinada cabe un arroyo contemplando silenciosa el lento curso del astro de la noche, tomárala por el genio de los sepulcros, ó el angel de la melancolía. En esta última actitud hallábase la doncella á la caída de una tarde mientras los últimos reflejos del sol doraban con blanda lumbre los campos de Castromerín, cuando acercose á ella su indulgente amiga, y con muestras del mas noble afecto le dijo:

— Paréceme, querida Blanca, que evitais el encuentro de cuantas personas os tienen verdadero amor: ¿creeis por dicha que las ilusiones, acaso indiscretas de la juventud, sean preferibles á los halagos del amigo que nos dirige, ó á los consejos de la madre que nos educa?

— Estoy pensando, respondió Blanca, en que perderé la madre y el amigo cuando me separen de vos.

— ¡ Separarnos ! exclamó la dueña; no lo temais ; prometo seguirós á donde quiera que os conduzcan.

— Ya no puedo ocultaros , señora mia , lo que pasa en mi corazon : si me obligan á dar la mano á don Pelayo , no creo que esté en la vuestra la facultad de seguirme.

— ¿ Y por qué no ? preguntó sonriéndose Leonor : ¿ tan poco caballero le suponeis que me negase el único consuelo de mi vida ?

— No me habeis comprendido : quise decir que ibais á perderme para siempre.

— Pues entonces haced mas justicia al noble señor de Castromerin. Confesadle francamente esa invencible repugnancia y los justos motivos en que se apoya , y no tengais miedo

de que con su carácter naturalmente generoso os arrastre á un precipicio. El favor que logra en la córte don Pelayo , cierta apariencia de valentía y de marcialidad , y el crédito sobretudo de don Álvaro de Luna , convengo en que han preocupado á vuestro padre á favor suyo ; pero no creais tampoco que desconozca la arrogancia y la relajacion de aquel guerrero. Por mas que le cueste ahora acceder á vuestras súplicas , vendrá dia en que lo contemple sin el bélico prestigio que lo engalana , y os agradezca esa respetuosa resistencia. Sin embargo cuidad de que nada tenga que echaros en cara , de que no pueda decir que nazca tal obstinacion de secundario interes , sino que tuvo su origen en la rectitud del alma , en la nobleza misma de vuestro carácter.

— Os entiendo , y por mi desgracia nada os puedo prometer. Exigís

..

un esfuerzo superior á mi ternura y á mis pocos años : mis ojos procurarán no verle , mis labios no pronunciarán su nombre ; he aqui hasta donde puede llegar mi sacrificio : ahora por lo que toca á desterrarlo de mi pecho, os lo repito , Leonor , no puede ser ...

— Pero venid acá , mal aconsejada jóven , ¿por qué desgraciado empeño labrais la desdicha de vuestros amigos y vuestra propia desdicha ? Allá en mis tiempos , amada Blanca , no era tan comun como en el dia el ódio que engendran las discordias civiles , y no obstante preferiase la muerte á la mano de un campeón , cuyo padre mantuviese con el nuestro alguna guerra feudal.

— ¡ Si le hubiéseis visto como yo derribando con fuerte lanza los mas valerosos héroes que cuenta la caballería ! ¡ Si despues á mis plantas besándome la mano con ternura y en-

tusiasmo, mientras ondéaban en torno de su frente los rizos de su luenga cabellera ! ; Si le oyerais decir con un acento que llegaba al corazón , *no os olvideis jamas del caballero del Cisne !* No en valde reunió naturaleza en un mismo ser las mas brillantes cualidades : él solo me ha defendido cuando me creí entregada á don Pelayo ; su valor , su gentileza y cortesía habian turbado ya antes de conocerle la suave paz y la inocencia de mi alma. No es decir por esto que dé pábulo á un amor que se presenta bajo tan funestos auspicios : sufriré , lloraré en silencio ; pero la familia de Castromerin no tendrá que reprenderme una inclinacion desgraciada.

Quedose Leonor sorprendida al oír hablar con tanta energía á su discípula , admirándose secretamente de la fuerza de un afecto , que tan pronto desenvolvía el vigor hasta entonces

oculto de aquel carácter. Solo pasados algunos momentos soltó como maquinalmente estas palabras :

— ¡ Infeliz ! ... Con imaginacion tan exaltada , con un pecho tan blando y cariñoso , temo mucho , amable Blanca , que el curso de vuestros dias no sea muy digno de envidia !

Abrazola al decir esto y fingiendo alguna de sus habituales ocupaciones fuese al castillo , dejando á su discípula en los jardines para que reflexionase con más libertad sobre lo que acababa de decirle.

Entregada Blanca á sus ideas se fue alejando de aquel robusto edificio hasta llegar á la puerta del parque: entró por ella , y despues de divagar sin objeto determinado cerca de una hora , se vió en medio de los enmarañados bosques que poblaban su vasto recinto. Habia casi desaparecido el crepúsculo de la tarde , y la noche

que venia á toda prisa se anunciaba con obscuridad espantosa. Veíase una luna amarillenta asomando de tiempo en tiempo su melancólica faz al traves de grupos de amontonadas nubes, y empezaba á soplar con bastante violencia el arremolinado viento del septentrion. Echó de ver la pobre Blanca cuan indiscreta habia andado en alejarse del castillo; y llamando á Beatriz, única doncella que la acompañaba, se apoyó en su brazo á fin de volver á Castromerin antes que del todo cerrase la noche.

— Yo no sé, le dijo Beatriz, por qué nos hemos separado tanto del alcázar: ignorais sin duda las apariciones que hay frecuentemente por éstos bosques.

— ¿A qué viene eso? preguntó Blanca en tono de reprehension: deja tales cuentos y no te detengas.

— ¡Cuentos, señora! exclamó sor-

prendida la crédula muchacha: ¡si oyerais hablar de ello á Lorenzo el antiguo mayordomo del castillo!..... temblábannos las rodillas y se nos erizaban los cabellos, sobre todo cuando escuchamos de sus labios la singular historia ocurrida últimamente en estos sitios.

— ¿De qué historia me hablas? interrumpió su señora ocultando la curiosidad bajo cierto aire de indiferencia.

— Todo lo sé, replicó Beatriz mirando en torno como azorada; digo que Lorenzo nos lo referia cuando veníamos, bien que bajo palabra de que á nadie lo habiamos de revelar.

— Pues entonces haces mal de comunicarme ese secreto.

— Beatriz guardó un momento de silencio, y despues dijo: ¡Oh! lo que que es á vos, ya sé que puedo revelarlo todo.

— De esa manera , añadió Blanca sonriéndose , prometo callarlo con la misma escrupulosidad.

— Preciso es que sea así , repuso la doncella , y tomando cierto aire grave , dió principio á su discurso: Ya sabéis que el castillo que habitamos es muy antiguo y fortificado , que ha sostenido diversos sitios , según cuentan , y no siempre perteneció á la familia de vuestro padre. Solo había en eso que debía heredarlo Leopoldo, cuarto duque de Castromerin , si la dama moría sin casarse.

— ¿Qué dama? preguntó Blanca con viveza.

— ¡ Oh ! de espacio que aun no hemos llegado á ella , replicó Beatriz : de la dama es precisamente de quien pretendo hablaros. Habitaba este castillo del que era absoluta dueña , y ya podeis suponer que tenía muchos criados que la sirvieran : el duque Leo-

poldo se enamoró de ella y trató de casarse, aunque fuesen algo parientes, pero habia de malo en el proyecto que la dama estaba enamorada de otro, y despreció sus ofertas; lo cual dicen que lo irritó sobremanera, y es harto pública la fama de colérico y arrebatado que tenia el duque Leopoldo. Acaso le vió la señora alguna vez montado en ira, y por eso no le pareció bien para marido. En fin, como iba diciendo, ella estaba muy triste y parecia ser sumamente desgraciada... pero ¡Virgen santa! ¿qué ruido es este? ¿no ois detras de aquel paredon arruinado á una persona que suspira?

— Es el viento que silba con mas fuerza entre los árboles: prosigue tu historia, y por Dios no nos paremos un instante.

— Como iba diciendo era muy desgraciada: paseábase la pobre por los

salones y las galerías del castillo llorando siempre de manera que enternecia á cuantos la miraban.

— Pero , muchacha , dime en sustancia lo que ocurrió sin mas rodeos ni descripciones.

— Por Dios , todo quiere su tiempo. La dama se llamaba doña Jimena , y aunque ya no estuviese en la primera edad era muy hermosa , de donde hay quien asegura que tenia algunos asomos de altivez y arrogancia. Sea como se fuere , viendo el duque que no hacia caso de sus instancias y suspiros , dejó repentinamente de visitarla , y no se volvió á presentar en el alcázar. Todo esto era muy indiferente á la señora , porque no le podia sufrir como ya he dicho.

— ¡ Beatriz ! interrumpió Blanca , descansemos un momento , pues el paso que llevamos , y la tempestad que ya nos alcanza , me quitan del todo las fuerzas.

— ¿Y qué hemos de hacer solas en ese bosque espuestas á la lluvia en medio de una noche tan tormentosa y oscura? exclamó la doncella.

— Es probable que salgan del castillo en nuestra busca, respondió Blanca: entretanto guarezcámonos en la capilla de los cazadores de las gruesas gotas que ya empiezan á caer, anunciando la tempestad.

Encamináronse á una capilla medio arruinada que se elevaba á mano izquierda, en la que oían misa los antiguos duques de Castromerin antes de dirigirse á la caza, en tiempos que habitaban de asiento en aquel castillo. Entrábase á ella por una puerta sobre cuyo arco de arquitectura gótica había una estatua de piedra, único y sencillo adorno de la fachada. Aplicó Blanca la trémula mano á un cerrojo lleno de hollin, y aun no había acabado de correrlo cuando una ráfaga

de viento empujó la puerta con tal ímpetu, que abrió de repente entrambas hojas, sacudiéndolas contra las desmoronadas paredes del reducido santuario. Salieron al estruendoso golpe feas aves nocturnas dando espantosos ahullidos, y tembló por un momento la ruínosa techumbre.

— Por Dios no entremos, exclamó Beatriz: vale mas cien veces arrostrar los furores de la tormenta.

— ¿Qué es lo que temes? dijo su pálida señora disimulando la turbación: entra conmigo y aguardaremos en este asilo á las gentes que sin duda ya vienen por nosotras.

Brilla en esto ante sus ojos la llama del primer rayo y estalla sobre su misma cabeza un horroroso trueno: inmóviles y despavoridas ya no tienen mas recurso que entrar en la fúnebre capilla, y sentarse sobre un monton de escombros arrinconados en uno de sus

ángulos. De cuando en cuando penetraba el lívido resplandor de los relámpagos por una especie de ventanas puntiagudas practicadas en lo alto de las paredes, cuyos vidrios pintados de diversos colores, rotos y mal unidos, formaban numerosas hendiduras. Tambien el viento se introducía por ellas silbando al traves de los arcos de la bóveda, y agitando las plantas silvestres que colgaban de los muros por la parte de á fuera.

— En nombre de la Virgen no te asustes, Beatriz, y cree que no tardará á disiparse la tempestad. Luego volveremos tranquilamente á nuestro alcázar: pero ¡ Dios mio! ¿ qué es lo que tienes? prosiguió Blanca observando que temblaba la doncella: ya sabes que nada debemos temer; el parque está cerrado con una robusta reja de hierro.

— ¡ Ah! señora: ningun miedo ten-

go á moros ni á bandidos ; pero si supiérais toda aquella historia que empezaba á contaros no estrañariais por cierto mis temores.

— Prosíguela pues, amiga mia ; entretanto, repito, se apaciguará el temporal, y el descanso nos restituirá las fuerzas. Paréceme que la suspendiste cuando el duque mi bisabuelo dejó de visitar á la dama del castillo.

— Precisamente, continuó Beatriz en voz baja y arrimándose mucho á su señora : como iba diciendo, á doña Jimena no se le dió un ardite de la indiferencia del duque ; mas no por eso dejaba de llorar y lamentarse, y andar sola por los campos á la última hora del dia. En una de las breves tardes del mes de noviembre salió á su paseo ordinario y se metió por lo mas revuelto de este bosque pensativa y melancólica. El viento era muy frio y la noche empezaba á manifestarse hú-

meda y obscura : una de sus doncellas que la vió á tal hora por estos sitios espuesta á todas las inclemencias de tan sañuda estacion , quiso persuadirla que se volviera ; pero ella gustaba de recorrer la selva en el silencio de la noche , y hallaba extraordinario placer en contemplar á la luz de la luna cual caian las hojas amarillentas de los árboles. Verdad es que entonces estaba el cielo encapotado de nubes ; pero doña Jimena se deleitaba tambien en oír el sordo rumor del uracan , y en ver la pálida brillantez de los relámpagos.

Entretanto la campana del castillo habia ya dado el toque de animas , y la dama no parecia. Pensaron los criados que le hubiese acometido algun accidente y salieron en tropel con el ansia de hallarla : buscáronla hasta romper la aurora ... pero ¡ ah ! ni rastro encontraron de su cuerpo. Desde

aquel terrible dia no se ha oido hablar mas de la pobre señora.

— ¿Y es eso verdad, Beatriz? preguntó Blanca llena de asombro.

— ¡ Oh ! no lo dudeis respondió la atemorizada doncella.

— ¿Y no se hicieron vivas diligencias para averiguar el paradero de aquella desgraciada?

— Infinitas : hasta que viendo que todo era inútil el duque Leopoldo tomó posesion del castillo.

— ¿Y fue en este mismo bosque? repuso Blanca dando un suspiro.

— En este bosque, respondió Beatriz, y he aquí lo que causa mas horror. ¿No oís el viento, prosiguió con voz aun mas apágada, cual nos da la idea de un prolongado y tristísimo gemido? Pues acaso sea la misma doña Jimena, porque habeis de saber que aparece á menudo por estos contornos vestida de blanco y despidiendo

lúgubres ayes. ¡ Virgen María ! ¡ qué trueno tan horrendo ! ... allí junto al altar está la losa de una antigua sepultura , bajo la cual suenan todavía los sollozos de la misteriosa dama. ¿ Habéis oído algo ? ...

— Paréceme que no , respondió Blanca con voz balbuciente.

— Habrá como cerca de veinte años, prosiguió Beatriz, que vuestro padre había recogido en este mismo castillo á una señora jóven, último vástago de la familia de doña Jimena. Llamábase doña Inés, y si hemos de juzgar por los retratos colgados en la galería azul, era muy semejante á la prodigiosa dama de quien descendía. Pasiones turbulentas, humor hipocóndrico y solitario formaban el carácter de esta jóven. A veces efectivamente parecía dominada por una inclinacion frenética hácia la soledad, á veces por los raptos de una fantasía tétrica

y delirante. Amábala en extremo la duquesa vuestra madre y hacia lo posible para distraerla, para inspirarla mas sosiego y dulzura. Pero por mucho que se lo repetia y siempre con el mayor cariño, la doncella no dejaba de dar pábulo á su tristeza. De noche venia á pasearse por estos bosques, ó encerrada en su aposento cantaba desde la ventana algunas canciones provenzales con tal espresion de dolor, que arrancaba lágrimas.

La duquesa en tanto iba perdiendo la salud, de manera que alarmó á los habitantes del castillo. A medida que se debilitaban sus fuerzas notábase en ella cierta melancolía lúgubre, que nada podia suavizar. Cual si en fuerza de esta disposicion de su ánimo se sintiese mas dispuesta á sufrir el carácter áspero y salvage de doña Ines, gustaba de pasear sola con ella y sentarse en los sitios mas retirados de

este parque: á menudo pasaban en el horas enteras y volvian como enagenadas al castillo, con los ojos hundidos y el semblante pálido y cadavérico. De aqui cundió la voz de que á entrambas se aparecia doña Jimena, y las aterraba con espantosas visiones. ¡ Ay! cuantos la conocian lamentaban la suerte de la duquesa de Castromerín: la espresion mas natural de su rostro dicen que era la de una angélica dulzura, mezclada con ciertos rasgos de abatimiento y resignacion. Su sonrisa parecia bondadosa y melancólica y cuando levantaba al cielo los lánguidos ojos azules, espresaban todas sus facciones la mas inocente ternura. En fin, á pesar de ser tan amable, hermosa y tierna; de no padecer ningun mal, de verse querida de su esposo, respetada de sus vasallos, admirada de los mas ilustres caballeros; consumíase visiblemente

en la flor de su edad, cual si una fuerza sobrehumana la arrastrase hácia el sepulcro.

— ¡ Oh ! sí : interrumpió Blanca enternecida , todos repiten que era un ángel , y nadie me ha podido enterar de la naturaleza de su postrera dolencia. Beatriz continuó.

— Un dia amaneció en que ya no pudo salir del lecho , y previno á su esposo que iba á morir. Lorenzo se acuerda bien de los clamores que lanzaba vuestro padre , y de las pruebas que diera del mas profundo pesar. Ya moribunda admiróse mucho la doliente de que no acudiese á asistirle doña Inés , y pidió por ella. Buscáronla los criados por todo el castillo , subieron á lo mas alto de los torreones donde pasaba largos ratos aquella estravagante jóven , anduvieron los jardines , llamáronla en alta voz por estos alrededores , pero todo en vano. Lo-

renzo la vió venir sola hácia este bosque, y en él habia desaparecido la ilustre huérfana. ¡Ah! tampoco se ha vuelto á saber cosa alguna de la desgraciada Inés!

— ¡También Inés! ... interrumpió Blanca estremeciéndose: siempre me han dicho que falleció de pesar por la muerte de su bienhechora.

— Muy al contrario, prosiguió la doncella: así que dijeron á la duquesa que por mas que hacian no encontraban á su amiga, dió un grito de dolor y levantando los ojos al cielo rogó á los circunstantes que se retiraran, que la dejaran morir. Pidió al duque que la abrazase, vertió un diluvio de lágrimas sobre vos que aun estabais en la infancia, recompensó á los criados, señaló limosnas á los pobres, y exhaló el último suspiro en medio del llanto universal y de las bendiciones de todos sus vasallos.

— ¡ Madre mia! exclamó Blanca echándose en los brazos de Beatriz: ¡ por qué no me ha concedido el cielo suavizar con mi cariño tus últimos momentos!

— En cuanto la campana del castillo, continuó la muchacha, anunció el fallecimiento de la duquesa, vinieron en tropel todos los mendigos de las cercanías, que vivían á espensas de su liberalidad, para tener el consuelo de llorar sobre su cadáver. Sin embargo ninguno de ellos pudo ver el cuerpo de vuestra madre: el duque lo había hecho encerrar en un magnífico ataúd que colocaron en medio del oratorio del castillo entre amarillas antorchas, y velado por los monjes del cercano monasterio de S. Mauro. Corría un vago rumor entre aquella muchedumbre de vasallos acerca de la misteriosa dolencia que acometiera á la infeliz duquesa, de la súbita

desaparición de doña Inés, y de los prodigios que se habían observado en estos bosques. Y no solo el bajo pueblo se ocupó de tales habladurías, sino que también cundieron entre gentes de más cuantía; por manera que la historia de doña Jimena, la singular muerte de vuestra madre, y las extravagancias de Inés, ~~eran~~ ^{eran} el tema favorito de los hidalgos y ricos-hombres, que asistieron á las suntuosas honras de la señora,

A pesar de que todo esto se decía con aire de confianza y de misterio, el duque llegó á traslucir algo de lo que pasaba, y justamente enojado de que el nombre de su esposa anduviese en boca de las gentes, prohibió severamente que se hablase más de tales ocurrencias. Nadie cazó desde entonces en este parque, y llamando vuestro padre á una señora de su confianza para que atendiese al cuida-

do de educaros con esmero, se fue á Valladolid donde á la sazón residia la córte, al efecto sin duda de olvidar entre sus grandezas aquellos desgraciados sucesos. De cuando en cuando venia á este castillo para abrazaros y ser testigo de vuestros adelantos, hasta que ya mas crecida comenzó á presentaros en los torneos y otras diversiones públicas. Ved aquí la razon por que no habia llegado á vuestros oídos la singular historia que acabo de relatar; y ved aquí tambien por qué me estremezco al aspecto de estas horrosas soledades.

Atónita Blanca y despavorida por lo que acababa de referir su doncella, escuchaba en silencio el rumor de la tormenta, y pedia secretamente al cielo que le permitiese abandonar sin tardanza aquellos sitios. Tal era no obstante la violencia del temporal que á veces creian ambas que iba á desplo-

marse la polvorosa capilla donde estaban guarecidas, quedando sepultadas para siempre entre sus ruinas. El resplandor de los relámpagos seguía iluminando de tiempo en tiempo aquel tenebroso recinto, y entonces los objetos que descubrian en él acrecentaban su palidez y sus terrores. Pendian de la bóveda banderas medio destrozadas; adornaban las paredes cornetas y careajos, contundidos con cabezas de lobos, javalíes y otras feroces alimañas, ofrendas sin duda de intrépidos cazadores, y veíanse mover dos estatuas de tosca piedra puestas de rodillas sobre una urna sepulcral metida en un nicho, abierto á pico en el muro.

— ¡ Señora! exclamó Beatriz, se me erizan los cabellos al oír como tiembla la losa de aquella sepultura.

— ¡ Silencio! interrumpió Blanca: ¿ no has visto al rápido vislumbre del

rayo una especie de sombra que se deslizaba por debajo del arco de aquella capilla?

— ¡Una sombra! huyamos por Dios ó desapareceremos como la malograda Inés.

— ¿Y á donde huir en medio de esa embravecida borrasca? Sálvate, querida Beatriz, si tienes aliento para hacerlo, y ven despues á este mismo lugar á verter lágrimas sobre el cadaver de tu señora.

— ¡Oh! no; no creais que en tan terrible noche os abandone, respondió Beatriz: pongámonos de rodillas y roguemos al cielo que nos libre de la muerte.

— ¡*De la muerte!* exclamó una voz desconocida.

Vuélvense temblando al oirla las dos jóvenes, y al reflejo pasagero de un relámpago, ven una figura pálida y descarnada, al parecer vestida de

negro con tocas blancas en la cabeza, que las miraba atentamente puesta de pie en uno de los ángulos de la lóbrega capilla. A su aspecto doblan ambas las trémulas rodillas, la lengua entorpecida se les pega al paladar, y sin poder proferir una sola palabra, tienden los brazos hácia la terrible fantasma y caen sin sentido sobre las húmedas piedras de aquel templo.

CAPÍTULO V.

LOS DOS RIVALES.

Mientras esto pasaba en los bosques del parque, reinaba el mayor desorden en el castillo de Castrómerin. Desde que se hizo tarde Leonor envió varios criados por los jardines en busca de su amada discípula : volvieron uno tras de otro sin haberla podido hallar, y el aya de Blanca empezó á concebir vivos temores acerca de lo que habria sido de esta melancólica doncella. Ocurriole que podria haber prolongado su paseo por el parque, aunque á tal hora de la noche no la juzgase capaz de tanto valor. Con todo no hallándola en los jardines, creyó que únicamente por allí se hubiese extraviado. Con esta idea llama al momen-

to á las gentes de la casa , y envia á Lorenzo con dos de sus compañeros á fin de que recorriese con la mayor escrupulosidad todo el recinto.

Parten deseosos de encontrar á la hija de su señor á quien amaban en razon de su manso y templado carácter , é intérnense por las revueltas del parque de Castromerin , á despecho de la tempestad que bramaba sobre sus cabezas.

— Estraño es que el viejo Lorenzo haya accedido á venir á tales horas por estos sitios , dijo Beltran , uno de los flecheros del alcázar á su antiguo y desvencijado mayordomo.

— ¿ Te quieres callar ? respondió éste : ocúpate en lo que buscamos y deja lo demas. Vuelve la lámpara hácia la mano derecha : ¿ no distingues cosa alguna ?

— Nada , voto á mi cuerpo , respondió Beltran. Vaya que tienen raros

caprichos las damas de este castillo. Como si no supieran que anda suelta por ahí la dueña doña Jimena ...

— Asi te viera seca esa lengua, interrumpió Lorenzo: ¿no te he dicho, maldito de Barrabás, que no me nombres por estos andurriales á la tal señora?

— He aqui la cruz, dijo el otro criado, donde es fama que el duque Leopoldo mató en singular combate al conde de ...

— De los infiernos; atajole el mayordomo; es fuerte cosa que no habeis de hablar mas que de los que murieron: hombre, no vuelvas esa linterna hácia mí que me deslumbras ... tampoco andeis tan de espacio, y levantad la voz de cuando en cuando por si anda la hija de mi señor errante por esos bosques.

— Sí, respondió el criado, hallados la habeis traspapelada entre unas

matas. Así anda ella ya por ahí ni por parte alguna como mi padre. Y por lo que hace á eso de alzar la voz , grite enhorabuena el señor Lorenzo si es que gusta de que la dueña le eche el guante : en cuanto á mí no pienso llamar su atencion de ningun modo, así tal vez salga con vida de esta peligrosa aventura.

— Y puedas mas tarde visitar á tu sabor la bodega del castillo , añadió Beltran.

— Calla , dijo su compañero : ¿ no te parece oír un canto algo distante y melancólico ?

— No oigo mas , respondió Beltran despues de escuchar un instante , que el prolongado rumor de los truenos, y el mugido de los pinos agitados por el viento.

— Pues te digo , replicó el otro, que acaba de llegar á mis oídos un canto fúnebre y siniestro.

— ¿De veras? preguntó Lorenzo medio temblando.

— ¡Oh! no lo dudeis; dejad sino las linternas aquí en el suelo detras de los matorrales, guarezcámonos de la lluvia debajo la copa de esta encina, y escuchemos.

Hicieron en efecto lo que el mozo les decia, y algo abroquelados con las ramas de un árbol venerable por su antigüedad y corpulencia, estuvieron aguardando el canto de aquella voz misteriosa y desconocida.

— Ya te decia yo que te silbaban las orejas, exclamó Beltran viendo que nada se oia. Vaya, vaya echa mano á tu lamparilla, y no nos vengas otra vez con esos cuentos.

— Por vida de san Cosme, te repito que es verdad: y aun mas; lo que cantaban era cosa lamentable y plañidera; asi como de entierro.

— Apuestó á que ese menguado,

replicó Beltran dirigiendo la palabra al mayordomo, se empeñará en hacernos creer que ha oido los alaridos de las brujas cuando bailan para divertir al diablo.

— No puede ser sino que tengas algun familiar en ese cuerpo, respondióle en voz baja el viejo Lorenzo: si conocieses mejor estos bosques no extrañarías por cierto tales prodigios.

Aqui llegaban de su diálogo cuando hirió efectivamente sus oídos el eco de una voz al parecer algo distante que cantaba cierto aire peregrino y melancólico. Perdíanse de cuando en cuando aquellos lúgubres sonidos entre los silbos de la borrasca, pero se fueron visiblemente acercando, y ya se pudieron distinguir con mas claridad.

— A lo menos ahora, dijo el criado con muy apagado acento, no me direis que sea ilusion.

— Yo no he dicho tal, respondió el mayordomo. Sabeis lo que conviene hacer, compañeros, volvernós al castillo para que vengan los demas criados y el padre Antonio tambien con ellos.

— ¡ Qué hablas de huir, villano ! gritó Beltran, juro á mi cabeza que no hemos de entrar en Castromerin hasta haber dado la vuelta por todo el parque. Ea, linterna en mano y sigamos nuestro camino por este mismo sendero.

Dice , y sus dos compañeros le siguen temblando sin atreverse á replicarle. Ambos vuelven y revuelven detras de él por aquellas sendas tortuosas y encrucijadas, siempre alargando el cuello y aplicando el oido. Azorados , yertos de miedo invocan secretamente todos los santos del cielo , y se estremecen al escuchar las terribles blasfemias que profiere Bel-

tran. Pero llegan al colmo sus temores cuando ven que el flechero se pára de repente y levanta su linterna. — ¿Qué es lo que has visto? le pregunta el mayordomo.

— Una muger alta con tocas blancas y saya negra, que se ha metido entre aquellos árboles, responde el imperturbable guerrero.

— ¡Perdidos somos! esclama Lorenzo.

— ¡Perdidos! repite el otro criado.

— Poco temblar, cobardes, continua Beltran. Convengo no obstante en que volvamos al castillo á lo que deciais, pues aunque graduo de pueriles semejantes temores, hay en lo que acabo de ver algo de superior á mis rústicos alcances. Vaya, venid conmigo y no temais que esa aparicion, ó lo que sea, me quite la serenidad.

Lorenzo y su compañero iban agac-

rados de la ropa de Beltran : asi anduvieron largo trecho hasta que al volver de una senda vieron delante de sí aquella horrorosa fantasma, sentada al pie de la cruz donde el duque Leopoldo habia muerto en singular desafio al conde de Saldaña, si no mentian los antiguos romances. A su aspecto echan á correr Lorenzo y el otro criado dando agudos alaridos, y dejan solo al flechero, que permanece algunos instantes como clavado en aquel sitio contemplando la desagradable vision. La muger en tanto yacía recostada en la misma base de la cruz, y los rayos de la linterna de Beltran reflejando en su semblante, iluminaban unas facciones áridas y cadavéricas.

Levántase en esto, y dirigiéndose al soldado con lento y magestuoso paso habló algunas palabras tendiendo los brazos hácia el castillo, que ya

no pudo entender Beltran, porque desde que el espectro se puso en pie sintió helársele la sangre en las venas, y perdida de todo punto la serenidad y la intrepidez, echó tambien á correr por lo mas hondo y enmarañado de la selva. Sus compañeros llegaron sin aliento al castillo donde refirieron el lance con pasmo y terror de cuantos lo oyeron, asegurando que habian visto á la dueña doña Jimena como arrastraba tras de sí al incrédulo Beltran, en castigo de su impiedad y de sus blasfemias.

Leonor aunque apesadumbrada hasta lo sumo, reunió cuantos criados y hombres de armas habia en Castromerin para registrarlo todo en busca de la imprudente Blanca y de su doncella. Afeó al mayordomo su supersticiosa cobardía, bien que secretamente no dejaba de sentir algun temor á causa de la desaparicion de Beltran,

en cuya audacia y bravura tuviera la mayor confianza. Animose sin embargo y corrió inmediatamente en busca de su discípula vertiendo abundosas lágrimas con el recelo de que fuese tardía su diligencia, en atención á que tales preparativos y sucesos habian hecho pasar gran parte de la noche sin que Blanca y su doncella hubiesen sido socorridas.

Ambas jóvenes permanecieron algun tiempo desmayadas sobre el frio pavimento de la capilla, y solo volvieron á la vida para ser testigos de una escena si cabe mas desagradable que la primera. Apenas recobraran los sentidos cuando notaron que entraban en aquel sitio tres caballeros armados de pies á cabeza, calada la visera, llevando uno de ellos una lámpara pendiente de una cadena de bronce. De pronto sintieron alguna alegría por verse en compañía de otras

personas , pero cambiose sin tardanza en recelo y temor. Cogiéronlas con sus membrudos brazos aquellos feroces guerreros , y llevándolas al bosque montaron con ellas en los caballos que habian dejado allí amarrados de los árboles , y comenzaron á correr á todo escape para salir de las inmediaciones del castillo.

En tanto la pobre Blanca cubierto el rostro de mortal palidez , esparcidos al viento sus cabellos , inclinada la cabeza sobre el brazo del infame raptor , fijos los ojos en la bóveda celeste y vertiendo desesperado llanto , invocaba al cielo y á sus mismos enemigos con los mas fervorosos clamores.

— Nada temais , le dijo al fin el caballero que se la llevaba : estais en los brazos de un hombre que tierno os ama , y á quien vuestro noble padre os destina para esposa.

— ¡ Cielos ! exclamó la infeliz ce-

diendo á la violencia de este golpe ; ¡ en brazos de don Pelayo de Luna ! ¿ y á dónde osais llevarme ? Si alguna vez se ha enternecido vuestro pecho por las lágrimas de una hermana ó las caricias de una madre , os ruego , señor caballero , que os apiadeis de las angustias de una tímida doncella. Volvedme á los brazos de Leonor , y os prometo agradecer toda mi vida semejante rasgo de generosidad.

Súplicas no menos tiernas hacia al mismo tiempo Beatriz al bárbaro que tambien la arrebatava , sin que tampoco pudiesen ablandar sus sollozos aquel corazon de acero.

Casi del todo se habia apaciguado la tormenta : silbaba el viento con agradable mansedumbre : cesó la lluvia : iba menguando el ímpetu de los torrentes , y una nube ligera y adelgazada daba paso á los rayos de la luna , que comenzaba nuevamente á ilumi-

nar aquellas selvas aunque con amortiguado resplandor.

Seguían los tres caballeros en su acelerado curso llevando con ellos á la ilustre heredera de Castromerin y su doncella, sin que sus exclamaciones les hubiesen proporcionado ningún defensor. Pero cuando iban á salir por la reja de hierro que cerraba el parque, abierta entonces de par en par, entraban por ella á todo escape dos campeones armados de punta en blanco, que dando un grito así que distinguieron los raptores y arrojándose con la lanza baja sobre ellos, arrancaron de la silla del primer bote al que se hallaba mas en estado de defenderse por no ir embarazado con ninguna de las dos víctimas, y retaron en alta voz con desaforados denuestos al lijo del condestable y al otro compañero de su infamia.

No aguarda don Pelayo á que se

los repitan: deposita á Blanca en brazos del otro guerrero y revolviendo contra el mas atrevido de los dos, que entraron por la reja del parque: prepárate, ¡aveve! le dice; prepárate que llegó tu vez.

— Pues véngate, responde su contrario, de la lanzada que te hizo morder la tierra en el torneo de Segovia.

— ¡Traidor! replica don Pelayo mordiéndose los labios de cólera; debiera haberte conocido en el modo de asaltarnos

— ¡A las armas! esclama atajándole el defensor de Blanca, y arrojando la pica lejos de sí para no pelear con ventaja, echa mano al acero y empieza con su rival el combate mas encarnizado y rencoroso.

Habiase escapado Beatriz de las manos de su raptor ocupado en cuidar de su señora, y corria por los bosques trémula, despavorida con direccion al cas-

tillo é implorando socorro encuan to se lo permitian sus fuerzas. Por lo que toca á Roldan acometió sin ceremonia al compañero de don Pelayo : arrancó de sus brazos la hija de Castromerin, persiguióle con un corage sin igual, y despues de haberle dejado tendido sin dar señales de vida , estu vose con mucha flema sosteniendo á la desanimada Blanca , y contemplando el combate de los héroes. Solo de tiempo en tiempo soltaba alguna espresion de las de su escuela , ó para animar á Ramiro , ó para aplaudir los golpes que descargaba en el yelmo de su contrario.

Los dos caballeros continuaban acuchillándose mas deseoso cada uno de verter la sangre de su enemigo , que de conservar su propia vida. A uno y á otro dominaban la rabia y el resentimiento : entrambos se sentian aguijoneados por terribles y sangrientas

pasiones : los celos , el orgullo , la venganza cegaban al hijo de don Alvaro de Luna ; el amor , la humanidad y la gloria enardecian la sangre de Ramiro de Linares : peleaba aquel con la ferocidad y la torcida intencion del tigre : éste con la bravura y la nobleza del leon. Pero al resplandor de la luna vió casualmente don Pelayo á su amada en los brazos de Roldan , y lanzándose en el mismo punto fuera del parque aplicó una corneta á los lábios haciéndola dar tres robustos sonidos , que retumbaron en los montes comarcanos. Adivinó su intencion el caballero del Cisne , y tomando á Blanca de los brazos de Roberto :

— ¿ Sois hombre , le dijo , para sostener mi retirada mientras llevo esta infeliz á su castillo ?

Al oir esto la dama juntó las manos en tanto que murmuraba Roldan una respuesta , y mirándole tiernamente

conjurele por cuanto amaba en el mundo para que no se opusiese á intencion tan generosa.

— Cualquiera que seais, exclamaba, tened compasion de una afligida doncella. Pero si rehusais volverme á Castromerin, ó nos acometen los enemigos antes que podais verificarlo, os pido, buen caballero, que atraveséis mi pecho con esa daga para que no vuelva á caer en manos de aquel orgulloso hidalgo.

— ¿ Paréceos , dijo Roldan entre dientes , que sea yo el rey Herodes para andar sin mas ni mas degollando chiquillos ?

Ibale á imponer silencio el del Cisne cuando volvió á entrar corriendo don Pelayo , seguido de ocho lanceros que habian acudido á la llamada. Vuelven á cruzarse las espadas y Roldan y su discípulo se ven cercados y acometidos por todas partes.

Colocáronse no obstante en una especie de claro formado por los árboles del bosque , desde donde se lanzaban como el rayo en medio de sus feroces enemigos. Abrian éstos el paso algo desbandados y atónitos de tamaño esfuerzo y furor ; pero cuando revolvian aquellos los bridones para ganar otra vez la posicion primera , arrojábanse á su encuentro á manera de abejas provistas de alas para huir , y armadas de aguijones para vengarse.

— ¡ Cobardes ! gritábales medio corrido don Pelayo: arrancad la dama que oprime aquel malandrin contra su pecho , y yo castigaré despues su alevosía.

Disponíanse efectivamente á ejecutarlo llevados de las amenazas y el ejemplo que les daba su colérico capitán atacando á los defensores de Blanca con extraordinaria bravura: veíanles ademas fatigados, y al prin-

cipal de los dos en varias partes herido. No obstante cuando echaba una ojeada á la tierna beldad , que yacía casi sin respiracion en sus brazos , recobraba su pujanza , y defendíase de nuevo con el corage de la leona á quien tratan de robar los cachorros. De todas maueras iban á sucumbir en tan desigual combate los dos magnánimos caballeros , si no se oyeran en aquel momento las voces de los criados y hombres de armas corriendo por aquellas selvas en busca de su señora, los cuales habiendo hallado en ellas á Beatriz , supieron de cierto el sitio donde se verificaba la mortal contienda. Alumbra de repente el campo de batalla multitud de teas ó hachones formados de cierta madera resinosa; silban algunas saetas en torno de don Pelayo y sus satélites , y aparecen por distintos puntos paisanos intrépidos y soldados cubiertos de hierro.

A su imprevisto aspecto arrójanse por la reja del parque el hijo de don Alvaro y sus lanceros , visto que el número de los perseguidores era infinitamente superior , y escápanse á uña de caballo de la nube de saetas que les disparan , bien que no tan á tiempo que algunas de ellas dejen de clavarse resonando en sus resplandecientes armaduras.

Sorprendida Blanca con el gozo de verse libre por último de tan notorios riesgos , derramaba en los brazos de Leonor dulces y abundosas lágrimas. — Todo lo debo , decia , á esos valientes caballeros : sin su magnánimo esfuerzo nunca mas me hubiérais visto , pues quien sabe que habria sido de vuestra hija en poder del impío don Pelayo.

Los paisanos , la servidumbre y los hombres de armas , que habian acudido á socorrerla , se amontonaron á

su alrededor para felicitarla de su libertad, y suplicar que no quisiese salir sin buena escolta cuando se alejase de los muros del alcázar.

A todos agradeció su buen deseo, pero manifestó un reconocimiento sin límites á los que combatieron largo rato contra don Pelayo y sus secuaces. Yacía entretanto á sus plantas el gentil caballero, que durante la refriega la estrechaba con respetuoso ardor contra su pecho, sin que pudiesen levantarle de ellas los cariñosos ruegos de la doncella, entonces suavemente reclinada en los brazos de Beatriz, y teniendo una de sus manos entre las de la complacida Leonor.

— Alzad por Dios, señor caballero, le decia: agradezco en el alma cuanto habeis hecho en mi defensa: en vista de vuestro valor, y mas que todo de los nobles sentimientos de que haceis alarde, paréceme que no es hoy la

vez primera que os debo la libertad.

— Ante el cielo juro , respondió el incógnito poniéndose en pie y alzándose la visera , que solo estimo la vida para consagrarla en vuestro servicio.

— Con todo , repuso Blanca , os debéis primero á vuestro rey , á la patria y á los infelices ; corred pues á ensalzar vuestro monarca , corred á dar la victoria al reino de Aragon que os mira como su héroe : solo desearia que no os hallase en las batallas el duque de Castromerin.

— No lo temais , respondió el jóven don Ramiro , primero pereciera á sus golpes y dejara de pelear en las querellas que nos suscita el condestable de Castilla. Noble señora , todo os lo quisiera sacrificar , hasta esa misma gloria que ha sido el ídolo de mi juventud , el móvil de mis acciones : y si creéis que no es demasiada osadía demandaros una gracia el caballero del Cisne

— ¡ Infelices ! exclamó Leonor interrumpiéndoles : ¿ por qué os entregais á vanas ilusiones ? ¡ Blanca ! acordaos del duque de Castromerin , y vos , señor caballero , no echéis en olvido al conde de Pimentel . Ya que librásteis á esta jóven del poder de don Pelayo , sed generoso para obrar de tal manera , que no le acarree la menor desgracia vuestro ardor caballeresco . Perdonad si os hablo con semejante franqueza : obligame á ello el puro esplendor de vuestra fama , y el linage que ennoblece la cuna de mi pupila .

— Ta , ta , dijo Roldan entre sí , mala pascua me dé Dios si ese mocoso de mi discípulo no maneja tan bien la lengua como la espada : y á lo que parece no le han gustado mucho los aspavientos de la dueña con todo ya vuelve , bendito Dios , á dar el segundo asalto : ánimo , hijo mio ; al

fin, al fin la plaza te pertenece de derecho. No, pues la niña es hermosa como un oro: ¡y qué rica saya arrastra! Tomadme luego los dedos cuajados de sortijas, ó las pulidas muñecas con brazaletes de perlas... ¡Roberto! ¡Roberto! y es posible que con esa facha rebosando de arrogancia y gallardía nunca tuvieras..... ¡Vive Dios que soy un asno!

Mientras hacia Roldan estas sábias reflexiones empezaba á caminar toda la gente con direccion al castillo. Separose Leonor de su discipula á fin de dar á entender cuan segura estaba de los severos principios que ennoblecian al caballero del Cisne, á cuyo lado andaba lentamente Blanca de Castromerin, aunque apoyada en el brazo de su doncella. A la trémula luz de las antorchas notábase en su rostro pálido, en su marcha lánguida y poco firme la dolorosa impresion

que hicieran en su pecho los aciagos sucesos de aquella noche. A corta distancia de ellos venia el bravo Roldan algo mohino y cabizbajo llevando su caballo y el de Ramiro por las riendas : sospechamos que andaria atando cabos para atinar la razon por qué las damas y las princesas no se enamoraban de él ; pero muy pronto se cansó , como buen soldado , de fijarse en la misma idea , y púsose á silbar con cierta indiferencia ó resignacion , á que llamaríamos filosofía en este siglo , el tono de aquella copla :

Nunca hubiera caballero
de damas tan bien servido,
como el bravo Lanzarote
cuando de Bretaña vino.

— Me parece que vuestra aya es algo injusta conmigo , decia en tanto á su amada el hijo de don Iñigo rompiendo al fin el silencio : cree que

trato de enemistaros con el duque, cuando únicamente aspiro á la honra de llamarme vuestro caballero.

— ¿Y haceis bien, respondiolo, de rendir tal homenaje á Blanca de Castromerin?

— Sé que hago bien en tributarlo á lo que encierra el mundo de mas puro y mas perfecto: ¿por qué quereis, pues, que me atormente á mi mismo pensando en la enemistad de nuestros padres?

— Y sin embargo, dijo Blanca suspirando, es lo que debemos tener muy presente para no separarnos un ápice de nuestros deberes.

— ¿Y vos tambien, exclamó dolorosamente el caballero, tambien vos, amada Blanca, os acordais de las desavenencias que dividen desde mas de un siglo las familias de Pimentel y de Castromerin? Pues qué ¿nunca han de cesar esos antiguos rencores?

¿ Siempre por mezquinos enconos se ha de ver amancillada la gloria y la reputacion de nuestras casas?

— Os puedo asegurar , señor caballero , que nunca he profesado el mas leve rencor á los ilustres Pimenteles de Aragon: muy al contrario, aplaudo vuestro denuedo , admiro vuestra hidalguía , y si tuviera un hermano os propusiera á él como el modelo mas cabal. Con todo no lleveis á mal que os diga que juzgo de mi obligacion el respetar las opiniones del autor de mis dias y no contradecirlas , á lo menos en cuanto sean compatibles con las leyes de la obediencia y del honor.

— Pues entonces , exclamó con viveza el caballero , yo me he equivocado arrancándoos de los brazos de don Pelayo de Luna.

Al escapársele esta espresion de resentimiento , observa que Blanca lo mira tiernamente , y se asoma

por debajo de sus párpados una lágrima fugitiva. Figúrase leer en aquella mirada la mas blanda reprehension , y siente tanto lo que ha dicho que está casi resuelto á echarse á las plantas de aquella amable jóven para pedirle perdon del indiscreto movimiento de enojo que acababa de manifestar. Iba efectivamente á ejecutarlo, pero Blanca lo detuvo diciéndole con angelical dulzura.

— No sé si he acertado en la esplicacion que acabo de haceros acerca de mi modo de pensar , pero si sé que de cuantas faltas pudieran achacarme ninguna me pareciera tan injusta como la de suponerme ingrata. Creed , don Ramiro , continuó poniendo la mano en el pecho , que este corazon palpitará siempre de agradecimiento por mi generoso libertador.

— Y el mio, celestial criatura, respondió enagenado el caballero , no

amará otra deidad que vos , ni aspira á otro bien que al de morir en vuestro servicio.

— ¿ Y os olvidais de la gloria , interrumpió Blanca con generoso entusiasmo ? ¡ Ah ! á Dios no plazca que las gracias precederas de una doncella amortiguen los brios del campeón mas ilustre de la caballería. Nunca me perdonára á mi misma el haberos desviado , aunque involuntariamente , de la senda del heroísmo.

— No , no lo temais , respondió el caballero : la sola idea de que la defensa de la humanidad y el laurel de las batallas entusiasman vuestra alma sublime y pundonorosa , me hará invencible cuando proteja la inocencia , me volverá furibundo cuando defienda mi patria. Y si llega algun dia á vuestra noticia que de lo mas sangriento de una refriega me han sacado mis amigos moribundo sobre un

paves , sabed que solo á vos deberé el lauro que entonces orlara mis sienes , á vos , celestial hermosura , la gloriosa muerte de los héroes.

— No mas , no mas por Dios , exclamó enternecida la heredera de Castromerin : retiraos á descansar y á curaros esas heridas , aunque leves , que habeis recibido combatiendo por mi causa. No conviene á vuestra seguridad que permanezcais por mas tiempo en estos sitios , y si os es grato el afecto de una jóven entusiasta por los nobles principios de que blasonais , de una jóven que se complace en veros rico de laureles y de timbres ; cuidad tambien de conservar una vida que ya dos veces se ha querido sacrificar por defenderme.

— Segun eso , preguntó modestamente el caballero , no desaprobais el celo con que os he arrancado de...

— Antes bendigo el azar que os

condujo tan á tiempo á socorrerme.

— ¿Y os acordareis alguna vez del caballero del Cisne?

— Ya os he dicho, respondió Blanca con melancólica sonrisa, que me acordaré toda la vida de mi generoso libertador.

Detiéndose al acabar estas palabras, y para indicarle que era ya hora de volverse, sin dejar que iluminase aquellos campos el día que empezaba á despuntar, levanta la mano con ademan lleno de gracia y nobleza, y tomándosela al mismo tiempo el caballero imprime en ella los labios lleno de respetuoso fervor. Adios, esclama con la mayor ternura, me habeis hecho el mas feliz de los hombres, ahora debo hacerme á mi mismo algo digno de la mas noble de las mugeres.

Dice, y montando en su caballo, mientras lo mismo practicaba Roldan, hácele sentir el acicate y desaparece.

Síguele Blanca por breves instantes con dolorosa y tímida mirada, y no puede dejar de despedir un suspiro cuando ve perderse por entre los pinos y las encinas de aquellos bosques el blanco penacho que coronaba el yelmo del caballero.

Siguió despues lentamente á Leonor y á los criados apoyada siempre en el brazo de Beatriz, y llegaron al castillo cuando puro y sereno asomaba el sol por el horizonte. Frente de la puerta por donde entraron vieron sentado al flechero Beltran á guisa de hombre triste y meditabundo. Llamóle á parte Leonor, y preguntándole con su discípula acerca de lo que le ocurriera aquella noche, quedaron atónitas al escucharlo descubriendo heladas de terror que no era mera ilusion lo que habian visto Blanca y Beatriz en la capilla de los cazadores, y los extraordinarios prodigios que Lorenzo referia

de aquellas selvas. Por otra parte notábase ya en el flechero un grave y pensativo continente, muy distinto del hosco ademan y el tono de petulancia é intrepidez que habia formado en todos tiempos la base de su caracter. Mas adelante fue creciendo su austeridad y recogimiento, y encaminábase con frecuencia al monasterio de S. Mauro, donde por último tomó el hábito de monge con pasmo universal de los habitantes del castillo. Desde entonces su vida ejemplar, su regularidad de costumbres, cierto aire de mansedumbre y penitencia que se traslucia en su semblante, y mas que todo los maravillosos rumores que circulaban donde quiera acerca de las apariciones que tuvo en el parque de Castromerín; le atrajeron tal veneracion de parte de aquellos naturales, que se acercaban á él llenos de respetuoso temor, y recogian sus palabras cual si

estuvieran dotadas de espíritu profético. Beltran empero, mas humilde cuanto mas ensalzado, continuó dando el puro ejemplo de las virtudes monásticas, y solo salia del claustro para ir á enjugar el llanto de los infelices y mezclar los místicos consuelos de la religion con los últimos suspiros de los moribundos.

Blanca de Castromerin se encerró otra vez en el castillo de sus padres: nunca salia á pasear por las arboledas del parque, ya en razon del horror que le causaba la memoria de la lúgubre aparicion que habia tenido en ellas, ya tambien por haberla hecho mas cauta el último acaecimiento. Retirada en el recinto de los muros ó andando lenta y silenciosamente á poca distancia de ellos, hallaba suave embeleso en recordar el peligro en que se habia visto, y el favorable acaso que de él la libertara. El cuadro de

una naturaleza brillante y caprichosa daba pábulo á sus tristes pensamientos , y el supersticioso terror de que se hallaba apoderada una encogida timidez á su persona y ademanes, que atraía de los demas la compasion y el deseo de servirla. Las blandas tintas de la aurora , el resplandor del astro del dia , la luz de la luna argentando los campos debilmente en el sosiego de la noche elevaban el espíritu de la doncella á los raptos de un consolador abandono , inocente y puro como los deleytes de los ángeles. Y si el solitario marmullo de un arroyo, ó el silbido del céfiro entre las flores la hacian volver los ojos creyendo que iba á salir á su encuentro el caballero del Cisne jurándola un amor sin límites; suspiraba involuntariamente al desvanecerse esta ilusion , y apoyábase sin fuerzas en el brazo de su doncella. Si llegaban trovadores al castillo de Cas-

tromerín oíales cantar estasiada las claras proezas del hijo de Pimentel, y embellecía al mismo tiempo su semblante aquella fugitiva sonrisa, que tan ciertamente indica el pesar profundo y la melancolía del ánimo. Entonces su respetable aya rogaba al jóven cantor, que probase el antiguo romance del conde de Saldaña, ó el otro en que se hablaba de la intrepidez de Bernardo cuando venció en Roncesvalles al forcejado Roldan. Obediente el hijo de Apolo á la insinuación de aquella dama, preludaba en el arpa el aire de la nueva trova y daba principio á la historia del malogrado conde, admirado interiormente de que se escuchasen con indiferencia en aquel castillo las aplaudidas hazañas del caballero del Cisne.

Este valeroso jóven al dejar el parque de Castromerín habia tenido cuenta con no seguir por el camino

real , pues harto fundadamente sospechaba que no dejaría don Pelayo de correrlo para vengar en la sangre de su enemigo la afrenta que acababa de amancillar su opinion á todas luces poco recomendable.

— Quisiera para otra vez que se acordase mi señor discípulo de los pobretes que no tienen dueña á quien requebrar , mientras él echa flores á las damas. ¡ Cuerpo de mi ! ¿ paréceos del caso , caballero del águila ó del Cisne , que os siga el maestro de esgrima llevando el rocin del cabestro , para que andeis con gentil compas de pies al alcance de la liebre ?

Esto decia Roldan al jóven Ramiro mientras se metian por un sendero ya algo apartado de las tapias del parque , dirigiéndose al monasterio de san Mauro. Sin atender el hijo de Pimentel á los discursos de su maestro , iba abismado en agradables refle-

xiones inspiradas por los acontecimientos de la noche. Pero como viese Roldan que no le contestaba, creyó sin ceremonia que se hacia el sordo, y volviole á atacar resueltamente en esta forma.

— Como soy , discípulo , que si ahora has de dar en la tema de que andemos divagando por selvas y encrucijadas sin decir esta boca es mia, mejor será enderezar el rumbo hácia la ermita de Arlanza para reemplazar á mi compadre en el oficio de anacoreta.

— Eso fuera bueno, respondió Ramiro, cuando renunciase aquella plaza.

— Renunciado la ha mal que le pese, repuso Roldan.

— ¿Cómo lo podeis saber? preguntó el del Cisne.

— ¿Cómo? habiéndole dado yo mismo pasaporte para el infierno.

¿ Te acuerdas del jayan que me tocó en suerte mientras peleabas con aquel malandrín á quien llaman don Pelayo? pues bien , era mi compadre el ermitaño de Arlanza , al que , en verdad sea dicho , reputaba por hombre mas de pro ; pero esos gañanes si de algo sirven para andar con el puño ó el garrote , no valen un cuerno para correr una lanza.

— Siento , amigo Roldan , la desgracia de quel pobre diablo , que tan jovialmente nos hospedó la otra noche.

— Pues yo no lo siento nada: aprenda el grandísimo bribon á servirse del santo hábito para sus bellaquerías. Ya pudiera venir ahora con su voz nasal y plañidera á recomendarme la sobriedad y la mansedumbre: voto á tal que del primer puñetazo le habian de saltar los dientes , si ya no le hiciera el per signum crucis con el corte de un alfange. Pero dejando á parte

y en perpetuo reposo los huesos de mi compadre ; dígame vuesa merced, señor discípulo , á donde le parece que alojemos tanto para evitar el encuentro de los pícaros , que sin duda nos andan buscando el bulto , como para catarle esas heridas , que , mala vieja me hechice , sino parecen rasguños de gato.

— A ese monasterio cuyas torres doradas por los primeros rayos del sol descuellan entre aquel grupo de encinas : allí ejercen los religiosos una hospitalidad franca y desinteresada, y ellos me pondrán en disposición de embrazar cuanto antes la rodela. Entretanto ireis al castillo de Pimentel á dar cuenta al anciano don Iñigo de mis últimas andanzas , favor para mí del mayor precio , pues carezco de sosiego pensando en la inquietud que causará á mi amado padre el ignorar tanto tiempo de mi suerte.

— Paréceme , caro discípulo nuestro , dijo Roldan acariciando con la mano sus bigotes , que en aciago dia y peor sazon quereis licenciar á un camarada que sigue con tanta lealtad vuestras banderas.

— Os aseguro , amado Roldan , que me hareis un señalado servicio encargándoos de esta comision. Por lo demas no creais que pretenda alejaros de mi lado , antes os prometo irme á reunir con vos asi que pueda , para emprender aventuras de mas momento que la que dejamos concluida.

— Ahora bien , respondió Roldan , amanecerá Dios y medraremos.

Ya llegaban al decir esto frente del monasterio de san Mauro , situado en medio de encinares tan antiguos como las bóvedas góticas de su templo. El sol derramaba brillante lumbre sobre sus torres y cúpulas , mientras un céfiro suave , suspirando entre las flores ,

agitaba apenas las ondas del manso río, y reanimaba la atmósfera con deliciosos perfumes. Reponíase la naturaleza de los estragos de la noche con un hermosísimo día, y echábanse de ver en toda la comarca las reliquias del naufragio de que parecía haber escapado la tierra. Yacían por el suelo el alto pino y el robusto roble arrancados de raíz; hallábanse animales muertos en el hueco de las peñas, y era aun notoria la creciente de los arroyos y el rastro profundo que dejaran los torrentes.

Admirando el hermoso cuadro de mañana tan apacible y serena llamaron Roberto de Maristany y su discípulo al convento de san Mauro, donde fueron acogidos con benevolencia amistosa. Desde aquel instante dedicáronse los monges á curar las heridas del caballero del Cisne, quien al despuntar la aurora del siguiente día abrazó

á su maestro Roldan, que se despidió con mal disimulada ternura para empezar su viaje hácia el castillo del conde de Pimentel. Y aunque tan cariñosas emociones, como poco comunes á su pecho, humedecieran sus ojos, quitasen algo á su lengua de la soltura que le era natural, no pudo arrancarse del lecho de su discípulo sin dirigirle entre grave y tierno, ó si se quiere entre cuerdo y mentecato la amonestacion siguiente:

— En nombre de san Genaro y de la Trinidad de Gaeta, que pongas los pies en polvorosa asi que saltes de ese cajon donde te han metido, y antes que acaben de entorpecer tu cabeza los negros vapores del encantado palacio, agorera habitacion de la Reina del torneo. Por san Jorge, discípulo, que no solo causarias la muerte de tu padre, sino la de tu maestro, como te dejases prender en

la red que te tiendeu los enemigos. Eres todavía rapaz y necesitas de grave y experimentado varon que te aconseje y rija : por ende debes mirar mi encuentro como una providencia del Altísimo : como una providencia, digo , de las mas escelentes , interminables y (yo no sé lo que me hablo) en resolucion , paréceme que me esplico : pues bien ; ¡ voto á todos los diablos ! quiero decir , que si no vienes á cumplirme tu promesa , juro botar otra vez al agua mi galera , ó lo que viene á ser lo mismo , hacer remar por tierra las estiradas piernas de mi caballo *Tempesta* hasta volver á dar contigo para pegarme á tu cuerpo ni mas ni menos que si fuera su sombra.



CAPÍTULO VI.

RÁPIDA OJEADA Á LA CORTE
DE CASTILLA.

Cuando se multiplicó por la tierra la especie humana , los hombres para ser felices salieron del fondo de los desiertos y se juntaron en sociedad. Andando los tiempos como la torpeza, el encono y mil vergonzosas pasiones devastasen las ciudades; los descendientes de Adan corrieron otra vez á los desiertos en busca de aquel puro silencio, de aquella misma tranquilidad y templanza por la cual los abandonarían en otra época, reuniéndose amistosamente en domésticos hogares.

La corte de Castilla en la ocasion de que hablamos podia dar una idea

del grado de corrupcion á que habian llegado las sociedades humanas. Bandidos, divisiones entre los grandes y otras borrascosas revueltas alteraron los ánimos, anunciando sangrientas calamidades á aquel célebre pais, desde principios del reinado de don Juan el II. Atizaban estos vergonzosos desórdenes por una parte don Juan y don Henrique, infantes de Aragon, y por otra don Álvaro de Luna, gran valido del monarca castellano. Favorecian á aquellos el almirante don Fadrique, el conde de Benavente, los hermanos Pedro y Fernando de Quiñones, el conde de Castro y el de Pimentel; y apoyaban los pérfidos manejos del privado, su propio hijo don Pelayo de Luna, el conde de Alba, el marques de Villena, Rodrigo de Alcalá, el gran maestro de Calatrava, el arzobispo de Toledo hermano del mismo don Álvaro, el

marques de Santillana y el duque de Castromerin. Muchos grandes del reino se agregaban á uno de estos partidos segun eran inclinados por deudo, amistad ó carácter; mientras otros menos ambiciosos ó turbulentos se mantenian quietos en sus castillos, y lamentaban en secreto aquellos sangrientos desacatos.

Generalmente parecian injustas las ambiciosas pretensiones de los infantes de Aragon, pero de todas maneras mas tolerables que el orgullo y la desenfrenada codicia de don Álvaro de Luna. La soberbia de este favorito habia enconado de tal suerte los ánimos, que era por do quiera aborrecido como el tirano de su pais y el enemigo de la prosperidad agena. Fácil y repentinamente subió distintas veces á la cumbre de la grandeza y buenandanza, y si los vicios no hubiesen envilecido su caracter, acaso diera mues-

tras de blanda condicion , unida á noble esfuerzo y perspicacia. Era de ingenio vivo, de juicio agudo, concertado en las palabras y aunque algo impedido en el habla, feliz y sazonado en los donaires. No obstante á mañosa astucia y profundo disimulo , juntaba mayor soberbia, ambicion y atrevimiento: bajo tenia el cuerpo, pero recio y á proposito para las fatigas de la guerra; menudas las facciones de su rostro, pero graves, espresivas, llenas de espíritu y magestad. Acostumbrado á mandar en el ánimo del rey , habia casi treinta años que estaba de tal modo apoderado de la casa real, que ninguna cosa grande ni pequeña se hacia sino por su órden; y así es, que ademas de los muchos castillos y dignidades de que le hiciera merced don Juan el II, habia conseguido ser nombrado condestable de Castilla en men-gua de don Ruy Lopez Dávalos, y

posteriormente gran maestre de Santiago despues de la batalla de Olmedo. Ufano con tan ilimitado poder, creyéndose cada dia mas seguro por haber salido libre distintas veces de los destierros y asechanzas que le armaron sus contrarios, por la privanza que tenia con el rey, por sus cargos y tesoros y haber ya fallecido el infante don Henrique de Aragon, uno de sus mas encarnizados enemigos; subió en tanto grado su aspereza, que se dejaba visitar con dificultad, mostrándose descomedido en la cólera, fieramente desdeñoso en la alta opinion que tenia de sí mismo. Exasperado por otra parte con la animosidad de sus adversarios, así que se vió de nuevo en la cumbre de la grandeza, restituido á sus honores y autoridad, hizo sangrientos estragos con el deseo ardiente de vengarse, á guisa de fiera que agarrochean en la leonera, y des-

pues la sueltan contra aquellos mismos que antes la irritaban befándola y escarneciéndola.

Igual á su padre en orgullo y poder, superior á él en el desenfreno de las costumbres y relajacion propia de la mocedad, descollaba don Pelayo entre los partidarios del favorito, y se hacia igualmente odioso á los pueblos y á la grandeza del reino. Diestro en el manejo de las armas, intrépido y bravo en batallas y torneos, no pocas veces puso en fuga las haces del rey de Granada, y los escuadrones del monarca de Aragon. La nombradía que adquiriera en estas andanzas y revueltas le valió entre sus secuaces el renombre de Aquiles castellano; hasta que apareciendo en la escena el caballero del Cisne, sus grandes hechos de armas eclipsaron algun tanto el esplendor de sus proezas. La fortuna reunió felizmente á estos dos

guerreros en el brillante torneo de Segovia, y desde el célebre encuentro que tuvieron en él, muchos hubo que declararon mejor lanza al caballero del Cisne; por otra parte querido y ensalzado de los pueblos en razon de la nobleza de sus principios, franco desprendimiento, mansa y apacible condicion.

Asociado el hijo de don Alvaro de Luna con Rodrigo de Alcalá, Raimundo de Monfort, Ramiro de Astorga y otros caballeros jóvenes y disolutos cometian los mayores desagravios y torpezas, so color de las enemistades de los grandes, y apoyados en la debilidad del rey y en el prestigio de que gozaba en la córte el primogénito del valido. De aqui podia decirse que era aborrecido don Alvaro como varon público, y su hijo como hombre privado: aquel se dejaba arrastrar de una ambicion que

no conocia freno , éste de bajas y lujuriosas inclinaciones: el primero sembraba discordias entre los grandes, suscitaba querellas y desolaba los reinos; el segundo insultaba los ancianos, no respetaba las vírgenes y cubria de luto las familias.

A pesar de algunos leves rumores acerca de estos desmanes y del carácter violento de don Pelayo de Luna, el duque de Castromerin estaba resuelto á casarlo con su hija , infatuado con el poder del condestable y su absoluta privanza. Conociendo don Alvaro las inmensas ventajas que semejante matrimonio acarrearía á su familia , y enterado de la pasión que inspiraba á don Pelayo la hija de Castromerin , habia sabido lisongear con maña la vanidad del duque , haciendo que el mismo rey se interesase en este casamiento , y le ofreciese brillantes mercedes y espléndidas digni-

dades. No dejaba de haber muchos que conociesen lo vergonzoso de esta alianza y las secretas causas que la hicieran entablar, pero eran cabalmente los que por su probidad, modestia y pundonorosa hidalguía no tenían favor en la corte, viviendo por lo tanto oscuros y retirados en sus posesiones ó castillos. Lejos pues de conseguir cosa alguna contrariando este proyecto, solo hubieran contribuido á acrecentar la insolencia de sus autores por medio de su propio vencimiento. Desde su pacífico retiro auguraban á la nacion largos dias de llanto y desventura si se afianzaba el bando del soberbio favorito por medio del proyectado enlace con la ilustre heredera de Castromerin. El partido de los infantes que solo pudiera resistir y acaso desbaratar estos planes, parecia haber enflaquecido desde la batalla de Olmedo, y el del condes-

table haber cobrado nuevos bríos y absoluto dominio en el mando. En vista de tal empeño llevado adelante á pesar de la oposicion de Blanca, no habia alma honrada y generosa que dejase de llorar la suerte de esta amable doncella, á quien la gente sensata deseara ver unida al caballero del Cisne, no solo en favor de la justicia que asistia á este guerrero, sino tambien por haberse traslucido su pundonorosa conducta en el último atentado de don Pelayo, tanto mas digna de elogio, cuanto mas baja y criminal aparecia la de este jactancioso paladin. Con esto ademas desvaneciase del todo el general deseo de dar fin á los bandos de Castilla por medio de una alianza entre dos familias de la primera nobleza aragonesa y castellana, que hubiesen figurado en primer escalon durante aquellas ominosas revueltas, y fue-

sen capaces por sí solas de mantener á sus gefes y secuaces en los justos límites de una capitulacion prudente y ventajosa.

Un rey de mas carácter y firmeza que don Juan el II habria conjurado con sesudas y acertadas providencias todo este fecundo vértigo de disensiones y horrorosos elementos de discordia. Pero el monarca castellano, si bien tenia algunas buenas partes, era de suyo flojo y pusilánime, y con la muelle educacion que le diera la reina doña Catalina, mas acostumbrado á la caza y los placeres, que á sostener con fuerte mano las espinosas riendas del gobierno. Ejercitábase y lucia el ingenio en estudios de música y poesía española, y gustaba tambien de que sus cortesanos se distinguiesen en el arte de trovar, y cantasen sus amores en fluidos y elegantes versos. Por esto florecieron en

su córte esclarecidos poetas entre los cuales descollaba Juan de Mena, oráculo de aquellos tiempos, honra y gala de los ingenios, á quien debiera su naciente lozanía, su primitivo esplendor la poesía castellana. No es extraño pues que las floridas y vigorosas rimas de este famoso vate corrieran de boca en boca, sin que las pudiesen hacer olvidar con su belicoso estruendo las sangrientas guerras de aquel reinado, durante el cual y aun en los siglos posteriores han sido celebradas con extraordinaria admiración y aplauso.

Tan á propósito era el monarca para atender á estos literarios ejercicios, como pequeño y menguado para sufrir las incomodidades y trabajos del arte de mandar á los hombres. A poco rato que se dedicase á ello se sentia oprimido y congojoso, y soltaba el gobernalle del estado abandonán-

dolo en manos de sus favoritos para entregarse de nuevo á la molicie y blandura , conducta bien opuesta al espíritu guerrero , robusto y varonil que siempre manifestáran los soberanos de Castilla. La elevacion del cuerpo y blancura de su color prevenian de repente á favor de su persona; pero al examinarlo de cerca se desvanecia esta primera opinion notando ser algo metido de hombros , y trasluciéndose en su lánguido mirar y desmayados ademanes toda la pusilanimidad y abatimiento de su ánimo. Rey bondadoso y clemente , que acaso hiciera feliz á su pueblo en épocas de prosperidad y holganza ; pero que ni pudo hacerse feliz á sí mismo luchando con los disturbios y alteraciones , que á manera de impetuosas oleadas inundaban por todas partes las Castillas en el siglo décimo quinto.

En medio de esta terrible confusion de sucesos , apenas se divisaba algun débil rayo de esperanza para aquel desgraciado reino. Verdad es que los torneos y el canto de trovadores alternaban con las continuas enemistades y los reñidos encuentros ; pero muy poco aliviaban al pueblo tales espectáculos , puesto que á ellos sucedian otra vez los alborotos y las devastaciones. De frívolas cosas se originaban eternas desavenencias , grande avenida y creciente de sañas y de enojos : los que marchaban al frente de los partidos eran varones de irascible corazon , y al paso que dispuestos á irritar los ánimos de sus contrarios , incapaces de sufrir leves demasías , ni dejarse ablandar por el lastimoso cuadro de tantas calamidades.

No obstante don Henrique de Aragon , hijo del infante del mismo nom-

bre , que murió de una herida en la batalla de Olmedo , daba muestras de carácter mas brillante , generoso y elevado. Heredara de su padre el ódio al condestable de Castilla y sus pretensiones á diversos estados de aquel reino ; pero en atencion á su espíritu marcial y caballeresco era de esperar que hiciese valer sus derechos con mas nobleza y desinterés , moviendo abiertamente la guerra como esforzado, sin recurrir á la cábala ó la intriga. Su juventud, las gracias de su persona y las prendas del ánimo de que tendremos ocasion de hablar le valieron un sinnúmero de partidarios que corrieron á pelear bajo sus banderas á do quiera que los llevase, seducidos por su afable condicion y el elogio que hacia la fama de su intrepidez y talentos. Pero don Alvaro de Luna , temiendo como era de ver el prestigio de este nuevo contrario,

mas terrible por sus recomendables cualidades , que por su poder el otro infante de Aragon , entonces rey de Navarra ; levantára contra él súbita é implacable persecucion , obligándole á retirarse á su estado de Ampurias desde donde se disponia á vengar tamaño ultraje entrando por las Castillas al frente de ordenados y lucidos escuadrones. Por lo demas si á los buenos de este reino quedaba alguna esperanza de ver derribado algun dia el partido de don Alvaro de Luna , podian únicamente apoyarla en el esplendor de este jóven , digno por tantos títulos de la estimacion y entusiasmo de los pueblos. Tal era el estado de las cosas de Castilla en la época de que hablamos , y tal la necesidad de que se solidase la marcha del gobierno , arrancando de raiz el poderoso bando , cuya desmesurada ambicion y orgullo trastornaba los

cimientos del estado , enemistaba entre sí los soberanos de la España , y hacia que continuamente ardiese el volcan de la discordia.

CAPÍTULO VII



E L A B A D.

Habiendo descansado de las innumerables fatigas que últimamente sufriera, y casi cicatrizadas las heridas que recibió peleando con don Pelayo y sus secuaces, disponíase el caballero del Cisne á salir del monasterio de san Mauro y encaminarse al castillo de Arlanza, con el deseo de averiguar si eran ciertos los vagos rumores que corrian acerca de las violencias que se ejecutaban en su recinto. El haber visto que Blanca no era indiferente á sus afectos, y estar penetrado hasta lo sumo de los hidalgos principios que exaltaban el pecho de esta célebre hermosura, impulsábale á hacerse digno de ella convir-

tiéndose en el campeón de los que en aquel tiempo de desórdenes y revueltas gemían so el desapiadado yugo de tiránicos barones. Tal vez con este medio, se decía á sí mismo, lograré que lleguen mis hazañas á oídos de la deidad que reina en este desierto, y atraeré sobre mi cabeza las lágrimas de su alma sensible, y las bendiciones de los hombres de bien.

Pero la violenta inclinacion á la hija de Castromerin contrariada por las dificultades que viera en el logro de estos amores y el odio al bárbaro don Pelayo, infundíanle atroz despecho, sombrío frenesí, y le hacian desear en medio de sus proyectos de venganza, la agitacion y los peligros de la guerra. Ardia por arrojarse de nuevo al encuentro de su rival, atravesar buscándolo por encolerizados escuadrones y recibir si no lo alcanzaba la palma y la muerte de los héroes.

Sin embargo no efectuó inmediatamente estos deseos, detenido por los ruegos y persuasivas instancias del respetable abad de san Mauro.

— ¿Á qué viene, le decia, toda esa precipitacion cuando correis el riesgo, si vestis tan de pronto la armadura, de que se abran las heridas que recibisteis?

— Padre mio, exclamaba el hijo de Pimentel, no sabeis lo que sufre el guerrero pasando en la ociosidad los momentos que debe consagrar á la gloria.

— ¡Ah! replicaba el anciano: si alguna vez teneis la dicha de suspirar por el silencio del claustro, ya vereis como la ligereza juvenil se va convirtiendo en solidez, y la impetuosidad en mansedumbre. Ese corazon ora tan desasosegado y turbulento hallará quizas un horroroso vacio en el fondo de sí mismo, que no podrá llenar la glo-

ria vana ; un horroroso vacío que le hará odiar la vida cuando mas le rodeen sus delicias , y anhelar en medio de ellas una felicidad menos estrepitosa , menos veloz y mas pura. ¡ Cuántas veces una tristeza que os parecerá fuera de sazón irá á sorprenderos en medio de vuestros triunfos ! ¡ Cuántas veces una lágrima indiscreta , un fugitivo suspiro , un ansia desconocida os harán recordar las dulzuras de esta pacífica morada ! Así tambien llamaba un ave misteriosa al elocuente Agustino , y el eco de la trompeta del juicio estremecía á Gerónimo entre los blandos deleytes de la capital del mundo.

Algo templado el impetuoso jóven con este lenguaje místico y afectuoso, no salia de aquel antiguo santuario aguardando para hacerlo la completa restauracion de sus fuerzas. La desesperacion iba dando insensiblemente

lugar á una melancolía mas suave, y ya la quietud de aquellos sitios no dejaba de acomodarse al temple de su ánimo, naturalmente pensativo y melancólico. En esta situación apacible del espíritu observaba tristemente cual silbaban los vientos por los claustros del monasterio, é iban á estrellarse en la puerta de una celda solitaria, como tambien se estrellaban allí las pasiones mundanas y las vanidades de los hombres. Acaso llena de magestad y sosiego inspirábale la noche un suavísimo deleyte : cuando apenas se percibia el manso rumor de las olas del cercano rio algo confundido con el susurro de los árboles, y derramaba la luna su amortiguado brillo por entre las elegantes hileras de arcos góticos ; envidiaba el fervor de aquellos solitarios, cuyo corazon puro, entonces en perfecta armonía con la calma de la naturaleza, se entregaba á

las espirituales meditaciones de la felicidad que Dios promete á los justos.

En esto el eco lúgubre de la campana daba un colorido mas tierno á las meditaciones del caballero: veía despues los cenobitas con sus túnicas blancas y el mayor recogimiento bajando uno tras de otro por un corredor distante hácia el coro, y dudaba si era aquello una aparicion sobrenatural, hasta que interrumpian con su canto el curso de sus ideas y el profundo silencio de la noche.

Pero de todos los solitarios que habitaban aquel convento, ninguno le parecia tan respetable y acreedor á su aprecio como el que obtenia el título de abad, con quien habia hecho conocimiento desde que calmó su efervescencia, persuadiéndole con tanta dulzura que no saliese de allí hasta la perfecta curacion de sus heridas. Era un anciano prudente y cariñoso, dig-

no ministro del evangelio por su templanza , ilustracion y virtudes. Su apacible rostro , poblada barba , y magestuosa estatura le daban á conocer por el patriarca de aquel desierto. Tenia los ojos vivos , gratas las palabras como los perfumes de la feliz Arabia , y en su sonrisa habia algo de candoroso é inocente que recordaba la sencillez de la infancia. Muchas veces paseando con el hijo de Pimentel por los bosques que rodeaban aquel soitario edificio , referíale con el candor de los padres del yerno las circunstancias que le hicieron tomar la senda del monasterio.

— No por despecho, no por inconsideracion , le decia , me sentí inclinado á la vida religiosa. Lecturas santas , venerables amigos , divinos coloquios me obligaron á hacer el cortejo entre la quietud del claustro y las borrascas del siglo. Hijo de una

familia ilustre empecé la carrera de la vida dedicándome como vos al ejercicio de las armas. Aun me acuerdo del terror que se apoderó de todos los habitantes de la tierra cuando el agigantado Tamorlan , allegador de gente baja , caudillo de un número grande y descomunal de soldados se levantó al improviso , rompiendo por las provincias de levante , á manera de caudaloso torrente que todo lo devastase y destruyese. Los partos, los egipcios, los turcos se postraron bajo su sangrienta cimitarra , y adoraron á aquel bárbaro endiosado con tantos triunfos y desmedido poder. Los pueblos de occidente temieron que tambien les alcanzase aquel azote del género humano, y yo fui uno de los embajadores nombrados por el rey don Henrique de Castilla para ir al campamento del feroz escita, y en su nombre felicitarle por sus terribles victorias.

— Perdonad mi ignorancia , padre mio , interrumpiolo admirado el caballero del Cisne : ¿ cómo habia de creer hallar en este retiro uno de los famosos hidalgos que hicieron el viaje de que se cuentan tan maravillosos sucesos ?

— Por eso , le respondió el anciano , no me admiro de que os seduzcan en edad tan vigorosa y juvenil las mágicas ilusiones de la gloria. Tal ¡ ay ! fuera en otros tiempos , pero los desengaños y las desgracias hicieronme dar de mano al comercio de los hombres. Como me irritaba su aspecto me separé de las ciudades , y arrastrado de no sé que secreto impulso , perdíame por los bosques cual si hubiese de hallar en ellos alivio á mi saciedad y aburrimiento. Una tarde que andaba errando por lo mas espeso de la selva , oí de repente el eco de una campana : acometiome cierta ale-

gria desconocida , y acordeme de las dulces auroras de mi infancia , de los cariños de mi buena madre y de la consoladora religion en que me habian educado. Lágrimas saltaron de mis ojos con tan blandos recuerdos y encamineme taciturno al monasterio de donde salieran los misteriosos sonidos. No puedo pintar lo que por mi pasó mientras cantaron aquellos venerables solitarios los himnos de la tarde : oculto entre los arcos del templo , y viendo al traves de las ventanas los estériles peñascos que circundau sus antiguos muros , figurábame estar en los desiertos de la Tebaida , oír á los Antonios y Macarios , y descubrirlos por entre las perfiladas columnas de aquel santuario , con su báculo blanco y su plateada barba. ¡ Ah! desde aquel momento fuí otro hombre: lloré y creí: dulcificose la violencia de mi desesperacion , y sucedió á ella una

agradable tristeza : medité dia y noche las santas escrituras , y mi alma volvió insensiblemente la atencion á objetos grandes , luminosos y sublimes.

Sentíase enternecido el caballero del Cisne al escuchar un language tan amoroso y puro. Miraba con cierta veneracion aquel sacerdote de los tiempos antiguos , y se figuraba oír en él á uno de aquellos patriarcas de la familia de Abraham , cuya existencia iba sosegadamente á su fin como el curso magestuoso de los rios que se deslizan por las llanuras fértiles del Asia.

— Nunca recorro las misteriosas páginas de aquel sagrado libro , continuó el santo monge con dulce entusiasmo , sin llenarme de sorpresa contemplando el órden y la creacion del universo ; de admiracion sublime cuando á la voz del Criador divide el pri-

mer rayo de luz el tenebroso caos, y veo la tierra bordada de flores, los peces hendiendo las fugaces ondas, las aves atravesando los aires, y elevarse el hombre en medio de tantas maravillas como la obra maestra del Altísimo. Y no menos me sorprende aquel numeroso pueblo descendiente de santa y respetable familia, que prospera con la bendición del Señor en medio de las calamidades, se multiplica en las cadenas, y lleva la desolación y el espanto con terribles prodigios, con plagas ominosas al pecho de un rey soberbio y al corazón de vasallos no menos vengativos y feroces. Cámbiase empero la sorpresa en humillación y ternura, cuando al son del arpa oigo vaticinar á los profetas la elevación y caída de los imperios, y despues de haberme deslumbrado con el cuadro de su viciosa prosperidad, hácenme sentar sobre

las ejemplares ruinas de Menfis, Jerusalem y Babilonia. ¡ Ah! ¡ no sabeis cuanto suaviza los dolores del espíritu la profunda meditacion de los libros santos !

— Veo , padre mio , dijole el caballero despues de algunos momentos de silencio , que esas sabrosas pláticas calman el hervor de mi sangre y desvanecen la sombría desesperacion que se habia apoderado de mi espíritu. Hallo como un bálsamo consolador en la blanda persuasion que , semejante á un purísimo raudal , fluye de vuestros divinos labios. La religion os presta un carácter sagrado , y este desierto sublime , esta silenciosa inmensidad parece comunicar á vuestro acento la energía de los profetas y la dulzura de los ángeles. Acaso perseguido de la fortuna , aburrido tambien de las pompas y vanidades humanas , me veais llamar algun dia á las puer-

tas de san Mauro , implorando de vuestra ardiente caridad algun consuelo. Si tal llegare , añadia casi con lágrimas , y si es en valde que se combata en la tierra por la humanidad y la virtud , no rehuséis entonces abrirme los paternales brazos y acogerme benignamente en el seno de estas soledades. Por lo demas sería un ingrato si os callase por mas tiempo mi verdadero nombre: llámanme por las Castillas el caballero del Cisne ...

— ¡ Qué oigo ! exclamó el prelado: ¿ el hijo del ilustre Pimentel ? ¡ Ah ! ¡ cuánto me complazco en estrecharos en mis brazos ! ¡ Cuánto en haber recibido bajo nuestro techo hospitalario al héroe de Aragon !

— Basta , padre , basta , decia Ramiro algo confuso con aquellos elogios ; solo deseo manifestar mi sincera gratitud á vuestra generosa acogida.

— El veros en estos sitios, continuó el anciano, me alegra y entristece al mismo tiempo. Sabed que he sido uno de los mejores amigos de vuestro padre: en nuestra juventud hicimos juntos la guerra contra Portugal, y desde entonces ni los años, ni la distancia han podido enflaquecer mi afecto. Algunas veces habreisle oído hacer mención de Gomez de Salazar.

— Nunca os apartais de su memoria, respondiòle el caballero, pero sin duda ignora que hayais vestido los hábitos de Monge.

— Pues últimamente habrá llegado á su noticia. Hace no muchos dias pasó por aqui un paladin aventurero diciendo que de su parte os buscaba por todo Castilla, tanto por el peligro que correis en estas tierras, como porque os espera para abrir la campaña el infante don Henrique de Aragon. Iba de incógnito sin empresa en

el escudo, á guisa de caballero novel, y habíale dicho el conde que solo podía descubrirse al abad del monasterio de san Mauro. Sin duda supo que bajo de este sayal se oculta su antiguo amigo, y creeria que acaso necesitase de mi auxilio aquel guerrero, si convenia á sus fines permanecer escondido en las inmediaciones de Castromerin.

— ¿Y no indicó á qué punto debía dirigirme? preguntó Ramiro con impaciencia.

— Al castillo de san Servando donde reside el conde de Urgel. Ya os acordareis de que el padre de este ilustre jóven se atrevió á disputar al infante don Fernando de Castilla la corona de Aragon. Despues de sangrientas lides, sitiáronlo en la ciudad de Balaguer, capital de su condado, donde por fin hubo de rendirse quedando su persona á merced del vencedor.

Encerrole en un castillo el monarca aragonés, y allí acabó sus tristes dias, dejando en la tierra dos infelices huérfanos. Arnaldo fue educado por orden del infante don Henrique en el mismo san Servando, edificio situado hácia la Francia en un rincon de Cataluña, única parte que le dejaran de la rica herencia de sus abuelos; y vuestro padre colocó á la jóven Matilde en las monjas de san Dionisio de París, donde ha sido noblemente instruida á sus espensas.

— ¿Segun eso, replicó Ramiro, me hablais del bizarro jóven cuya audacia é intrepidez han sido célebres en la guerra que la casa de Aragon hace en Italia?

— Precisamente, respondiolo el buen prelado: allá fue siguiendo á su bienhechor, y en medio del estrépito de las armas, trabó estrecha amistad con su hijo, mozo de sus mismos años,

él que para vengar la muerte del padre y recobrar los estados que le dejara en Castilla, emprende ahora la guerra contra don Juan el II, y os llama á fin de que le acompañeis en ella alagado sin duda por el esplendor de vuestra gloria. El intrépido Arnaldo conducirá la vanguardia, por lo cual el rey don Alonso de Aragon le restituye parte de sus bienes, y aun anda muy valido, que al concluirse la nueva lucha volverán á su poder las antiguas posesiones de los señores de Urgel.

— Muy amigo era mi padre del infeliz conde Armengol, mas no lo pudo salvar de su desgracia. De entonces se interesó tiernamente por los dos ilustres huérfanos, y diversas veces me ha hablado de las brillantes empresas de Arnaldo en las campañas de Nápoles.

— Pues ahora, segun dijo tambien el mensajero, quiere que os reunais

con él para que juntos tomeis la vuelta de Ampurias, residencia del esforzado don Henrique de Aragon. El noble infante trata de romper por las Castillas llevando la juventud mas escogida y belicosa de aquel reino, y ved aquí por qué uno de los que mas llaman su atencion es el caballero del Cisne.

— Entonces hoy mismo me pondré en marcha para san Servando: siendo el condestable de Castilla el enemigo capital de los Pimenteles de Aragon, y contribuyendo con sus tramas á que me arrebate su hijo la noble prez que yo ganara en el torneo de Segovia; no tengo menos motivos que el infante don Henrique para aborregerlo de muerte y estar sediento de su sangre.

— Cuidad no obstante, le dijo el prudente religioso, de que no sospechen quien sois al atravesar por los

estados del rey don Juan. Tiemblo por vos , amable jóven , y si perecieris á manos de un aleve , estoy seguro de que el conde de Pimentel no sobreviviera á tal desgracia. Mucho me entristecen las desavenencias que hay entre los grandes de la tierra , y si el sacrificio de mis canas pudiese ablandar la ira del Ser supremo , no dudaria un momento en inclinar sobre el ara mi culpable cabeza ; pero Dios envia para castigar á los hombres la cólera de los reyes , y el brazo de su justicia pesa de continuo sobre los pueblos rebeldes. Con todo , hijo mio , justo es que corrais á la defensa de la patria , y honreis la ancianidad de mi valeroso amigo.

CAPÍTULO VIII.



UN BARON DEL SIGLO XV.

Aquella misma tarde recibió Ramiro de Linares la bendicion del noble abad de san Mauro y dirigiose con un escudero al norte de la península. No sin graves riesgos pudo llegar á los estados de la corona de Aragon por donde continuó su marcha hácia el sitio en que habitaba el bravo Arnaldo de Urgel. A medida que se iba acercando al condado de este nombre, presentábase el terreno mas salvaje y montuoso. El Segre corria silenciosamente por entre dos altas montañas describiendo caprichosos giros, y por el hueco que ellas formaban se descubria un edificio oscuro elevado en lo mas áspero y silvestre de la sierra: era el

castillo de san Servando. Solo distaba una jornada de la ciudad de Balaguer, famoso á la sazón y muy conocido en aquella comarca por residir allí el heredero del antiguo conde. Y como muchos de los habitantes se habian armado para acompañarle á la guerra de Castilla, país considerado por ellos como su eterno y natural enemigo; veíanse varios pelotones de hombres de armas vadeando el río ó ya subiendo por las áridas cumbres, cuyas sombrías facciones los hicieran tomar fácilmente por los bandidos de aquellos montes.

Guiado el hijo de Pimentel por ellos, poco antes del medio día divisó algunos perros corriendo tras de un lobo y á poco rato el caballero, que acompañado de un solo criado, iba en su persecucion, hollando con ligera planta tan árduas y eneumbradas selvas. Llegose el page al escudero de

Ramiro para preguntarle el nombre del paladin que al parecer se dirigia á san Servando, y así que lo supo corrió á decirlo á su señor, el cual mudando la direccion fuese inmediatamente al encuentro del extranjero, y tendiole la mano diciendo: bien llegado sea el caballero del Cisne á los estados de mis padres. Apeose al mismo punto el hijo de Pimentel, y mientras correspondia con noble cordialidad á las afectuosas demostraciones de Arnaldo, admiraba interiormente su hidalgo y cortesano porte. Era de mediana estatura, pero suelto, proporcionado, y un gaban de color oscuro orillado de ricas pieles, muy ceñido y largo solamente hasta las rodillas, realzaba la gentileza y elegancia de sus formas. Apretado botin del mismo color subia hasta la mitad de la pierna, y la graciosa gorra coronada de plumas que llevaba en la

cabeza, de la que se desprendia en numerosos bucles la rizada cabellera, daba marcial espresion á sus ojos ardientes y perspicaces, y animaba las facciones de aquel rostro varonil. Salia del cinto de terciopelo carmesí, que sujetaba el gaban en derredor de su airoso talle, un puñal con rica empuñadura de oro, y el page llevaba el arco y las flechas de que se servia el intrépido baron contra los javalíes y otras fieras de aquellas hórridas montañas.

Aunque cierto aire de afabilidad y franqueza daba á primera vista mayor recomendacion á las gracias de su persona, hábiles fisonomistas hallaran que criticar en él examinándolo de cerca. Las cejas y el labio superior anunciaban la costumbre del mando; los ademanes, aunque naturales y sencillos, la ventajosa idea que tenia concebida de su propia superioridad,

y á veces el involuntario movimiento de los ojos su carácter fiero , orgulloso y vengativo. Por otra parte la espresion de sus rasgos era tanto mas fuerte , quanto se veía que podia darles la que juzgase á propósito á sus miras , en razon de lo cual era algo parecido su primer encuentro á los hermosos dias de verano , que al paso que nos embelesan , anuncian con señales casi imperceptibles que no desaparecerán del horizonte sin que amenace el uracan las mieses de las campiñas.

En la primera entrevista no tuvo lugar el caballero del Cisne para hacer todas estas observaciones , por quanto recibiole Arnaldo de Urgel como un amigo y compañero de armas , manifestando la mayor satisfaccion en hacer la próxima campaña con tan famoso guerrero.

— Si alguna vez , le decia , he ali-

mentado la esperanza de recobrar los estados de mi malogrado padre combatiendo contra don Alvaro de Luna, es cuando voy á perseguirle con el que ha sido desde sus primeros años el terror de las falanges castellanas.

— Os suplico que me habléis del conde de Pimentel, le dijo atajándole el del Cisne : figúromelo lleno de entusiasmo por una guerra como la que vamos á emprender.

— ¡ Oh ! no lo dudeis , respondió Arnaldo : inflámanle por una parte los alevosos manejos del condestable contra el reino de Aragon , y la reunion por otra de tantos caballeros jóvenes, entusiastas y bizarros.

— Y decidme, amado conde, ¿ hace mucho tiempo que le hablásteis ?

— Apenas un mes : gozoso por el triunfo que acababais de conseguir en el torneo de Segovia, aunque algo resentido de que no le hubieseis dado

parte de vuestra última andanza , no se cansaba de hablar de vos , y ponderar cual sería la humillacion de sus enemigos. Hice un viaje á su castillo á fin de suplicarle de parte del infante don Henrique que vinieseis á pelear bajo de nuestras banderas , y sensible el noble conde á distincion tan honrosa envió al momento uno de sus pages para que en trage de aventurero os anduviese buscando por los reinos de Castilla.

Hablóle en seguida de los preparativos de aquella guerra , de las hermosas cualidades de don Henrique , y de lo mucho que contribuyó don Alvaro de Luna á que el infante don Fernando , tio del rey don Juan el II, se sentase en el trono de Aragon , y encerrase perpetuamente en un castillo á Armengol de Urgel su desventurado rival.

Sin embargo , temiendo el conde

el modo de pensar recto, á la par que franco , que á primera vista ya se echaba de ver en don Ramiro , calló que abrigase en el fondo de su corazon un proyecto de alguna mas importancia que el de recuperar á fuerza de servicios y valor los estados de la casa de Urgel. Inclinado desde su mas tierna infancia al jóven don Henrique de Aragon , las prendas caballerescas de este príncipe , y las pruebas que le diera de la amistad con que lo distinguia , habian hecho concebir al atrevido Arnaldo el audaz proyecto de aprovecharse de los bandos y disensiones que dividian entonces la corte de Valladolid para colocarlo en el trono de Castilla. El ardiente entusiasmo con que lo habia concebido, y la actividad que desplegara para su realizacion trajan su origen de la esperanza de participar de inmensos bienes y esclarecida gloria , al mismo

tiempo que del deseo de vengarse de los enemigos de su linage. He aqui porque habia visitado á menudo desde su vuelta de Italia algunas principales familias del reino de Aragon , estinguido sus desavenencias , lisongeadó su avaricia ú orgullo , y hécholas entrar con esto secretamente en sus planes.

Ya llegaban entonces los dos jóvenes caballeros al castillo de san Servando , vasto y grosero palacio sin ninguno de los prolijos adornos que herмосeaban en aquella época las moradas de poderosos barones. Los muros que lo rodeaban y las paredes del cuerpo del edificio eran de singular robustez : en todo se descubria la infancia del arte , y hasta las escasas labores que coronaban algunas de las ventanas , daban idea de una mano harto rústica y pesada. Elevábase en la cumbre de la sierra desde donde

dominaba un dilatado pais, tan áspero é inculto al parecer como la arquitectura de aquel alcázar solitario. No obstante la rudeza de los vasallos de san Servando era en algun modo compensada por un valor á toda prueba, y una fidelidad que jamas se vió desmentida. Zafios y feroces, pero robustos y esforzados, seguian á su señor al campo de batalla, y celebraban en versos provenzales, rebosando de energía sus inmortales proezas.

El caballero del Cisne fue agradablemente sorprendido de ver al entrar en el castillo mas de cien montañeses perfectamente armados, que se ejercitaban en disparar el arco, blandir la lanza y disputarse el premio en la lucha y la carrera. Era por demas la agilidad y la astucia de que daban muestras en estos juegos gimnásticos: atravesaban con el dardo una hojita sutil á larga distancia, y despedian la

pica con tal ímpetu y certeza , que haciéndola silbar por los aires , dejábanla temblando en el tronco del árbol donde claváran el ojo.

Concluido este marcial espectáculo dijo el conde á su nuevo amigo que ya era hora de ir á comer. Estendíase el salon destinado para comedor en la parte baja del edificio , y una sólida mesa de eucina casi lo ocupaba desde el uno al otro extremo. La comida fue abundante , pero algo tosca y sencilla: infinitos los convidados , algunos de ellos nobles barones de las cercanías, los restantes ricos vasallos de la casa de Urgel , ó capitanes de la vanguardia á cuya frente iba á colocarse el conde Arnaldo. Amen de estas prolongadas hileras de huéspedes , notábase sobre la yerba , mas allá de la puerta grande del castillo abierta de par en par , multitud de montañeses que recibia las sobras del abundoso

festin. Veíanse formando á lo lejos grupos inquietos y movedizos de mugeres, niños, soldados y mendigos, por entre los cuales igualmente se agitaban enormes perros de caza, prontos, obedientes y ligeros.

Si bien la hospitalidad del conde parecia tan pródiga como la de un príncipe, no dejaba de estar sujeta á las reglas de la mas prudente economía. Habíase recurrido á la despenza reservada del castillo á fin de poder presentar al caballero del Cisne algunos platos dignos de tan ilustre huesped. Por lo demas proveíase el resto de la mesa con enormes pedazos de vaca y de carnero, sabrosos quesos, frutas aunque secas incitativas, pan medianamente blanco, y sendos jarros del vino, á la verdad algo flojo, que producen aquellas comarcas. Pero en medio de este laberinto de platos y diversidad de manjares, lo

que mas campeaba en aquella mesa era un carnero que sobresalia en el centro asado con tan diestro artificio, que para ello no tuvo el cocinero necesidad de dividirlo. Sin duda á fin de dar una idea de sus talentos habia hecho que conservase la pobre víctima su posicion natural, rareza singular que no la salvó de la voracidad de aquellas gentes. Mirábanla rato habia con ojo examinador cual si cada uno espiasse el hueco por donde la debia herir, y en efecto á una señal del conde Arnaldo atacáronla vigorosamente con los puñales, sin que pasado un instante quedase otra cosa de ella que un limpio y desagradable esqueleto.

Mientras duraba el festin mezclábanse las ásperas consonancias de una música guerrera con la algazara y los vivas de los bulliciosos concurrentes. Producíala un grupo de clari-

neros colocado á calculada distancia, sin duda con el objeto de que los sonidos poco delicados de sus instrumentos no aturdiesen la sala del banquete con sus robustos ecos. Las proezas que recordaban aquellos bellicosos aires á los valientes allí reunidos, el entusiasmo que ardía en sus pechos escuchando ó refiriendo lances de grandes peligros, descomunales cuchilladas y reveses, y sobre todo el menudeo de los brindis y el vigor de los manjares; hacia que ya se hubiese como desencadenado la alegría, y se guardase menos moderacion en las acciones y comedimiento en las palabras.

Pero en medio de tanto estrépito oyose de repente la voz del conde de Urgel, y callaron todos en el mismo punto para prestarle atencion.—¿Pues qué, amigos míos, no hay por aqui, les dijo, algun inspirado trovador que

haga oír á nuestro huesped los grandes hechos de armas en que se señalaron nuestros mayores? ¿ Es posible que ya no se eleven debajo de estas venerables bóvedas los acentos de un sublime cantor para enardecer los espíritus? No se diga de nosotros que miramos con desprecio las costumbres de nuestros padres: ellos escuchaban con ternura el elogio de los héroes, y este célebre caballero, aunque no tiene mayor motivo para entender la lengua provenzal, tambien prestará grato oído á las celestiales inspiraciones de nuestros poetas.

Apenas habia dicho estas palabras, levantose un jóven en medio de la tumultuosa asamblea, y al plácido son del arpa se puso á cantar con voz bastante débil, interrumpida por ardientes suspiros. Animándose luego por grados no solo logró exaltarse cual si verdaderamente fuese un mortal

inspirado, sino advertir que su f3rvido entusiasmo comenzaba 3 comover la concurrencia. Al principio tenia los ojos bajos, pero muy luego los revolvi3 fieramente por la estancia exigiendo mas bien que suplicando la atencion de sus oyentes. La Sibila que en medio de tormentosa noche evoca los muertos con su canto desde el fondo de l3gubres cuevas, 3 la Pitonisa de Delfos agit3ndose sobre la tripode 3 fin de augurar el destino de los imperios; son d3biles comparaciones para pintar la robusta espresion, la fren3tica energ3a del trovador que en el castillo de san Servando ensalzaba 3 los antiguos h3roes de Catalu3a.

Aunque entendi3se muy poco el caballero del Cisne la lengua provenzal, tenia fijos los ojos en el Orfeo de aquellos desiertos. Parec3ale al principio que lamentaba el desastrado fin de famosos guerreros, al paso que

dirigiendo á otros la palabra los animaba con elogios , afeaba su cobardía con denuestos , ó embravecíales con amenazas. De pronto creyó distinguir su nombre en los labios del jóven cantor , y confirmole en esta idea el ver que los ojos de todo el concurso se volvieron hácia él por un rápido y espontáneo movimiento. Ya en esto la llama del poeta se habia comunicado con la velocidad de un fuego eléctrico á todos los circunstantes : pintábase en sus figuras montaraces y ennegrecidas el furor de las pasiones ; agitábase sus músculos , y cualquiera hubiese dicho que de sus entreabiertos labios destilaba sangre impura. Arrebatados en fin de la fuerza y armonía de los versos corrieron á colocarse en torno del trovador ; y levantando los brazos con una especie de éxtasis, los llevaban involuntariamente á la empuñadura de sus espadas. Entonces

con los trages guerreros , las plumas que tremolaban sobre sus cabezas , y los feroces rasgos de sus fisonomias formaban un grupo digno del vigoroso y sombrío pincel de Salvátor Rosa. Sin embargo cesó el canto , reinó por algunos instantes el mas profundo silencio , y se calmaron poco á poco aquellos bárbaros continentes , recordando cada uno el carácter que le era propio.

El conde Arnaldo que durante esta escena se ocupara mas en observar los efectos producidos por el poeta que en dejarse arrebatado el mismo de su mágica influencia , llenó de fuerte licor una copa de plata que cabia lo menos media azumbre , y presentándola al hijo de Apolo le rogó que la aceptase como muestra de su agradecimiento , asi que hubiera bebido el espirituoso néctar que encerraba. — Sabed , añadió , que os venero

como al Píndaro de estas selvas, al mas canoro cisne del pais del arpa, y al mas digno descendiente del celebrado Blondel de Nesle.— El regalo fue recibido con las mas sinceras demostraciones de gratitud y cortesía, y no hubo uno solo de los caudillos y demas gente allí reunida, que no aplaudiese hasta las nubes la generosidad del noble conde.

Manifestole Ramiro un vivo deseo de penetrar el verdadero sentido del himno que acababa de producir en aquella reunion tan extraordinarios efectos.

— A vuestro taciturno aspecto, respondiolo Arnaldo, me habia sido fácil adivinar que os ocupaba semejante idea, é iba á proponeros si queriais subir á los aposentos de mi hermana Matilde, que tanto debe á la casa de Pimentel, á fin de que como mas inteligente que yo en la gaya

ciencia satisfaga vuestra natural curiosidad.

Aceptó gustoso el hijo de don Iñigo aquel ofrecimiento, y encaminose con su amigo á las estancias superiores del palacio donde habitaba la hermana del gallardo conde, despues de haber dicho éste algunas palabras á los convidados que estaban á su alrededor. Apenas habian salido de la sala del festin, oyeron como resonaban por mucho tiempo en ella mil fervorosos brindis en honor de Arnaldo y á la prosperidad de su casa, lo cual dió al caballero del Cisne una idea de lo mucho que lo estimaban sus vasallos.



CAPÍTULO IX.



LOS DOS HERMANOS.

Las salas ocupadas por Matilde de Urgel y sus sirvientas tenían muy sencillos adornos, al paso que brillaba en ellos un pulidísimo aseo y el mas esquisito gusto. Parece que se habian propuesto los dos hermanos gastar lo menos posible en ornatos lujosos, á fin de que no faltasen al conde los medios de ejercer con brillantez, y aun con profusion las virtudes hospitalarias, para aumentar de esta manera el número de sus vasallos y prosélitos. Sin embargo, no se advertia la misma simplicidad en las ropas de la nobilísima doncella: era su traje rico á la vez y elegante, y tanto en la forma como en la manera

de llevarlo ostentaba la cultura de las costumbres de Venecia, y el aliño seductor de las damas de París. Caíanle los cabellos en luengos bucles sobre el seno y las espaldas, y una especie de diadema de oro, salpicada de diamantes, realzaba gallardamente su color de ébano, dando á toda su figura la apacible magestad de una reina asiática.

Matilde de Urgel tenia mucha semejanza con su hermano: igual forma de rostro, igual perfil á la griega, los brillantes ojos, las graciosas cejas, la penetrante ojeada; pero el conde estaba algo tomado del sol, y era Matilde mas blanca que el alabastro: chocaba en Arnaldo un aire de marcialidad juvenil, y esta misma fiereza se veía en los rasgos de su hermana suavemente dulcificada con seductora sonrisa, y el metal de voz mas sonoro y halagüeno. Cuando era de su

gusto la conversacion no solamente sabia desplegar en ella los giros de una flexible elocuencia, sino tomar los tonos propios para persuadir, convencer, y hacerse escuchar sobre todo con interes y embeleso. La impetuosa mirada de Arnaldo parecia anunciar cierto despecho interior en razon de los obstáculos que habia de vencer; pero pintábase en la de Matilde el irresistible encanto de una afectuosa tristeza.

Bien se descubria en estos síntomas que solo respiraba el uno por el poder, las dignidades y la gloria, mientras la otra satisfecha con su suerte plañia de todo corazon á los que se dejaban dominar de la sed de las riquezas y los prestigios del orgullo. Entrambos ya por los principios en que se habian educado, ya por lo mucho que debian á sus ilustres bienhechores, miraban cual obligacion sagrada

el sacrificarse por ellos. Arnaldo como hombre que deseaba medrar, como guerrero criado entre el estruendo de las armas se inclinaba al infante de Aragon: Matilde aunque agradecia al jóven príncipe la desinteresada amistad que profesaba al último vástago de su familia, creíase secretamente mas obligada al señor de Pimentel: respetábalo como á un padre, y pedia de continuo al cielo en sus inocentes plegarias le permitiese consagrar sus dias en beneficio de aquel anciano, y suavizarle las incomodidades de la vejez con su cariño filial. Asi que supo que su famoso hijo era el objeto de las iras del condestable don Alvaro, y que por este motivo entraba el conde en los planes del infante de Aragon contra el monarca de Castilla; se alegró de ver reunidos los deseos de sus respetables protectores, y juró arrostrar toda suerte de obstáculos y

hacer los mas altos sacrificios para coadyuvar al feliz éxito de sus osados proyectos.

Harto se comprende por lo que acabamos de referir que su modo de pensar sobre este punto habia de ser algo mas generoso que el de su hermano. Acostumbrado éste á los manejos de la corte , y siendo por naturaleza ambicioso , mezclábanse hasta cierto punto estas cualidades en la amistad que manifestaba al infante don Henrique. Ocupábase ante todo de su propio engrandecimiento , y á pesar del celoso fervor con que entonces reuniera sus vasallos y corria á ponerse al frente de la nueva expedicion ; no era fácil decidir si tenia mas parte en ello el agradecimiento á su augusto amigo , ó el deseo de ensanchar sus dominios y volver á su familia la antigua y eclipsada pompa. Pero el corazon de Matilde ardía en

el amor mas puro y desinteresado por los que honraron la memoria del autor de sus dias, enjugando las lágrimas de sus inocentes huérfanos. En obsequio de tan dulce recuerdo gran parte de una pensión, que recibia de la corte de Zaragoza, estaba consagrada á socorrer los enfermos y ancianos de los estados del conde, y era por lo mismo tan grande el amor de aquellas gentes, que la miraban como un serafin enviado del cielo para alivio de sus cuitas y miserias. En fin, los dones de que la colmó naturaleza, los elegantes modales de una fina educacion, y lo mucho que entendia en la literatura italiana y provenzal, hacíanla muy superior no solamente á su hermano, sino tambien á todas las bellezas de los dominios de Aragon.

Y si nos fuese permitido trazar un paralelo entre las dos célebres beldades de aquel siglo Matilde de Urgel

y Blanca de Castromerin, diríamos que ésta parecía mas tierna, y aquélla mas melancólica. Una y otra habian nacido para embellecer la sociedad y entusiasmar á los héroes; sin embargo, Blanca tenia mas brillantez por haberse criado siempre en la opulencia, y Matilde mas recogimiento por haber conocido la desgracia. Aquella lo debía casi todo á la naturaleza, ésta debía mucho á la educacion: si la una lloraba era porque en aquel momento se creia desdichada; pero vertia la otra lágrimas involuntarias de ternura solo para dar pábulo á su tristeza habitual. Aunque ambas eran de carácter blando, primero se echaba de ver en Blanca la belleza que la dulzura, y esta cualidad en Matilde era aun mas reparable que la de su rara belleza. La heredera de Castromerin amorosa, inocente, á veces jovial, era como el parto mas risueño

de la imaginacion , el ser mas lindo de la especie humana ; la hija del infeliz conde de Urgel lánguida , pensativa y solitaria parecia en su tristeza misma ser superior á los hombres y participar de la naturaleza de los ángeles. ; Ah ! con un corazon igualmente tierno , igualmente formado para el amor , al parecer habia de hallar Blanca la felicidad de su vida en esta pasion violenta , y en ella la sensible Matilde su desgracia por leerse en las rasgos de esta última aquella especie de fatalidad que apareció mas tarde en los de María de Escocia.

Terminadas las ceremonias de esta presentacion , tomó Arnaldo la palabra y dirigiéndose á su hermana : antes que yo baje , le dijo , á llenar los deberes que me impone la hospitalidad y la usanza de nuestros mayores , tengo el placer de participaros que el caballero del Cisne es un ad-

mirador entusiasta de los poetas provenzales, aunque con la desgracia de entender muy poco su lengua. Le he dicho que se hallaba en vos rara facilidad y talento para traducirlos en castellano, y desearia tuvieseis la condescendencia de recitarle en este idioma la composicion provenzal, que Cabestany nos ha cantado en la comida. Y si no temiera vuestra inocente ira, no tendria reparo en decir á don Ramiro que sois como la musa de los trovadores, y que someten sus versos á vuestro exámen antes de publicarlos.

—¿Cómo es posible que digais eso, querido Arnaldo? Harto sabeis que mis traducciones pueden interesar muy poco á quien las oiga, aun quando fuesen hechas con la maestría que habeis indicado.

— Yo juzgo de los demas por mí mismo: hoy me han costado los ver-

sos de Cabestany la mejor copa de plata que habia en san Servando, porque ya os acordareis de aquel antiguo proverbio : « cuando la mano del baron se cierra, enmudece el trovador. »

— Muy bien dicho , Arnaldo , pero de aquí en adelante sed mas prudente en guardar mis secretos si quereis que haga otro tanto con los vuestros...

— ¡ *Bravo! carissima sorella* : he aquí lo que se llama herir por los mismos filos ; pero esperan mis convidados y os dejo para que habléis á vuestro sabor acerca de la belleza de los versos provenzales, sin ser incomodados por la presencia de un hombre enteramente profano á sus misterios. — Dijo , y salió del aposento.

Su amable hermana y el caballero del Cisne hicieron desde entonces el gasto de la conversacion ; pues aunque habia en la misma estancia dos

doncellas , destinadas al parecer á amenizar la vida solitaria y uniforme de Matilde , no tomaron parte alguna en el diálogo. Tuvo éste por objeto el mismo tema que el conde habia propuesto, y el entusiasmado Ramiro no esperiméntó menos sorpresa que satisfaccion oyendo cuanto le refirió aquella hermosa jóven acerca de la poesia de provenza.

— Los habitantes de estas montañas , decíale Matilde , pasan las noches de invierno oyendo junto al hogar los versos en que se cuentan las guerras donde se hicieron célebres nuestros mayores , y las exageradas aventuras de los héroes. Tienen estas poesías cierto perfume de antigüedad que les da un afectuoso interes: por eso son tan conocidas en la Europa y las cantan nuestros poetas en los palacios de los reyes. Pero es preciso convenir en que pierden de su belleza cuando

se traducen , y como si se evaporase el genio poético que las dictó , dan solo una débil idea de la energía que brilla en la inspiracion del trovador.

— ¿ Me atreveré á deciros , repuso tímidamente el caballero, que he creído oír mi nombre en los versos de Cabestany?

— Y no os habeis engañado , respondió Matilde : los poetas provenzales tienen el talento de improvisar , y como su lengua fluida , abundante y sonora se presta maravillosamente á los raptos de la fantasía ; acontece que añaden por lo regular á sus cantos estrofas análogas á las circunstancias presentes.

— No sé que daria por saber lo que le ha ocurrido decir acerca de un paladin como yo obscuro y desconocido.

— Pronto , respondió Matilde, será satisfecha vuestra curiosidad... y llamando á una de sus sirvientas, encar-

gola que condujese al caballero á cierto parage del bosque, mas agradable que los floridos vergeles del oriente, prometiendo acudir tambien allí dentro de breves instantes.



CAPÍTULO X.



EL CANTO DEL TROVADOR PROVENZAL.

Hízolo salir la doncella por una puerta trasera, de donde oyeron á lo lejos el son de los clarines y los aplausos de los convidados, que aun no habian dejado la mesa del festin. Condujole despues por un angosto sendero que se abria paso en medio de un valle mas abajo del palacio, donde serpenteaba tambien un riachuelo cristalino. Habian andado cerca de un cuarto de hora, cuando llegaron á cierto sitio en que la reunion de dos arroyos formaba el rio poco caudaloso de que acabamos de hablar. El mas considerable de ellos venia del fondo del mismo valle, y parecia estenderse á largo trecho sin ser cortado por las